

E. GUTIÉRREZ GAMERO



**La
derrota
de Mañara**

PROVISIONAL
1,50 PTAS.



PROMETEO
SOCIEDAD EDITORIAL
Germanfas, F. S.—VALENCIA



DG
COM

LA DERROTA DE MAÑARA

+ 115465

E. GUTIÉRREZ-GAMERO

LA DERROTA DE MAÑARA



F. SEMPERE Y COMPAÑÍA, EDITORSE

Calle del Palomar, 10
VALENCIA

Olmo, 4 (Sucursal)
MADRID

Imp. de la Casa Editorial F. Sempere y Comp.^{sa}—VALENCIA

R-149235

LA DERROTA DE MAÑARA

I

Iban á dar las nueve, y era preciso llegar antes de que cerrasen la tienda.

¡Si pudiera tomar el tranvía!... ¡Sí; buenos estaban los tiempos para permitirse semejantes lujos! Un pie detrás de otro, y muy de prisa, porque desde la calle del Cardenal Cisneros hasta la plaza de Santo Domingo hay una regular tirada, y si no cobraba aquella noche el importe de la docena de pañuelos, adiós esperanzas de dar de comer á la familia menuda, que no se cansaba de pedir pan. ¡Y que no eran exigentes aquellas famélicas bocas!

¡Las nueve menos veinte y aun en la Glorieta de Bilbao! ¿Por qué no habría un medio de parar de un golpe todos los relojes cuando nos viniese estrecho el tiempo?

Á salvar, pues, en dos minutos la calle de Fuencarral, y luego, tomando por la Corredera, cuya pendiente ayuda el paso, en cuatro zancadas á la de Tudescos, y desde allí á la tienda de don Nicanor en un santiamén. ¿Y si la encontrase cerrada? No; no tendría tan mala suerte. Á don Nicanor le gustaba la puntualidad, y por nada de este mundo despacharía una vara de cinta después de las nueve de la noche; pero tratándose de ella, la mejor bordadora en blanco de cuantas trabajaban para su establecimiento, con que se plantase frente al mostrador cinco minutos antes de la hora marcada, no la despediría sin examinar uno por uno los pañuelos y entregarle su precio.

¡Dios mío, qué pesados y qué groseros son estos hombres! En cuanto ven sola á una mujer medio regular, ya se creen con derecho para decirla mil barbaridades, si no les da el humor por irse á mayores. ¡Y luego pretenden que las jóvenes que andan por estas calles sin varón que las acompañe sean inocentes como niños recién nacidos! ¡Inocentes con las cosas que los Tenorios callejeros dicen y las burradas que proponen! ¡Si no fuera por armar un escándalo, á ese puerco le vendría de perilla plantarle cuatro frescas! Pues ¿y las niñas que se ponen á jugar á la comba de una acera á otra como

si la vía pública fuese de su particular dominio? ¡Qué bien estarían estos angelitos en sus respectivas casas, y así no molestarían á las gentes que llevan prisa!...

¡Calle de Tudescos, qué estrechita eres y qué sucia estás! Sin duda tus moradores no poseen una socorrida lata donde verter las inmundicias, porque aquella cáscara de melón, tan oportunamente puesta en la acera, es la más propia para que un transeunte apresurado se rompa la crisma...

Se apartó Amparo de aquel peligro, siempre murmurando contra los obstáculos que se oponían á su veloz carrera, se levantó un poco la falda para no arrastrarla por el polvo, con lo cual mostró sus pies diminutos, y entró en la plaza de Santo Domingo, al mismo tiempo que un tipo con gorrilla de seda, peinado de persianas, pantalón de odalisca y aire truhanesco, exclamaba:

—¡Olé tu madre! ¡Vaya una mujer para un remedio!

Y no tenía mal gusto el chulo, porque Amparo Solares era de las que hacen raya entre mil, cualquiera que fuese el punto de mira que se tomase para examinar sus prendas físicas. Ni alta ni baja, formas exquisitas, figura elegante y airosa, pelo castaño que coronaba una

frente tersa y pura, ojos negros, grandes, parlanchines y risoteros, y una boca perfecta de labios rojos, prontos á abrirse para enseñar la sarta de dientes más bonitos que Dios puso en boca femenina.

Quedóse con la suya abierta el de las persianas, y la joven entró en la tienda de don Nicanor cuando ya un chico salía con el gancho para bajar la cortina de hierro.

El ajuste de cuentas fué breve. Dos pesetas por cada marca componían veinticuatro cabales, pero como Amparo tenía doce tomadas en anticipo, con otras doce en paz.

¡Pícaro anticipo! ¡Y ella creyendo que don Nicanor dejaría el descuento para cuando la cantidad fuese de más importancia! ¿Qué iba á hacer con aquellos cuarenta y ocho reales, si apenas bastaban las veinticuatro pesetas esperadas para pagar la compostura de las botas de los chicos, la cuenta del panadero, el petróleo consumido durante la semana y cien cosas más que acudían en tropel á la cabeza de Amparo, como manos implacables que se precipitasen á arrebatarle su misérrimo peculio? ¡Así salió de la tienda toda desconsolada y mustia! Ya no tenía prisa por dar la vuelta á su casa. Ya no le importaban los chiquillos mal educados, ni la suciedad de las calles, ni las groserías de los

requebradores de oficio; y cuantos tropiezos antes la descomponían y atarazaban, parecíanle ahora de perlas como retardasen el instante de entrar en su piso quinto de la calle del Cardinal Cisneros. Y en vez de tomar el camino poco ha recorrido, buscó el más largo, para distender sus excitados nervios y pensar en el modo de salir á flote con aquellos chiquillos, cuya vida sólo de la suya dependía.

¡Su vida! ¡Qué bien se le aparecía toda entera, clara y diáfana, pero dura, trabajosa, aperreada, como si la hubiera recibido para castigo y redención de culpas ajenas!

Primero, cuando apenas tenía ocho años, recordaba á su padre, un hombre áspero y brutal, casi siempre tomado de la bebida y que volvía todas las noches con su habitual turca, repartiendo bofetadas á diestro y siniestro á la menor contrariedad que el vino le fingiese, y que alcanzaban por igual á grandes y á chicos. Después golpeaba en su memoria la muerte de aquella santa mujer que fué su madre, una infeliz, burro de carga y víctima constante de la fiera de su marido; una desdichada que se marchó del mundo sin haber conocido de él más que la pena del trabajo y la angustia de la miseria. ¡Cuánto lloró Amparo, á escondidas y por los rincones para no excitar la cólera del beodo,

el día en que se llevaron entre cuatro al único ser de quien recibió millones de besos y caricias sin fin! Aun al pensar en el horrible momento de la separación eterna, se le nublaban los ojos y se le achicaba el corazón.

Luego, al poco tiempo, veía entrar en su casa á una mujer seca, despótica, atrabiliaria, que trataba á zapatazos á todo bicho viviente, incluso á aquel hombre tan feroz con su legítima y tan papandujo con su coima. ¡Lo que Amparo sufrió durante los diez años que tuvo que vivir bajo la férula de Ángeles, que así se llamaba su madrastra de pega, no era para contado! ¡Las escenas que presenció de amor repugnante, por finiquito de riñas soeces y á guisa de reconciliación placentera entre su padre y la intrusa, aun la sacaban los colores al rostro! ¡Lo que ella aprendió en aquella escuela de grosería perpetua y vicio práctico, ni en un siglo se dice!

Más de cien veces estuvo á punto de huir, como se huye de un sitio apestado, y correr, correr mucho, hasta dar en tierra para no levantarse nunca. Pero la detenían los tres chiquillos que Ángeles echó al mundo tan inconscientemente como ponen huevos las gallinas; los tres diablejos, de quienes era única protectora contra las arbitrariedades iracundas de

la madre, y que, cual si adivinasen su anhelo de fuga, se agarraban á sus faldas, gritando con lágrimas como puños:

—¡Mamá Amparito, no te vayas! ¡Por Dios, no te vayas, mamá Amparito!

No. Por ellos no se fué mamá Amparito, como los chicos la llamaban, y aguantó aquel anticipado infierno, que centuplicó sus horrores cuando el padre tuvo la humorada de pasar á mejor vida por causa de una tremenda borrachera de aguardiente que tomó en la taberna inmediata; porque viviendo él, al fin y al cabo con su escaso sueldo de vigilante de consumos se comía; pero así que faltó el pequeño ingreso mensual, se cerró la despensa.

¡Época espantosa la que sucedió á la muerte del vigilante! ¡También la recordaba Amparo con profundo terror! Tenía entonces diez y seis años y ya la miraban los hombres con delectación pecaminosa, adivinando en la joven lo perfecto de sus nacientes gracias. ¿Por qué no ofrecer al que más pujase estas primicias de su gentil belleza? ¿Y quién mejor para la infame tercería que Ángeles, cuya depravación encantaba á maravilla en tan vil oficio? Justamente, desde que el de los consumos dejó de existir, Ángeles se dedicó á este indigno comercio entre gentes de baja ralea y fácil acomodo, porque

el trabajo honrado no lo conocía ni á su holgada conciencia se le alcanzaba. ¿Á qué pensar en bordados ni en costuras cuando allí estaba la solución del vivir en grande?

Riñas y peloterías que siempre paraban en golpes; frases halagadoras espetadas con la crudeza del lenguaje plazuelesco; encerronas cautelosas de que Amparo salía incólume por un milagro de la casualidad; taimados incentivos ofrecidos á los ojos para despertar la sensibilidad dormida y vencer el pudor asustadizo, y, por último, plañideras súplicas poniendo por delante el hambre de los chiquillos y sus vocecitas exigentes; toda aquella cotidiana lucha sostenida á brazo partido con Ángeles en defensa instintiva de su honra, y que concluyó con la desaparición de la inicua mujer, que abandonó á los muchachos para seguir á un perdido de su laya, se le aparecía á Amparo como una pesadilla de esas en que se sueña que se está soñando y el despertar no se logra.

Pasó la deshecha tormenta y entró para la joven un nuevo periodo de relativa tranquilidad en punto á cierto género de peligros, aunque lleno de dificultades y preocupaciones por el juramento que se hizo de mantener á sus hermanos, el mayor de seis años y el menor de dos. Para conseguirlo utilizó sus progresos en el

bordado, debidos á la paciente enseñaanza de una piadosa mujer antigua amiga de su madre; solicitó de tienda en tienda labor para sus hábiles dedos; con incansable voluntad, nunca domada por repulsas ni desvíos, obtuvo encargos que satisfizo puntual, y de esta manera fué subiendo la cuesta de la vida; pero ¡qué áspera y empinada! La competencia mermaba el trabajo; la mano de obra era cada día más barata por causa de las máquinas que ya lo iban haciendo todo, hasta lo más inverosímil; el precio de los artículos absolutamente necesarios para subsistir poníase por las nubes, y á todo esto los chicos crecían, y había que alimentarlos, y vestirlos, y darles algún oficio para que no resultasen unos pillos...

Al llegar á este momento de su pensar anhelante, Amparo sintió vacilar aquella fe que siempre tuvo en su energía...

¡Ah! ¡Si Joaquín la quisiese de veras! ¡Si aquel hombre, el único hombre cuyas frases de amor hicieron mella en su alma, fuese sincero, noble, leal!...

II

—Y aquí tienes que si Amparo me gusta á perder, Julia me encanta á rabiar—dijo Joaquín Mañara, columpiándose en la mecedora, mientras su amigo Fernando Fuertes apuraba á pequeños sorbos una copa de cognac, ambos junto á una mesa colocada en el ancho balcón del Casino.

—Lo que me pasma es que no te fatigues tanto lio—replicó Fernando.

—Me entretengo. La cuestión está en pasar el rato.

—Sí; pero en uno de estos jaleos te vas á coger los dedos en la puerta—añadió aquél.

—Es posible. Pero lo único que me hace agradable la existencia es andar tras la que salta, por supuesto si vale la pena—repuso Mañara.

—Á mí, francamente, como única ocupación de mi vida, llegaría á cansarme.

—¿Y qué diablos quieres que haga?—prosiguió Mañara.—¿Que me ponga á defender á la viuda y al huérfano y me codee con toda la patulea de juzgados y escribanías? ¿Que me

meta en algún *trust* de esos que se meriendan el dinero de los imbéciles? ¿Que me dedique á ahorrar para que mis herederos se lo gasten en señoras y en juergas?

—¡Hombre, un prudente ten con ten no te vendría mal!

—Imposible. Yo soy así, y hasta que me caiga de viejo...

—O te dé por casarte—interrumpió Fernando Fuertes.

—No me dará. El matrimonio es contra la Naturaleza y pugna con mis principios. Ya lo sabes. ¡Cambiamos hasta la piel, y no hemos de cambiar de afectos sólo por los cuatro latines que nos echa el cura!

—Pues, ojo con Julia, chico, porque esa tira á dar.

—No te digo que Julia no se haga la ilusión de echarme el guante.

—Pues mira, Joaquín, bajo el punto de vista fiduciario no sería mal negocio.

—Sí; unos treinta mil duros de renta cuando falte papá, y otros treinta mil *machacantes* cuando mamá cierre el ojo.

—Entonces haz coraje y... á ella.

—Eso es muy grave—dijo Joaquín poniéndose serio.

—¿No te encanta á rabiarse?

—Sí. Me gusta mucho. No te lo oculto.

—La verdad es que la chica tiene gancho— repuso Fernando Fuertes,—una cara muy graciosa, poquitas carnes, pero bien repartidas en sus sitios correspondientes; los ojos no pasan de rasguño, pero vivos y golosos de amor, ingenio, travesura...

—Demasiada travesura—se apresuró á decir Mañara.

—No hagas caso. Eso depende del medio ambiente, querido Joaquín. Julia es el tipo más acabado de la sociedad en que ha nacido... Ligera, frívola, ajena á pensamientos serios... Después de todo, lo que á ti te gusta.

—Sí que me gusta. Te lo confieso. Las gentes graves y meditabundas, me cargan. ¡Siempre tristes y llenas de su misión educadora! ¡Qué fastidio!

—¡Pues si la muchacha te gusta y, además, te quiere!...

—¡Vaya usted á saber si me quiere! Aunque yo me decidiera por la coyunda de por vida, ¿el amor firme y hondo que hace falta para la unión eterna, son capaces de sentirlo esas mujeres cuya única ocupación es divertirse, competir con sus congéneres en elegancia y *flirtear* con todo bicho viviente que lleve pantalones? ¿Me respondes tú de que sean fieles?

—Y ¿por qué no? Son fieles á su modo, con la holgura de principios en que han inspirado su pensar y su sentir. Esto de la fidelidad es muy relativo, chico, y cada cual lo entiende á su manera. Si la muchacha se halla de veras interesada por ti...

—Hombre, como interesarse, quizás lo esté un poco más que por sus diez ó doce novios mis dignos antecesores, primero por vanidad y amor propio, á causa del *cartel* que llevo *consigo*, y después porque no la adulo—interrumpió Mañara.

—¿Por vanidad?—preguntó Fernando.

—Sí. Desde que Pilar Infantes fué contando, para vengarse de mí y de Pepita Costera, su sucesora, que una noche escalé el balcón de ésta y á su lado estuve hasta que amaneció, todas las apreciables vírgenes, mis amigas, me miran con ojos codiciosos.

—Yo que tú, aprovecharía el *cartel*, daría punto á mis correrías amorosas y cerraría con Julia.

—Porque te tiran los treinta mil duros.

—Claro.

—Pues maldita la falta que me hacen hoy por hoy. Mañana... no te diré que no... Además, eso de cargar con una mujer que ha pasado por los brazos de todos los *valseurs* cotillo-

nescos... me escama. ¿No tendrías tú los mismos escrúpulos?

—¿Yo? ¡Ninguno! ¡Caracoles! ¡Ciento cincuenta mil pesetas anuales!

—¿Aunque supieras que...?

—¡Aunque no lo supiera!

—Guasa viva, Fernando. Cuando llegara el caso, ya lo veríamos.

—Y, sin embargo, no dejas á la muchacha á sol ni á sombra. Anoche mismo en casa de la marquesa estuvisteis como dos tórtolos. ¿Para qué la entretienes? Déjala en paz y que se las busque por otra parte.

—Es que esa mujer me atrae. Su misma desenvoltura, su coquetería refinada, sus rápidos cambios, entre ternura y desvío, me seducen. ¡Cuidado que censuro sus desplantes y ridiculizo sus defectos!... pues cuanto más duro soy con ella, más sumisa y cariñosa la encuentro.

—¡Mala raza! ¡Materia explotable!

—Y fácil de caer, ¿verdad?—dijo Joaquín sonriendo.

—Para eso ahí tienes á la otra, á la modistilla.

—¿Amparo?

—Sí, la que te gusta á perder.

—¡Otro mareo!

—Chico, entre paréntesis. La llevas bastan-

te mal trajeada. Ayer la vi, y francamente, no iba como corresponde á la querida de Joaquín Mañara.

—No es mi querida, Fernando. Amparo es *todavía* una mujer honrada.

—¿Que no habrá tenido diez ó doce novios, como Julia, ni pasado por los brazos de todos los *valseurs* cotillonescos?—atajó Fernando Fuertes.

—Puedo asegurártelo—dijo Mañara en tono de profundo convencimiento.

—¿De veras?—volvió á interrogar su amigo.

—Como lo oyes. Todos mis informes, y no los he escatimado, me permiten afirmar que Amparo Solares no ha tenido *jamás* ningún devaneo hasta que tropecé con ella y la hice el amor.

—Á pesar de haberse criado con Ángeles, *la Pelusa*, de su nombre de guerra, una de nuestras primeras...

—Á pesar de *la Pelusa*.

—¡Buena suerte tienes, chico! ¡De esas entran pocas en libra! ¡Como que no se encuentran ni para caldo! ¡Avisa así que acabes!

—¡No te burles!—repuso Mañara;—porque cuando un hombre como yo...

—¡Hola, caballeros!—dijo en esto el general San Bernardo, acercándose á los dos jóvenes y

cortando su conversación.—Si ustedes me hacen un hueco—continuó acercando una silla y sentándose,—voy á tomar aquí un refresquito que acabo de pedir.

—Con mucho gusto, mi general—contestó Joaquín dejando un sitio al interruptor, que era un hombre de más de cincuenta años, muy derecho de andadura, pulcro y esmerado en el vestir, hermosa barba blanca, ojos azules y porte distinguido.

—Me alegro verle, amigo Mañara, porque tengo una gran curiosidad que usted puede satisfacer. Digo, si mi pregunta no resulta indiscreta, porque en este caso dela usted por no hecha.

—Venga la pregunta—repuso Joaquín.

—¿Quién es una muchacha encantadora, ojos negros, pelo castaño y aire de reina, que paseaba con usted junto á la verja del Botánico el domingo y ya entre dos luces?

—Una amiga mía—contestó el interpelado.

—¿Es del gremio?—insistió el general.

—No, señor. No es del gremio—replicó Mañara conteniendo apenas su disgusto.

—¡Lo siento!—murmuró el de la barba blanca, dando punto al interrogatorio y percatándose de la molestia del joven.

El cual se levantó, juntamente con Fernan-

do, llamado por su amigo el conde de Pedrales, para ocupar un puesto vacante en la mesa del pocker.

—¡Mucho cuidado con el general!—le decía Fuertes cuando se alejaron de San Bernardo.— ¡Es de los que mejor pagan en Madrid, y como posee *fincabilidad* y metálico!... Ya puedes guardar á la bordadora.

—¡Bah! ¡Ese vejestorio!—dijo Mañara encojiéndose de hombros.

Y el vejestorio vió marchar á los dos amigos, sonriendo maliciosamente para su hermosa barba blanca, y trazando su plan de campaña, reducido á averiguar el domicilio de Amparo y poner sitio á la fortaleza de su virtud. Él no había ganado muchas batallas; pero en éstas, con paralelas de paciencia y ataques de á mil pesetas, era un Alejandro.

III

Los balcones del gran salón estaban abiertos de par en par, y del jardín, cuyos árboles seculares hacían más misterioso y sombrío su obscuro fondo, se elevaban frescas emanaciones, sin las cuales aquella atmósfera respirada por los invitados al baile de la duquesa hubiera sido imposible de soportar.

Julia de Sobrarbe no se había movido en toda la noche de un rincón. En vano la invitaron varias veces á dar una vuelta de vals. Á todos sus pretendientes se negó obstinada, y como era proverbial su carácter voluntarioso, acabaron por dejarla tranquila. En cambio, Mañara no perdonó ocasión de zarandear á su placer á todas las muchachas bonitas, como si quisiera dar enojos á la que pasaba por ser su preferida.

Al comienzo de la fiesta dirigióse á la joven con acento cariñoso; mas como ésta le pusiera cara de despedir huéspedes, decidió no ocupar-

se más de Julia, y así se le bajaría el orgullo. ¡No faltaba otra cosa! ¡Á él con malos modos! ¡Sí, pues bonita estaba la Magdalena para tafetanes! Justamente aquella tarde tuvo con Amparo unas palabrejas porque quiso entrar en su casa, de vuelta de un pequeño paseo que juntos dieron, y la muchacha, si aceptó con gran gusto la compañía, se opuso á semejante allanamiento de morada; y por contera luego se le ocurrió tomar una *suite* en la Peña y perdió cuanto dinero llevaba encima y cuanto sus amigos le prestaron. ¡Un caudal!

Al mismo diapasón hallábase Julia, á quien los nervios empujaban para tener con Mañara una explicación terminante. Si no fuese por armar un escándalo, ya hubiera la joven repartido unos cuantos cachetes entre aquellas hipócritas que se placían y regodeaban en los brazos de Joaquín, mirándole con ojos lánguidos y entornados, como si estuvieran próximas al desmayo, y á él le habría cogido por las solapas del frac y llevádosele á un sitio solitario donde pudiese decirle cuatro desvergüenzas alternadas con algún pellizco oportuno y eficaz.

¿La causa de la ira? ¡Casi nada! Una amiga fiel, de esas que *sintiéndolo mucho* y con aire dolorido, se pieren por dar malas noticias, la había puesto al corriente de los amores de Ma-

ñara con la bordadora, añadiendo que ésta era una mujer peligrosa por su atractiva belleza, sobre la cual cargó la mano para más excitar el despecho de Julia.

¡Maldito lo que le importaban á ésta los devaneos de Joaquín! ¡Qué le habían de importar! De sobra conocía á los hombres, que han menester de ciertas expansiones cuando no van para Cartujos. Ya sabía ella ce por be los amorios de su novio con *horizontales* de fuste, con casaditas á media carta y hasta con solteras tan linajudas y empingorotadas como la del balcón, y por tales atrevidas empresas y fama de conquistador de que Joaquín gozaba, se iban hacia él sus potencias y sentidos con fuerza irresistible. De antemano hacía la vista gorda en las aventurillas de su novio, con la condición de que fuesen pasajeras, como las borrascas de verano. Cuatro relámpagos, un buen chaparrón que refresque el cuerpo, luego el trueno gordo y... á vivir. Pero líos de esos que van poco á poco atando la voluntad y el corazón, de cuya traza era el que su amiga le pintó, y con una lagartona que sin duda sería la daifa de Mañara... jamás.

Barajando en el magín ideas de orgullo ofendido, frases aceradas que hicieran mella en su novio, y mil cosas que la remontaban el

genio, Julia ya no pudo contenerse, se levantó de su asiento y se encaminó derecha á Mañara en cuanto le vió libre de pareja danzante.

—Oye, Joaquín. Tengo que hablarte—le dijo.—¿Quieres concederme audiencia?

—¡Con muchísimo placer! Por causa del gesto que me pusiste no he estado junto á ti toda la noche—repuso el interpelado.

—Pues vámonos á aquel balcón.

—Ya estamos en él—dijo Mañara así que penetraron en el recinto, en cuyos extremos apenas se percibía la luz de la sala de baile.—¿Se puede saber—continuó el joven—qué mosca te ha picado hoy? ¿No quedamos esta tarde en que aquí charlaríamos? ¿Se te ha muerto algún pariente, ó has perdido tu fortuna, para recibirme con esa cara de vinagre?

—¡Hombre, qué galante eres! ¡Cara de vinagre! ¡Qué frase de tan buen gusto!—respondió Julia tratando de dominar la rabia que llevaba por dentro.

—Vamos á ver, chiquilla—prosiguió Mañara con tono más dulce, comprendiendo que algo grave motivaba la actitud de Julia.—¿Merezco yo que hagas conmigo lo que has hecho esta noche?

—¡No, como *fresco*, lo eres! En lugar de venirme con interrogatorios, contéstame al que

te voy á hacer. ¿Tienes tu conciencia tranquila?
¿Crees que te portas bien conmigo?

—¡Bah! ¡Ya me lo presumía! ¡Sin duda un nuevo chisme de nuestras *buenas* amigas!—dijo entonces Mañara encogiéndose de hombros.

—Eso no es responder—replicó Julia.—Dime quién es una tal Amparo que tiene relaciones contigo.

—¿Amparo?—exclamó Mañara, desconcertado por aquella imprevista pregunta de su novia.

—Sí—prosiguió ésta;—una modistilla, una costurera... ¡qué sé yo!... una cualquier cosa, con la cual estás enredado hace cerca de un año, y que...

—Mira, Julia—interrumpió Mañara, ya repuesto y algo amostazado por la reticencia de la de Sobrarbe,—yo no tengo enredos con esa ni con ninguna otra.

—Luego ¿no niegas que la conoces?—insistió con tenacidad la muchacha.

—¡Julia, acuérdate de lo que hemos convenido, y tengamos la fiesta en paz! ¿Te pregunto yo, acaso, por las frases de amor que has dicho á tus innumerables novios?

—Mis novios pasaron, y esto tuyo es de ahora, y no pasa. ¿Sabes? ¡No pasa! ¡Hasta ahí podían llegar las bromas! ¡Comparar un *flirt*

sin importancia con eso!... ¡Vamos hombre, que cuando pienso en que por una perdida de la calle, al alcance de todo el que llega, seas capaz de engañarme, me dan ganas de cogerte y de destrozarte como destrozó este abanico... ¿Ves? ¡Así haría contigo!—dijo, y redujo á trizas el que llevaba en la mano.

—Calla, mujer. Baja un poco el tono. Mira que te van á oír.

—¡Qué me importa que me oigan!

—Estás imposible.

—Estoy como debo estar, Joaquín. Decidida á que no juegues conmigo. ¿Lo entiendes?

—Si te subes á la parra, de ese modo no habrá forma de entendernos, y me iré—interpuso Mañara con ademán de marcharse.

—¡Ca, hombre! No te vas sin que yo sepa á qué atenerme. Antes grito, lloro y promuevo un escándalo monumental.

—Pero ¿qué quieres?

—Que me expliques quién es esa Amparo.

—¿Á ti qué te importa?

—Verdad. No debiera importarme semejante mujer. ¡Qué asquerosidad!

—Pues si es una asquerosidad, no te ocupes más de ella—replicó Mañara ya muy molesto por la frase injuriosa de la joven.

—¿Lo ves?—exclamó ésta cada vez más vio-

lenta y agresiva.—¡La defiendes! ¡Haces bien!
¡Á tal caballero tal señora!

—¡Julia, Julia! ¡Mira que se me va acabando la paciencia! Yo no la defiendo ni la dejo de defender...

—Debes casarte con ella. Es natural. No será una *mesalliance*. Me han dicho que es hija de un pinchafardos y de una célebre tratante en blancas...

—¡Bonito lenguaje para una mujer de tu alcurnia!

—Cuando una mujer está furiosa, se acabaron todas las alcurnias...

—Pues emplea tu furia con otro, conmigo no. Adiós—y dió Joaquín un paso para salir del balcón.

—¿Y me dejas así? ¿Sin darme una palabra de disculpa, sin una explicación siquiera?—casi gritó la ofendida muchacha, poniéndose otra vez delante de Mañara.

—Cuando seas razonable y bajes el diapasón.

—Lo seré y bajaré el diapasón si me dices qué clase de lazos te unen á esa mujer. Con franqueza. ¿Sabes? Sin mentiras ni tapujos. Yo no me asusto de nada; pero te pido una lealtad absoluta.

—Ningún lazo serio—dijo resueltamente Joaquín.

—¿Me lo juras?—interrogó la muchacha con ansiedad y dulcificando su voz.

—No me gusta jurar, pero... vaya por el juramento.

—Entonces—prosiguió Julia ya más cariñosa—si yo te pido que la dejes, que ni siquiera pases por su calle, y que si la ves vuelvas á otro lado la cara, ¿me lo concederás?

—¡Qué empeño tan ridículo! ¿Tienes celos?

—No debiera tenerlos—repuso la joven poniendo en sus palabras un velo de emoción que parecía sincera.—No debiera tenerlos, pero los tengo, ¿á qué negarlo? ¡Tú me los estás dando con una que vale menos para que lo sienta más!

—¡Qué raro!—murmuró Mañara casi al oído de Julia.—¿Celos tú? Yo creí que los celos no entraban en tu programa. Son de mal tono.

—No te ocupes de eso y prométeme lo que te pido.

—¿Y qué harás tú en cambio?—interrogó Mañara, por cuya mente cruzó un mal pensamiento.

—Cuanto tú quieras—contestó Julia, después de una ligera vacilación.

—¿Sea lo que sea?

—Sea lo que sea.

—¿Te atreves á ir mañana á mi casa y allí te prometeré cuanto se te pase por el deseo?

—¿Y lo cumplirás?

—Palabra de honor.

—Iré... pero ¿y si me ven?

—Vas al anochecer, con la *miss*. En el piso entresuelo hay una modista. Á nadie le puede extrañar...

—Convenido. Mira, Joaquín, á lo que me expongo y á lo que te obligas.

—Todo lo sé, Julia mía, y yo te...

La irrupción de dos ó tres parejas ansiosas de respirar aire puro, dejó sin terminar la plática.

Un poco después salía Mañara muy preocupado del baile de la duquesa.

—¡Con una que valga menos para que lo sienta más—se decía.—¿Y cuál de las dos vale más? ¿Julia ó Amparo?

IV

No podía descansar. Sobre la mullida almohada de finísima batista guarnecida de encajes, puso Julia su gentil cabecita; luego estiró su cuerpo buscando el fresco de las sábanas, cerró aquellos ojos vivarachos que—según Fernando Fuertes—no pasaban de rasguño, y quiso dormir; pero el sueño huía de ellos y en vano llamaba al total apagamiento del ser. Las ideas no querían dar las buenas noches al cerebro.

Su conversación con Mañara se le representaba frase por frase, y la promesa que le hizo de concederle una entrevista á solas, porque ya se compondría él para alejar á la *miss* acompañante, era cosa demasiado grave para permanecer tranquila y conciliar el sueño.

¿Iría? ¿No iría, dando luego una disculpa verosímil que dejase al joven siquiera una rendija de esperanza? Y si al fin iba, ¿qué impulso la movía?

¿Amor irresistible que ciega la razón y anula la voluntad resistente? ¿Deseo de echar en

sus amores con Mañara un nudo de esos á que no se puede sustraer un caballero y que sujeta-se para siempre su tornadizo querer? ¿Perversión, quizás, de su espíritu? ¿Curiosidad malsana? ¿Celos?

Y ¿no serían éstos un pretexto, fingido por la fatalidad, para apresurar su caída? ¡Su caída! Pero ¿se sentía tan al canto de caer? ¿De tan pocos recursos dispone una mujer, que no pueda parar en firme el más ligero atrevimiento de un hombre?

¡Ver á Mañara en su casa, departir de silla á silla con él!... ¿Y qué? Ni el león es tan fiero, ni Joaquín se propasaría como ella llevase intención hecha y resuelta de contener en un justo limite todo intento de pecaminoso desacato.

Pero ¿y si á pesar de tales propósitos llegaba un minuto en que el ánimo se le achicase y la firmeza se le diluyese y lo más absurdo le pareciera una necesaria concesión del momento que los desmayados sentidos de antemano disculpan y perdonan? ¡Ah! Si tal aconteciese, el porrazo no tendría remedio...

Y ¿qué era eso? Nunca se había representado Julia de un modo claramente perceptible el instante en que sujetase su ser, reducido á pasiva inconsciencia, al capricho de otro ser de sexo contrario al suyo. La lectura de novelas

sobradamente licenciosas, las libres pláticas con sus amigas, las historias de escándalos relatadas delante de ella sin velos ni atenuaciones, el ejemplo que le daban de continuo Fulanita y Menganita, cuyo impudor era tolerado y hasta bien recibido por sus iguales en categoría social, y, sobre todo, lo que aprendió en los comienzos de su vida, cuando estuvo en el colegio, hicieron de Julia una pecadora imaginativa que todo lo sabe, que todo lo conoce, pero como se conocen los sitios más hermosos y apetecibles, por la fotografía, que da la impresión de la estampa y no la sorpresa de la realidad palpitante.

¡La sorpresa de la realidad! Muchas veces fingió su mente tal sorpresa en esos estados de excitación á que la llevaban su vida inactiva, su pensamiento desocupado de cosas serias, el roce perpetuo con hombres cortejantes, poco cuidadosos de la frase maliciosa, y la misma libertad de su carácter, independiente de trabas y de imposiciones. Y, sin embargo, su sensación ideal, al choque de un repentino recuerdo, no pasaba de un vago rumor de los sentidos, porque el ser que lo provocó pronto se esfumaba y perdía entre otras mil remembranzas del propio linaje, cual si no fuese el destinado á unir en un solo punto de revelación plasmante los

dispersos hilos de su voluntad. Y ahora, al traer á la memoria su promesa á Mañara, comprendía Julia lo inevitable quizás de esa revelación, en la cual deteníase placentera, á pesar de los esfuerzos que hacía para ahuyentarla.

No. No acudiría á la cita. ¡Qué locura! Se bordea muy bien el peligro á la faz de todo el mundo y con el ánimo sereno; pero no es tan fácil evitarlo cuando se está á solas con él y se le mira atrayente. Además, el primer tropezón trae aparejados otros consecutivos tropezones, que el exigente vencedor reclama ya con justo título, y... francamente, eso sí que no. Puede ser disculpable, y hasta humano, un momento de alucinación que el amor hondo y verdadero santifica, pero...

Y dar por supuesta la caída, ¿no es ir preparada á ella? Nada; lo mejor era quedarse en su casa, y si Joaquín se enfadaba, que se enfadase. ¡Como si á ella le faltaran coqueterías para hacerse perdonar el plantón!... Á dormir, pues, y á esperar tranquila los acontecimientos.

¡Dormir! Lo más sencillo si no existiera en el mundo esa Amparo, únicamente nacida para hacerla infeliz. Y la costurerilla valía la pena. Así se lo dijo María Infantes, que la conoció en un almacén de ropa blanca y se quedó enamo-

rada de su encantadora figura, sobre todo de sus negros hermosísimos ojos, como no había otros en Madrid. En cambio los de ella eran pequeñitos y pardos, ¡qué rabia! Claro. ¡Y el pillo de Mañara se extasiaría ante ellos si le miraban amorosos y prometedores! ¡Y ya en ese camino, acabaría Joaquín por olvidarla, cogido en las redes de aquella infame! ¡Señor! ¿qué atractivos tienen esas mujeres que así sugestionan y dominan á los hombres y los meten en el fango hasta el cuello? ¡Daría ella cualquier cosa por conocer los artilugios misteriosos de que se valen y las cuquerías que emplean para hacerse dueñas y señoras!

¡Bah! Después de todo, ¿qué ciencia taumátúrgica habían de poseer esas hermosas bestias, salidas del arroyo, que á ella no se le ocurrieran y hasta perfilase? La cuestión estaba en decidirse, y quedaría por suya la victoria. ¡Qué duda cabe! Y como se decidiera, mal año para la tal Amparo y las de su ralea... Sólo por esto era cosa de arriesgarse. Y se arriesgaría, vaya si se arriesgaría... Al día siguiente. Eso es. Á las siete, á la calle con miss Ellia, diciendo en casa que iba á probarse un sombrero; un cuarto de hora en cualquier tienda para despistar, y desde allí... ¡Ya vería Joaquín quién era Julia de Sobrarbe!

¡Muy bonito, muy fácil y muy sencillo! ¿Y luego? ¿Quién aseguraba que ello permanecería en el más profundo secreto? ¡Pues no digamos nada si se hacía público, corriendo su mal paso por todas las maldicientes lenguas de Madrid, que se despepitan por darse un filo en la honra ajena. Y ¿qué dirían las gentes de su clase y, sobre todo, su noble familia?

Lo de su familia paró un instante el pensamiento tumultuoso de la joven y trajo á sus labios una amarga sonrisa. ¡Valiente cuidado puso su familia en educarla de forma que pudiese distinguir lo ancho y lo estrecho del deber! Allá al alborear de la vida, el *Collège International des demoiselles nobles*, donde en mezcolanza con muchachas de todos géneros, muy ilustres por su prosapia ó por sus riquezas, eso sí, aprendió en tres ó cuatro idiomas lo que más le valiera haber ignorado. Mientras tanto, su padre, el conde de Sobrarbe, viajaba por Europa en busca de cacharros y objetos antiguos con que satisfacer su manía de coleccionista, sin cuidarse apenas de que tenía una niña por quien velar; y la condesa mantenía en Madrid los inviernos, y en Biarritz los veranos, su fama de mujer distinguida y nada hosca para las aventuras galantes, como fuesen veladas y discretas. ¿Su hija Julia? Con visitarla dos veces por semana

en el *International*, recomendar á las madres que la enseñasen buenos modos y llevársela de veraneo á la playa de moda bajo la inmediata custodia del aya inglesa, creía haber satisfecho los deberes de la maternidad elegante.

Después, su presentación en aquella sociedad ligera, donde su madre ejercía de reina absoluta, y en que Julia completó la ciencia del mundo, delante del cual mostró el desenfado de su carácter, que la condesa hubo de alentar porque creía que los cánones de la educación á la inglesa disponen que las solteras pueden decir y hacer lo que les venga en gana, con tal de que todo ello sea dentro de la sacrosanta corrección que el buen tono exige.

¿Cortapisa en la elección de novios? ¡Dios la dé! ¿Corregimiento de veleidades amatorias? ¡Ni pensarlo! Allí estaba el moderno *flirt* para tapadera de coqueterías á la antigua española. ¿Veto á la amistad íntima con casaditas de dudosa conducta? ¡Antiguallas! Y por encima de todo esto, el halago constante de la vanidad, el empleo de la imaginación en nimiedades perjudiciales, la total ausencia del menor roce con la miseria humana y la facilidad para satisfacer todos los caprichos, por costosos que fuesen.

¿Por qué rasero iba Julia á medir lo que es moral y lo que no lo es? La idea que le hicieron

concebir de que su carne y su sangre eran de condición privilegiada, ¿no le daba motivo para pensar que lo que en las mujeres de poco más ó menos es pecado, en ella no era sino natural expansión de su espíritu, ó quizás una gracia?

Verdad. Pero esa vocecita interior que en todas las conciencias, por petrificadas que estén, habla en los grandes momentos de la vida, decíale tímidamente unas cosas tan raras, que ya no sabía á qué carta quedarse.

¿Iría? ¿No iría?... ¡Esa maldita mujer!...
¡Esa pícara Amparo!

V

Ella tenía la culpa de todo lo ocurrido. ¿Quién le mandaba pasarse una hora charla que te charla con Joaquín, olvidando que debía estar en su casa á la hora en que llegasen los chicos de la escuela? Se le fué el santo al cielo, entró Manolo sofocado y sudoroso, bebió un jarro de agua fría, á poco se sintió malo; aquella noche fiebre altísima y al día siguiente un tifus de esos que vienen con la espada en la mano y que no se marchan sin llevarse carne entre las uñas. De haber recibido ella á los muchachos, como era su deber y acostumbraba, ni jarro de agua fría, ni tifus, ni nada. Era que Dios castigaba la flojedad de su cariño hacia los pequeños, disminuído quizás merced á otro que le iba amontonando el juicio y borraba poco á poco aquella repulsión á los hombres que adquirió instintiva por causa de las porquerías de que Ángeles la hizo testigo, ya que no pudo hacerla víctima.

¡Veintiún días llevaba el pobre Manolo entre la vida y la muerte! ¡Veintiún días, durante los cuales Amparo no había pegado los ojos, midiendo los minutos para que tomase puntualmente los menjures, siempre á vueltas con el termómetro que el doctor le trajo para tomar la temperatura del enfermito y escribir los grados en un papel, cuidando de que no se destapara, espiando sus menores movimientos y sus más ligeras alteraciones, velando la inquieta marcha del terrible mal y siempre temiendo que llegase el fin de aquel angustioso sufrimiento.

Y así, á las altas horas de la noche, cuando la misteriosa luz, más que alumbrar, entenebrece la alcoba proyectando en las blancas paredes sombras fantásticas, antojábansele á Amparo diabólicas figuras que danzaban en derredor suyo, echándole en cara su descuido y prontas á llevarse al infeliz chiquillo en cuanto flaqueara su fe en salvarle. Y entonces se arrojaba junto á la camita del moribundo, mirándole muy abiertos los ojos, de los cuales caían silenciosas lágrimas, como inagotable manantial de dolor que nunca cesa.

No. Seguramente no haría más por él si hubiera sido su madre. Y ¿qué diferencia entre el cariño de una madre y el suyo? ¿Cuáles eran

las gradaciones entre el amor de la que da el ser á una criatura y el que ella profesaba á sus hermanos? ¿Hay en el mundo algo que perder más caro que la propia existencia? Pues ella estaba dispuesta á entregarla para conservar intacta y feliz la de aquellos desgraciados, que una fiera abandonó y ella recogió amorosa. ¡Ah! ¡Por algo la Providencia dispuso que se llamase Amparo! ¡Por algo le dió corazón para querer y voluntad para ejecutar!

¡Bah! Se equivocan las madres que dicen que no hay cariño más grande que el cariño á los hijos. Á no ser... sí, á no ser que este cariño haga concebir un sacrificio por fuera de lo humano, el del alma, si preciso fuera, porque se junta en misterioso lazo al recuerdo del hombre idolatrado que, por igual, comparte la pena ante la vida que se dió y que se escapa... Y al pensar en esto, Amparo, de bruces sobre el lecho del doliente, sin poderlo remediar traía á su memoria la imagen de Mañara y se coloreaban sus mejillas y más se esforzaba en el cuidado, como si le subiese un nudo de remordimientos á su atribulada conciencia.

Por fortuna, la enfermedad de Manolo hizo crisis y volvió la esperanza al ánimo de la joven. Ya se hallaba su hermano casi fuera de peligro. ¡Qué placer tan dulce! ¡Qué alegría

tan inmensa! Pero ¡cuántas, cuantísimas perturbaciones en su modo de vivir! Lo que había gastado en medicinas montaba un dineral. Los extraordinarios para alimentar al convaleciente echaban un cero, y aun dos, á aquella cifra. La cuenta del doctor, quién sabe á lo que ascendería. El casero, por su parte, un tío muy ordinario que amontonó sus cuartos construyendo de viejo para venderlo por nuevo, no aguardaba: el día 5 el mes adelantado, y si no, á la calle. Y era preciso pagar á todos, porque los acreedores la horrorizaban y prefería pedir limosna en una esquina á deber un céntimo... ¿Qué hacer? ¿Á quién acudir? ¿Á don Nicanor, que en fuerza de ruegos ya la hubo de anticipar diez duros á cuenta de obra futura? ¡Sí, bueno era el hombre de tacaño y ruin para aumentar el anticipo! ¿Empeñar? ¡Si formaban un montón así de grande las papeletas de todos los trapos y enseres que tenía en el *Centro Benéfico!* La colcha azul, la mantilla de blonda, la media docena de sábanas, los zarcillos que le regaló Joaquín el día de su santo, el paraguas, dos colchones... ¡Un diluvio de cosas!

Y á todo esto sin trabajo, porque en aquella estación disminuía de un modo atroz, y el poco que quedaba disputábanselo con encarnizamiento todas las de su oficio, á caza de la úni-

ca peseta que iba rodando por Madrid á ver quién corría más y la atrapaba.

La imaginación de Amparo daba innumerables vueltas buscando un resquicio por donde salir del conflicto pavoroso que, á guisa de círculo de hierro, la comprimía cerrándose por momentos. Justamente aquella mañana el doctor dispuso que se le diesen al enfermo cucharadas de Jerez seco, que fuese bueno, y cada tres horas caldo de gallina. Pero esto costaba un dinero de que en absoluto carecía; y para que todo viniese mal, la portera acababa de subir —¡qué oportuna!— el maldito recibo de la casa, que no admitía espera.

Si no le diese por echarla de pulcra y de digna con Joaquín, en él hallaría su salvación. ¡Qué le importaban á Mañara unos cuantos cientos de pesetas, que de seguro se gastaría en cualquier capricho! ¿Pero qué pensaría de ella si se rebajara á pedirle dinero? ¿Que le quería por interés? ¿Que era un comienzo de venta? No. Eso jamás.

Mejor sería un nuevo ataque á doña Mónica, la usurera que le prestó cinco duros, á real por pieza, y que con melosa cara y suaves maneras no la dejaba á sol ni á sombra con pretexto de enterarse de la salud del enfermo y de traer golosinas á los otros dos muchachos.

Y estando en los horrores de su apuro, entró la prestamista toda meliflua y sonriente.

—Viene usted como llovida del cielo—le dijo Amparo, haciéndola sentar y preparando la acometida.

—Me alegro mucho, hija mía. ¿Va mejor el hermanito?—repuso doña Mónica.

—Sí, mucho mejor... pero yo deseaba...

Y aquí hizo alto su decisión, trabándosele la lengua.

—¿Qué es ello? Hábleme usted con franqueza—insinuó la usurera con aire bonachón.

—Verá usted, señora—continuó la joven haciendo un supremo esfuerzo.—La enfermedad de mi pobre Manolo me ha dejado por puertas. El médico, la botica...

—Ya caigo, Amparito. No se esfuerce usted. Que está usted sin una mota y que le hace falta trigo, ¿verdad?

—Verá usted, doña Mónica—prosiguió la muchacha, ya más animada.—No es mucho, y con mi trabajo confío en que lo que tomase podría pronto...

—¡Válgame el Señor!—volvió á interrumpir la vieja.—Y ¿es posible que una mujer como usted, un ascua de oro, como quien dice—y no es por lavarle la cara, bien lo sabe Dios,—ca-

rezca de lo necesario y aun de lo *supérfluo*, cuando sólo con abrir la boca...

—¡Cómo! —atajó Amparo, poniéndose en guardia.

—¿Está usted muy apurada? ¿Le ha llegado el agua al cuello? Pues ¿á qué tomar prestado ni pedir favores, si en su persona tiene el medio de salir avante?... ¡Digo! ¡Y con sobras! Si yo tuviera esa cara, y esas hechuras, y esos ojazos, y ese cutis en la fisonomía...

—¡Señora!—dijo la muchacha, conteniendo apenas su disgusto, que el recuerdo de Ángeles recrudecía.—Crea usted que no necesito consejos, sino dinero.

—Ea, pues yo se los doy á usted porque la la quiero, bien lo sabe Dios; porque me da pena que se aperree usted trabajando; porque... Vamos á ver, Amparito. Sea usted razonable. Mire usted que la hermosura se pasa y la vejez viene á escape, con la perspectiva del hospital ó del asilo.

—Doña Mónica, si yo hubiera querido echarme al arroyo, no le debería á usted los cinco duros de marras.

—No vengo por ellos, bien lo sabe Dios, Amparito. Ni lo que hago es por mi goce, sino por el suyo.

—Bueno, señora; dejemos eso á un lado, que

no tengo gana de enfadarme, y dígame claro si me quiere prestar lo que necesito, pagando lo que sea.

—Hace usted mal, hija mía—prosiguió doña Mónica, volviendo á coger el hilo de su tema.

—Ya ve usted, ¿qué me meto yo en el bolsillo? Nada. Bien lo sabe Dios. Tiene usted que saldar sus cuentas con el médico, con el boticario, con la tienda de comestibles, con el casero... ¡La mar! Pues sea usted un poco amable y alguien conozco yo que la cubrirá de onzas de oro.

—Doña Mónica, haga usted el favor de no darme más la lata.

—No es lata, hija, que es el propio Evangelio, bien lo sabe Dios. Mañana los trastos en la calle y á implorar la caridad como una *méndiga*, sin acordarse de que hay chicos que mantener y... la Biblia Santa que pagar. ¿Y todo por qué? Pues por escrúpulos ridículos; sí, señora; escrúpulos de monja. ¡Cuántas se darían con un canto en el pecho!...

—¡Doña Mónica, doña Mónica!—interrumpió la joven, ya á punto de estallar.

—Mire usted, Amparito, hablemos claro y no me venga usted con remilgos. Un señor de cierta edad, amigo mío, y que apalea los millones, está loco perdido por usted. Si usted le concede media hora de palique, nada más que

media hora, y se arregla con él, tendrá usted el dinero á espuestas y todo lo que le haga falta. ¿Estamos?

—Lo que á mí me hace falta—gritó entonces la joven fuera de sí—es que se ponga usted ahora mismito en la escalera, si no quiere que yo la plante en ella por...

Y soltó la palabra.

—Oiga usted, señora. Á mí no me insulta nadie *impugnemente*. ¡Ay, hija! ¡Pues no se pone usted pocos moños! ¡Anda, que ya se los quitará á usted la miseria! Abur, y serénese—dijo doña Mónica, y salió corriendo al ver la actitud amenazadora de Amparo.

La cual, así que cerró la puerta, rompió á llorar amargamente.

—¡Dios mío!—se decía.—¡Cuánto trabajo cuesta ser pobre y buena!

Cuando la prestamista salió á la calle y volvió la esquina, dióse de manos á boca con el general San Bernardo, que la esperaba impaciente.

—¿Buenas noticias?—preguntó á la vieja con ansiedad.

—Muy malas—replicó doña Mónica.—Dura como una piedra. Pero, paciencia, y ya caerá. ¡A su salud tengo que tomar un café, y con rebaba!...

—¡Vaya si caerá!—murmuraba para su hermosa barba blanca el veterano militar así que se despidió de la corredora, pensando que con tiempo y dinero no hay virtudes invencibles ni plazas inexpugnables.

VI

Y por fin tomó Amparo el único camino que le quedaba á las veinticuatro horas de su entrevista con doña Mónica.

¡Infame usurera! ¡Con el recuerdo sólo de sus proposiciones se le subía la cólera á la cabeza! ¡Á punto estuvo de tirarla por el balcón! ¡Claro! ¡Así ganaba doña Mónica aquel dinero, que luego, á real por duro, prestaba á las infelices como ella! ¡Husmeando tapujos y sirviendo de tercera á los señores *de cierta edad!* ¡Qué asco! ¡Un viejo verde en acecho de flaquezas y de apuros para obtener lo que ya únicamente por la paga rumbosa podía conseguir! Pues cuando la prestamista se arriesgaba á plantear el negocio, sin duda era por la magnitud del corretaje y la esplendidez de su protegido; que no se empleaba aquella mujer en cosas de poco más ó menos, sino siempre de mucho, y de seguro no se dejaría cortar la mano derecha por cinco ó seis mil duros. Bien hizo en ponerle las peras á cuarto; y como volviese otra vez con

la misma cantinela, no le quedarían ganas de una repetición.

¡Qué bueno hubiera sido jugar á la entrometida correveidile y á su *señor de cierta edad* una broma pesada, de esas que no se olvidan! Hacerse la melindrosa, salir con el con qué del «no me atrevo», mostrar una pequeña coyuntura por donde se adivinase el próximo rendimiento, pedir á cuenta de él arras contantes y sonantes, metérselas en el bolsillo muy guapamente y después reirse del carcamal y de su protectora. Pero tal hazaña le habría hecho perder su fama, y no entraban semejantes farsas en las miras de Amparo. ¡Con el trabajo que le costó limpiarse de aquella atmósfera de corrupción debida á la desordenada conducta de Ángeles! Antes que dar un mal paso, más valía confesarse noblemente con Mañara, contarle la verdad y aceptar de él los recursos precisos, nada más que los precisos, para doblar el cabo. ¿Que pensaría mal de ella? ¿Por qué, si le ponía por delante el reintegro de lo que le diese como única manera de cerrar el trato? ¿Que la confundiría quizás con las que se entregan por precio? ¡Eso sí que no! De sobra estaba Mañara al tanto de su honradez y sabía que no la guiaban móviles egoístas. ¡Como que en todo el tiempo que de relaciones llevaban sólo tomó de

él, y no fué sin grande resistencia de su parte, aquellos zarcillos, cuyo empeño no pasó de treinta pesetas! Y en último término, estos favores pecuniarios entre dos personas que han hecho mutua donación del alma, ¿qué valen ni qué significan? Pues si ella poseyese un millón y con él pudiera ahorrar una pena á Joaquín, ¿no lo daría todo entero aunque se quedase tan pobre como las hormigas?

Por eso hizo mal en pronunciar aquel *jamás* cuando se le pasó por las mientes la idea de recurrir á Mañara. ¡No se enfadaría poco cuando supiese su miseria sin habérsela dado á sospechar con la más ligera palabra! Aunque también es cierto que le faltó ocasión propicia, pues durante la enfermedad de Manolo apenas se hablaron, y en los días del mayor peligro ni poco ni mucho, contentándose con los mensajes verbales por medio del criado de Mañara. Ahora ya podía Amparo disponer de más tiempo, dejando en su ausencia á una vecina caritativa que hiciera compañía al niño y le cuidase.

Y así discurriendo, la muchacha llamó á la vecina, dió un beso á Manolo, ordenó todo lo conveniente para que nada le faltase, púsose la mantilla y salió á la calle.

Eran las siete. La hora precisa en que Mañara se encontraría en su casa. Mil veces le

contó su vida, y por tal minucioso relato del empleo que Joaquín daba á su tiempo, que ella le exigió cariñosa para seguir todas sus acciones con el pensamiento y dedicarle así el suyo, conocía el modo de hallarle cuando se le antojase. Viéronse cinco minutos por la mañana y se citaron para el día siguiente; pero tuvo Amparo por la tarde un serio disgusto por causa del dichoso casero, y entonces resolvió adelantar la entrevista con su novio, yendo á su misma casa.

¡Qué sorpresa le iba á dar tan grata! ¡Cuánto suplicó Joaquín para que le hiciera una visita! Y á fe que le costó gran esfuerzo no acceder á este deseo, porque ansiaba conocer todos los rincones del cuarto donde vivía el adorado de su corazón y mirarse en el espejo de que se servía, juntas las dos cabezas para que jamás volviese á reflejar la imagen de él sin que se le apareciera á su lado la de ella. Quizás alguien la viera en el momento de poner los pies en los umbrales de la casa de Mañara, mas á nadie que la conociese podía pasarle por la tela del juicio, como á ella tampoco se le pasaba, que no habría de salir de allí tan pura como entrase. Por este pueril temor de la opinión ajena se negó siempre á los ruegos de Joaquín. Y ¿qué debía importarle la opinión estando segura de

si misma y siendo tan extremo el caso que la obligaba? Y tan extremo; como que en la disputa que tuvo con la portera la prometió que no se pasarían las veinticuatro horas sin entregarle su mensualidad.

Cabía el partido de llamar á Joaquín ó de escribirle, que desechó no bien hubo de pensarlo, porque no era cosa de espetarle en una esquina y á la carrera todo el cúmulo de infortunios y desdichas que justificaban su demanda; y en lo tocante á recibirle en su propio domicilio... eso sí que era más peligroso y daría motivo á las murmuraciones de aquellas comadres de su vecindad, acechadoras de apariencias para hincharlas á fuerza de soplo.

Al fin llegó rendida, cansadísima. ¡Veinte minutos en recorrer la distancia que hay desde la calle del Cardenal Cisneros al paseo de Recoletos! Por tan larga carrera, sin duda sentíase Amparo desfallecida y tuvo que agarrarse á la barandilla de la escalera para no caer al suelo. Subió el primer tramo de un solo aliento y volvió á notar que las piernas no la obedecían, como si las detuviese un peso enorme, á la vez que le iba invadiendo el corazón una angustia extraña, indecible. ¿Qué causa reconocería aquel repentino desmayo de su cuerpo? ¿Por qué aquella escalera se le figuraba sin fin,

cual si la guiase, no á la inmensa alegría, sino al eterno dolor?

Hizo Amparo un violento esfuerzo, y escalón por escalón llegó al piso segundo, que era el de Joaquín, y antes de tocar el botón de la campanilla, para tomar fuerzas y respirar se apoyó en la pared, en un ángulo del rellano, bastante obscuro porque aun no habían encendido la bomba eléctrica. Entonces oyó ruido de voces allí, casi junto á ella, algo como cuchicheo, risas reprimidas, palabras apagadas por breves silencios, y la puerta se abrió y sus espantados ojos vieron salir una mujer joven, esbelta, elegante, á quien Joaquín, su Joaquín idolatrado, el hombre en cuyo amor creía como se cree en Dios, despedía con ternuras y caricias, que la infeliz Amparo sintió en medio del pecho como puñaladas que se lo desgarrasen y partieran. Quedóse petrificada, sin movimiento, sin habla, exánime la voluntad y roto el juicio, la cara medio oculta por un pico de la mantilla, que instintivamente se llevó al rostro; y la desconocida, en cuanto notó que una persona les escuchaba, cerró la puerta y bajó á escape la escalera, huyendo, sin duda, de que la conocieran. Después, la misma angustia opresora de antes, una oleada de sangre que sube á la cabeza y luego se hunde por dentro, y des-

pués... nada, el silencio absoluto, el total apagamiento del ser.

Cuando recobró la facultad de discernir, hallóse Amparo recostada en un sillón y á sus pies á Joaquín arrodillado y entre sus manos una de las de la joven.

Verle, reconstruir en su mente la escena de la escalera y levantarse de un golpe, todo fué uno.

—¿Dónde vas?—la interrogó Joaquín.

—Á mi casa, á cualquier parte donde no te vuelva á ver—balbuceó la muchacha.

—Cálmate, vida mía... un momento siquiera... yo te lo contaré todo y verás...

—Déjame, déjame... no quiero saber nada... quiero irme... irme pronto... ahora mismo.

Y al expresarse así Amparo, tomaba su acento un tono tal de súplica, de pena y de desesperación, que no pudo menos de conmover el alma de Mañara.

—No. No te irás sin oirme—la dijo,—y me perdonarás, me perdonarás. Tú eres la única mujer que yo he querido en el mundo, tú eres la preferida de mi alma...

—Yo soy una desgraciada que quiere marcharse y olvidar la infamia que me has hecho... ¡Déjame!—insistió la joven con ademán resuelto, encaminándose á la puerta de la habitación.

—No quiero que te vayas y no te irás—replicó Joaquín sujetándola por el talle.

—¡Si no por ahí—gritó ella,—por aquí!

Y desasiéndose de los brazos de Mañara, se precipitó á un balcón, que abrió, con ánimo firme de arrojarle á la calle.

Las fuerzas del hombre lograron dominar el pasajero arranque nervioso de la mujer.

—Nada por la violencia—la dijo cuando la tuvo vencida.—Libre eres de marcharte cuando gustes...

Al poco rato corría más que andaba por las calles de Madrid Amparo, llamando la atención de las gentes, que veían una mujer joven y hermosa presa de tan inmenso dolor, que apenas conseguía reprimir los sollozos.

—Se le habrá muerto su hijo—exclamó uno.

—¡Pobre chica! ¡Quizás su madre estará en las últimas!—añadió otro.

—¡Irá á la casa de socorro!—dijo un tercero.

Nadie podía sospechar que, ciega, frenética, harta de su vivir miserable, perdida la única ilusión de su alma, Amparo iba á casa de doña Mónica.

Y el general San Bernardo añadió á sus incruentas victorias una más, por la que el Estado no le otorgó ninguna gran cruz ni se la puso en su hoja de servicios.

VII

Que hizo ruido la tal victoria del general, no hay para qué contarlo. ¡Buen cuidado tuvo el de la hermosa barba blanca de lucir su nueva conquista por el gran mérito de ella! Que en cuanto llegó á noticia de Julia, dió ésta á Mañara una rechifla monumental, salpimentada de burlas y cuchufletas acerca de la fidelidad de las modistillas, de su peso se cae. ¡Á fe que la niña era de las que se tragan los pensamientos, como en soltarlos, con chisporroteo de impertinencias, viese la manera de tomar venganza! Pero que á Mañara le produjo honda impresión, también es cierto de toda certeza.

En honor de su sangre fría y dominio de sus nervios, justo es confesar que Joaquín mostró afectarle muy poco la derrota cuando el círculo social en que se movía supo que Amparo Solares, una mujer de primera, hubo de abandonarle por el viejo conquistador, de cuya publicidad se encargó Julia para más satisfacer la pequeña pasión del desquite por las pasadas

rabietas, y sobre todo porque entonces vió el pequeño motivo que la condujo al pecado y sentía, desaparecida la causa, una inexplicable sensación de enojo hacia el hombre vulgar á quien dejan plantado las mujeres. Era Joaquín Mañara un prestigio que se viene al suelo, y para el complejo carácter de Julia ya no resultaba aliciente de triunfadora vencer al vencido.

La clara inteligencia del joven, muy usado á este linaje de luchas, penetró con facilidad en las sinuosidades del alma veleidosa de la muchacha; pero más que nada sonaba en la suya un retintín de amargura, mezcla de pena y de remordimiento. Para gloria del amor propio y afianzamiento de su fama, bastábale con el recuerdo de aquella hora inenarrable que Julia le otorgó en su casa, sin testigos, hombre y mujer entregados á la vehemente realidad de la pasión, y no más que con levantar una mínima punta del secreto apagaría la verbosidad fogosa de la imprudente, haciéndola entrar en vereda y reduciéndola á su papel de una de tantas. No le preocupaba la fingida actitud de Julia, seguro de que con el empleo de este recurso extremo la dominaría otra vez y ciento como ello entrase en sus propósitos. Lo que le traía inquieto y fuera de sí era aquel poso de dolor que le dejó, en lo poco que de sensibilidad

aun le quedaba, la violenta escena que tuvo con Amparo y la inmediata caída de la joven. ¡Parecía imposible que un hombre tan frío y tan calculador como él, pensando en aquellos sucesos, se pasara las horas muertas!

¿Quién podía prever la fatal coincidencia de ir Amparo á su casa en el mismo momento de salir Julia? Y ¿quién adivinar que la decisión de la bordadora de abandonarse y perderse fuese tan rápida? ¡Porque, indudablemente, perderse era entregarse al viejo y no á él: en en este caso, una falta muy natural, y en el otro, delito nefando!

Algo había en el fondo de tan extraña conducta, que Mañara no adivinaba; algo misterioso que á toda costa quería saber. ¿Delicadezas de alma de esas que, fulgurantes como el rayo, destrozan una ilusión y truecan el amor en desprecio? ¡Imposible! ¡Delicadezas en una mujer cuya educación se formó entre los burdos y toscos sentimientos de la gente más abyecta! ¿Sería acaso que Amparo no llegó á ese punto de intenso amor en que por cima de todo flota el atropellado querer? Tampoco. Fuera de que tenía confianza ciega en sus medios de seducción, lentos, sugestivos, con suma habilidad empleados—Julia era buena prueba de ello,—á la legua se conocía que Amparo estaba seria-

mente enamorada de él. ¿Quizás la muchacha concibió la absurda idea del matrimonio y al verle en amores formales con una mujer de su clase se produjo en ella el estallido de despecho que la hizo emprender su verdadero camino, el que Angeles *la Pelusa* le enseñó? Sí. Esto era lo más lógico, lo que mejor debía cuadrar con la naturaleza de Amparo y con el medio corrompido donde hubo de nacer.

Á no dudarlo, fué un mentecato en todo el proceso de sus relaciones con la bordadora. ¿Qué pretendía de ella? ¿Amor por lo fino? ¡Qué disparate! Pues entonces debió ir estrechando el cerco paulatinamente y la victoria hubiese sido suya. Pero un refinamiento sensual, el mayor cebo de sus lujurias de hombre corrido y ansioso de nuevas emociones, que más grandes parecen cuanto más tarde llegan, hizole prolongar la situación, retrasar el instante de la batalla, y gozando con los incentivos del poco á poco...

¡Bah! Y después de todo, ¿qué le importaba?

¡No le había de importar! Como que nunca, desde que dedicó sus facultades todas á conquistar mujeres, ninguna herida le llegó tan á lo vivo. Amores fáciles ó difíciles, corta ó larga empresa, al fin el triunfo; luego su grato sabor, y al mes... si te vi no me acuerdo. ¡La

eterna y vulgarísima historia, tan conocida y manoseada en la vida real y en la ficción dramática!

Y ahora, ya seguro de su torpeza y del impulso que movió á Amparo—él un imbécil y ella una vividora,—hurgábale con tenacidad mortificante aquel siempre pensar en lo mismo que le horadaba el seso. Que ello fuese remusgo de amor verdadero, que al más seco de jugos afectivos coge y domina cuando menos lo espera, parecíale locura... Y entonces sí que el mal no tendría remedio, porque eso de ser el heredero de San Bernardo le resultaba sumamente ridículo y fuera de las reglas de todo fiel cristiano que tiene cartel de irresistible. Que significase dolor de la vanidad por la humillación sufrida, era más natural razón de su reconcomio; mas entonces, ¿á qué padecer enfermedad de remordimiento? ¿Á qué desmentir su tradicional costumbre del olvido momentáneo?

—No te canses ni caviles, chico. Á otra. Y si la cosa te aprieta demasiado, pon de por medio mucho tiempo ó mucha tierra—decía á Mañara Fernando Fuertes, archivo de sus secretos y confesor de sus culpas, una tarde en aquel mismo gabinete que presencié las alegrías de Julia y la desesperación de la bordadora.

—Tienes razón, Fernando. Eso debería hacer. ¡Mira que preocuparme por una buscona!

—En eso estás equivocado, querido amigo. Amparo no es una buscona.

—Entonces, ¿cómo te explicas—repuso Mañara—que por una simpleza le faltase tiempo para arrojarse en los brazos del mamarracho del general? ¡Vamos, hombre, que hay motivo para...!

—Estás obcecado y todo lo miras al revés—interrumpió Fernando Fuertes.

—¿Y tú al derecho?

—¡Claro!—contestó aquél.—En primer lugar, no has hecho nada por penetrar el carácter de la chica, y así no has podido comprender el daño que le causaría tu infidelidad.

—¡Hombre! ¡Tiene gracia! ¡Amparo Solares, que se ha criado con *la Pelusa*, tomando posturas románticas!

—Pero vamos á ver, querido Joaquín. ¿No habíamos convenido en que, á pesar de esa convivencia, Amparo Solares era una mujer honrada á carta cabal? ¿No me lo has dicho mil veces, añadiendo que tal fama tenía en todas partes?

—Sí. Y por eso me extraña que...

—Para un poco los pies—interrumpió Fuertes,—que luego vendrá lo demás. Si la mucha-

cha es honrada y tú fuiste su primer amor, y cuenta que esto también es creencia tuya, ¿qué tiene de particular que al verse burlada en sus propias narices tomara el cielo con las manos? Porque se haya criado con *la Pelusa*, ¿vamos á negarle la facultad de sentir?

—Sí. Mucha sensibilidad, y le falta tiempo para arreglarse con San Bernardo.

—También en esto eres injusto, Joaquín. Á nadie oculta el general, sin duda para que resalte más su esplendidez—es su manía,—que Amparo se hallaba en la última miseria, despedida de su casa y debiendo hasta el aire... ¿Te has ocupado alguna vez de evitar que llegase á tal situación?

—No me he atrevido, porque siempre la vi tan altiva y puntillosa en este particular...—repuso Mañara muy contrariado.

—Di que jamás se te ocurrió averiguar cómo vivía. ¡Egoísmo de aquellos á quienes todo les sobra, que creen que los demás no carecen de nada! Pues supón—continuó Fuertes—que la inusitada visita que la chica te hizo fuese para pedirte auxilio.

—Suposiciones tuyas...

—Pero muy verosímiles; y que, perdida su confianza en ti y asediada por San Bernardo, cerró los ojos para satisfacer la vil y prosaica

necesidad de vivir. ¿Qué querías que hiciese?

—Que me lo hubiera dicho.

—Vamos, hombre. Esas cosas no se espera á oirlas, se adivinan.

—Luego yo tengo la culpa...

—De todo, y ese es tu remordimiento, sin darte cuenta de él; porque además, aunque te encojas de hombros, estás enamorado de la bordadora.

—Como de Julia—interrumpió Mañara sonriendo.

—Más despreciable es ésta que aquélla—contestó Fernando Fuertes.

—Si te obligaran á tomar mujer y no hubiese en el mundo más que esas dos, ¿por quién te decidirías?—interrogó Mañara con tono burlón.

—Por Amparo, sin vacilar.

—¿Así, tan decidido?

—Tan decidido. ¿Y sabes por qué? Pues porque Julia ha caído por perversión moral y Amparo por hambre. Julia, criada en la opulencia, y Amparo en la miseria; aquélla con todos los refinamientos de una educación espléndida y ésta bajo la enseñanza y el ejemplo de *la Pelusa*, ¿cuál de las dos es más responsable de sus actos?

—Ahí tienes tu suerte y quizás tu felicidad. En cuanto el general tome el pasaporte para el

otro barrio, como dejará á la muchacha bien repuesta de moneda circulante, presentas tu candidatura á su blanca mano y te casas con ella—dijo Joaquín Mañara levantándose para cortar una conversación que cada vez le torturaba más, aunque mucho lo disimulase.

—Y tú con Julia—replicó Fernando Fuertes, molesto por el tono insultante de su amigo.

—¡Sólo ha sido mía!—añadió Mañara altanero.

—Pues así y todo, te casarás con viuda.

—¿Por qué?

—Porque lo será de ti mismo; porque para quererla como quieres á la bordadora, tú, su único poseedor, tan difunto estás como mi abuelo, que falleció el siglo pasado.

—¡Bah! ¡Ni á una ni á otra! ¡Me llamo Mañara!

—Pues cambia de apellido.

.

VIII

Ni Fernando Fuertes se ha casado con la exbordadora ni Joaquín Mañara con Julia. Pero como todos ellos andan vivos por esos mundos de Dios, no será difícil dar con el fin de esta exactísima historia.

Vivir para ver.

UN CASO RARO

I

Del revés

—¡Pero, hombre! ¿Qué razón existe para que se deshaga usted en lágrimas y zollipos?—dijo don Pancracio queriendo consolar á su inconsolable amigo.

—¡Ay, querido compadre! ¡Usted no sabe cómo se me estrecha el alma cuando pienso en mi desdicha!—repuso don Zenón limpiándose los ojos.

—Pues suelte usted la pena, que echándola por esa boca, el corazón se desata y queda uno más limpio y sosegado—añadió don Pancracio lleno de interés.

—¡Mi pena! ¡Es tan grande, que no cabe en el pecho, y no sé dónde colocarla!—sollozó don Zenón.

—Colóquela en el mío, que es arca de seguridad, y, por lo menos, cuando conozca el mal que le aqueja á usted, no me ha de faltar consejo que le cure ó calmante que le consuele— interrumpió el compadre, arrimando su silla á la del quejumbroso, para oír mejor la confidencia.

—Usted sabe que me casé. Sí, amigo mío. Con estos cincuenta y seis y el pico, di de bruces en el matrimonio.

—Mal negocio, querido don Zenón. Mal negocio.

—¿Usted no conoce á mi conjunta?

—No tengo ese honor.

—Por eso dice usted «mal negocio». Pues sepa que mi esposa es una verdadera delicia, querido compadre. Figúresela usted de veinte abriles, llenita de carnes, pelicastaña tirando á rubia, firme y airosa de andadura, menudos pies y diminutas manos, ojos negros y acariciadores y con mil gracias esparcidas en la preciosa cara. Su cuerpo...

—Pare usted la jaca, don Zenón, y vengan las prendas morales, sin extasiarse en la pintura de las corpóreas; que aquéllas, si son buenas, sosiegan el espíritu, y éstas lo perturban.

—Continúo, pues, con su licencia: me uní á esa joven...

—Primer dislate—interrumpió don Pancracio.—¡Una chiquilla que siempre estará pidiendo guerra, casada con un hombre todo paz y reuma!

—Si me corta usted el habla á cada instante, no acabaré en un quinquenio de contarle mis cuitas.

—Ya no resuello.

—Sarita, que así se llama mi mujer, y su madre doña Crisanta López de López, viuda de aquel famoso López que inventó un aparato para volar, tomaron el piso quinto de la derecha de la casa en que yo habito, y de la cual soy legítimo dueño. Trato frecuente, por razón de vecindad, y benevolencias de casero sensible, porque ha de saber usted que para mis inquilinos soy un segundo padre...

—Avíseme usted cuando se desalquile un piso en su casa, amigo don Zenón...

—¡Déjeme acabar, hombre de Dios!... Digo que con estas y las otras fui ganando en la intimidad de mis vecinas y ellas en mi corazón, porque, en punto á hacendosicas, limpias y bien ordenadas, no había más que pedir. ¿La niña novios? ¡ni por pienso! ¿Amigas bachilleras de esas entrometidas y fisgonas? ¡ni una siquiera! ¿Visitas de hombres? ¡ni del médico! El único varón que ponía los pies en aquella santa casa

era este cura, y eso con su cuenta y medida, pues cuando doña Crisanta se ausentaba dejando sola á Sarita, ni los pies en el dintel de la puerta, ni las manos en la campanilla.

—¡Vamos, un modelo de virtudes!—dijo don Pancracio.

—Como usted lo oye—repuso don Zenón siguiendo el hilo de su discurso.—El pobre señor de López, atacado de la manía inventiva, consumió la escasa hacienda de doña Crisanta, y al fin paró en un manicomio y su gente en la pobreza. Por fortuna, López era cesante de Hacienda, y á su fallecimiento utilizó doña Crisanta una modesta viudedad, suficiente para tirar de la vida con todo género de estrecheces y privaciones, que no serían tales cuando Sarita terminase su aprendizaje en el Conservatorio y pudiera salir al teatro, pues ha de saber usted que resultó una verdadera maravilla para el canto. ¡Qué voz la suya! De oro puro, amigo don Pancracio.

—¡Vamos!—repuso éste,—que á ser de oro puro, la habría empeñado doña Crisanta...

—Yo fuí el que me empeñé en que aquella perla de Golconda no pisara las tablas, porque debo decirle que en fuerza de ver á Sarita todos los días, por la mañana cuando volvía con su madre del Conservatorio y por la noche en

me otorgaban de tertulia, y mientras sus dedos rápidos movían la aguja y doña Crisanta roncaba sobre el libro de oraciones, se me entró la chiquilla por los tuétanos y médulas y me sorbió el espíritu.

—¡Buen sorbo!—dijo don Pancracio.

—Y era natural—prosiguió don Zenón.—Yo no había amado á ninguna mujer. Ella, una virgen cándida y sencilla, sin conocimiento aún de la turbación amorosa. Yo, virgen también de afectos puros, me resurgió la pasión juvenil, y al declinar de mi vida...

—Sí, ya caigo. Se decidió usted á conjugar con la niña el verbo amar—atajó don Pancracio.

—Verá usted. Vino el amor á mi estrepitoso y pujante, arrasándolo todo, escrúpulos, temores y recelos. Lo recibí como se recibe á los dioses, y me fui tras el deseo de hacer mía á la mujer deliciosa, seria y reflexiva á través de cuyos ojos veía yo su alma tranquila, sin turbulencias ni sobresaltos.

—¡Buena vista, amigo don Zenón! ¡Ni los rayos X!

—La empresa no era difícil, porque en las ocurrencias de la muchacha, cuando se tocaba algún punto escabroso, que doña Crisanta y yo adobábamos á nuestro gusto para no rasgar el

su casa, á su lado, durante un par de horas que velo de su pudor, notábase clarísimamente cuánto ignoraba de las cosas que se rozan con hombres y mujeres. Pero esta misma ignorancia me ponía en situación muy difícil. ¿Cómo declarar mi atrevido querer ofreciéndola, por supuesto, mi mano, con tal miramiento que no viese en mis pretensiones sino la esencia de un amor sublime y etéreo y nada que oliese á inquietud posesoria?

—¡Carape con don Zenón! No le hacía á usted tan romántico, ni con unas tan anchas tragaderas.

—¿Cómo tragaderas?

—Digo tragaderas, porque, aunque me lo juren frailes descalzos, no creo en la candidez de las mujeres de veinte años.

—Pues yo sí en la de Sarita, sin que me lo jure nadie, y de aquí mi aprieto meticuloso, á que se juntaba también, se lo confieso, cierta cortedad por razón de mis canas. El ímpetu lo llevaba de puertas adentro, pero no me salía de puertas afuera. Ensayé el sistema de mirar dulce y suspirar hondo, y... nada.

—¿Apelaría usted, entonces, á la cartita reveladora?

—Me pareció un procedimiento vulgar y propio de jovenzuelos incipientes.

—¿Y buscó usted á doña Crisanta por medianera?...

—Temí que influyese demasiado en el ánimo de su hija, cuya voluntad deseaba yo brotando libre y espontánea.

—Pues ¿qué diablos hizo usted? ;Porque como no llamase en su auxilio al primitivo lenguaje de la mimica!...

—Quería yo algo nuevo y extraño á lo que usa todo el mundo en estos lances. Algo que revelase el afán de mi alma y su pulcritud para expresarlo. Algo que suprimiese el decir, siempre prosaico y bajo, y en que sólo resaltase la intención limpia de mundanos deseos...

—¿Y encontró usted esa forma pulquérrima y taumatúrgica de callar como un muerto y que lo entendiera la niña, que es como no pagar al sastre y que el sastre no se entere?

—Muchos entresijos tenía el hallazgo; pero cuando ya iba viendo el fin, mediante una sabia combinación de exclamaciones y miradas puestas en sazón y punto, doña Crisanta, compadecida, sin duda, de mis ansias, cortó por lo sano...

—Ofreciéndole á usted la muchacha. ;Una madre práctica!

—Me dijo que las gentes murmuraban más de lo justo; que mis asiduidades comprometían á

Sarita; que era preciso cambiar de conducta, y así de cómo en por qué me sacó la confesión del cuerpo. Puse el inconveniente de mis años, y me tapó la boca con aquello de que los hombres nunca son viejos; manifesté dudas respecto al querer de la chica, y me hizo confidencias que echaron varios nudos á mi vanidad... y ya mi corazón se fué resbalando mansamente...

—Hasta caer—interrumpió don Pancracio.

—El primer año de nuestro matrimonio—prosiguió don Zenón,—un verdadero paraíso. Sarita era un capullo de flor delicada, que se va abriendo poco á poco al soplo de la brisa primaveral...

—Y usted ejerció de primavera...

—Yo inicié á aquella palomita sin hiel ni malicia en los misterios del amor. Yo fui formando aquel indeciso deseo de amar, y no preocupándome de lo que tenía cogido, sino de lo que me faltaba por conseguir, llegó un momento en que creí haber tomado para siempre entera posesión de su alma...

—Y se encontró usted con que el alma de la señora se escapaba hacia los cerros de Úbeda.

—Me sucedió un extraño fenómeno, que es el que hoy me acongoja y me estrecha el corazón.

—Veamos el fenómeno.

—Esta pasión mía, muy firme y muy sólida, pero ya templada por razón de mi edad pro-
vecta, no puede tener esas vehemencias y tu-
multos, sorpresas y constancias propias de un
espíritu juvenil ajeno á las deprimentes reali-
dades de la vida. Pensando en esto debí proce-
der con mayor cautela, poniendo en la escala
de mi amor mayores puntos de delicadeza, y
así lentamente hubiera hecho mi voluntad pa-
reja de la voluntad de Sarita. No tuve tal pre-
caución, se me amontonó el juicio, desperté en
Sarita la intensidad de los afectos, y hoy caigo
en la cuenta de que, para cumplir una ley fa-
tal, mi mujer completará su evolución, quiero
decir...

—Sí. Quiere usted decir que la palomita sin
hiel resbalará hacia el pecado como usted res-
baló hacia el matrimonio, que no es chico pe-
cado.

—Pues vea usted, amigo don Pancracio, el
fenómeno de que antes le hablaba. Mi con-
ciencia encuentra lógico y digno de absolución
ese pecado, si lo hubiera, y mi naturaleza sal-
vaje me impulsa á castigarlo por modo tremen-
do. Me hallo, pues, entre dos fuerzas paralelas
que me hostigan y me matan. La una, y mire
usted qué bochornosa aberración de mi ser, me
hace desear que Sarita me falte, porque creo

que la falta es necesaria, ineludible, fatal, y que ella me había de dar el sosiego de que carezco. La otra fuerza me tiene sobre ascuas, inquieto, receloso, febril, esperando al enemigo para anonadarlo. Así es como mi bien se ha trocado en mal, y el mal en peor. ¿Qué me dice usted, amigo don Pancracio, de esta miseria mía?

—¡Digo, querido don Zenón, que padece usted una de las más inauditas locuras que yo he visto, un verdadero caso patológico, y que, como no apacigüe usted el seso, irá á Leganés en volandas y cual si el diablo le condujese.

—¡Apaciguar el seso! ¡Facilillo es! ¡Como que no poseo ni un minuto de reposo! Á poco de casarme di permiso á Sarita para que saliese y entrase, sola ó con su madre, conforme le viera en gana. Usa mi mujer de esa libertad con bastante frecuencia, para ir á casa de doña Crisanta, para visitar á sus amigas, para hacer sus compras... y hoy, en cuanto sé que anda por esas calles, me entra una comenzón como si me pinchasen millones de alfileres. Me la figuro asediada por uno de esos que no dejan en paz á ninguna mujer. El tal, joven, guapo y muy resuelto, la persigue con tenacidad incansable. Así pasan los días, ella negando y él insistiendo; pero llega un instante en que se

cumple la ley de la Naturaleza... y ese instante me lo imagino, lo veo... ahora, ahora es... Y viene Sarita de su excursión, y aguardo que me cuente el hecho como la cosa más corriente del mundo; mas no me lo cuenta y me desespero, y también me desesperaría si me lo contase...

—¿En qué quedamos, amigo mío? ¿Volvería usted á sus cabales si adquiriese la certeza de que Sarita había completado su evolución, como usted dice?

—Á veces creo que sí y á veces...

—Pues, querido don Zenón—interrumpió entonces don Pancraccio,—yo no veo más que un remedio para su enfermedad, y es que una de las dos fuerzas domine á la otra y la aniquile. Si la primera vence, hacerse la ilusión de que ello fué, aunque no haya sido, y dormir resignado á pierna suelta; y si la segunda, encerrar á Sarita bajo siete llaves para que no le dé la idea de cumplir esa ley natural que tanto le atâraza á usted.

—¡Ay, compadre de mi alma! ¡Si no puedo!
¡Si ambas tienen la misma energía potencial!
¡Si ambas me comen del mismo modo!—exclamó don Zenón compungido y lloroso.

—Nada. Habrá que buscar á Sarita para ponerla al tanto de lo que sucede, y de seguro

ella encontrará un medio que cure radicalmente á este pobre amigo mío.

Y así murmurando, el compadre recibió en sus brazos al atribulado don Zenón.

II

Del derecho

«Madrid 15 de Enero de 1897

»Mi querida Guillermina:

»Meto esta carta en un sobre de más que regular tamaño, pongo en él tres parches de lacre rojo y lo certifico, no sin encargar al modesto funcionario colocado detrás de la rejilla que recomiende eficazmente el pliego, y allá te van mis confidencias, tomadas tales precauciones para que no lleguen á otras manos que á las tuyas delicadas é impecables.

»Quieres conocer el estado de mi alma, saber de mi suerte, penetrar en el misterioso rinconcito de mis secretos, y como todo ello te interesa, porque de veras me quieres, voy á satisfacer tu curiosidad cariñosa echando en estas hojas de papel la causa de mis penas y hablándote del gusanillo que me roe el corazón poco á poco y en silencio, como esos que se introdu-

cen en los muebles y se los van comiendo hasta dejarlos vacíos.

»Natural es que te haya sorprendido mi casamiento. Yo tan enemiga de rendir mi albedrío al albedrío ajeno; yo que tanto me he defendido de las asechanzas masculinas; yo tan decidida á conservar mi estado honesto, he caído como la más vulgar de las hijas de Eva, y aquella fortaleza que tú conociste se vino al suelo, no porque la defendiese un espíritu flojo y desvaído, sino por las apremiantes y ruines exigencias del vivir.

»Dicen que la necesidad obliga, y yo creo que, si aprieta de veras, obliga á hacer muchas tonterías.

»Ha tres años—y perdona que tome tan de atrás el agua,—cuando estábamos juntas en el Conservatorio, así pensaba yo en casarme como en cantar misa. Por aquella época no tenía más pasión que la de la música. Mucho me absorbía la literatura, pero la consideraba arte secundario en comparación con la música. Era yo una furiosa melómana. Mis sensaciones, entonces, producíanse en mi ser con una vaguedad suave y melancólica que no tomaba forma concreta. Despertaba mi alma—en el paso de niña á mujer—como se despierta de un soñar cosas dulces y agradables, pero muy vaporosas, sin darse

cuenta del sitio en que se esfuman ni del lazo con que la vida las une. Las fibras de mi alma—no sé explicártelo de otro modo—andaban como dispersas, y sólo se juntaban en apretado haz mediante la percepción deliciosa del ritmo y de la armonía. Estas emociones, que me satisfacían por completo y llenaban ese huequito que cada cual tiene en su corazón destinado á guardar las alegrías de la vida, ofrecíanme la ventaja de no dejar luego en pos de sí rastro de impureza ni asomos de duda insana, á la manera del aire que riza el lago sin hollarlo ni mancharlo.

»Así caminaba tan á gusto, poniendo mis cinco sentidos en el arte que de tal suerte me había cogido, y halagándome la idea de que pudiese alguna vez hacer sentir á los demás el mismo goce que yo sentía cuando se desarrollasen, por supuesto, mis facultades extraordinarias, aquellas facultades que tanto me elogiabais en el Conservatorio. Hallábame, pues, en el punto que yo llamo *equiponderante*, para expresar el perfecto equilibrio del cuerpo y del alma. De buena fe creí que esta situación iba á prolongarse hasta el infinito, y no conté con que las turbulencias del sexo habrían de mostrarnos muy pronto cómo el arte de presente y la gloria en perspectiva no bastan á una mu-

jer. Y el primer ocupante del huequecito de referencia se encargó de la demostración.

»Te declaro que en mis supredichos sueños, los de la vaguedad y melancolía, jamás apareció una figura masculina. No es que yo fuese una inocentona, ni mucho menos; por desgracia, el roce con los criados, la lectura de libros nada sagrados, aunque así se llamen, las revelaciones de mis compañeras de colegio y lo que se ve y se oye por ahí, quieras que no quieras, abriéronme los ojos y despertaron la malicia de mi pensamiento; es, á mi juicio, que la *obsesión del hombre*, la sugestión perturbadora de sentidos y potencias por causa de él, no se produce en nosotros poco á poco, sino de repente, á cada cual en un momento dado, cuando le llega su hora, y mientras ésta suena, las malicias de pensamiento permanecen dormidas en incubación silenciosa. Y á mí me sonó la hora una noche que en casa de las de Boyuyos, donde nos reuníamos varias muchachas á hacer música, me tropecé con cierto joven, muy guapo y muy galán, el cual me cantó con voz insinuante, que cosquilleaba mi corazón, diversas sonatas en tono mayor, con variaciones sobre el mismo tema de *yo te amo, yo te adoro*, etc., etc.

»¡El primer novío! La sensación que yo experimenté apenas pude quedarme sola en mi

cuartito, bien cerrada la puerta para que no se escapasen mis placenteras ilusiones, y traje á la memoria las frases de amor del joven mencionado y el sí que acababa de otorgarle, es difícil de expresar. No fué como la que me produjo el verme de largo, aquel día en que mi madre decidió que mis faldas creciesen y tapasen las indiscretas pantorrillas, pasmo y admiración de viejos verdes; ni como la que me sacudió el orgullo y me hizo ruborizar de placer cuando escuché el primer apasionado homenaje rendido á mi belleza. Fué como si dentro de mi ser naciera un nuevo sentido, muy suave y muy vibrante, y que al par derramase en el alma placeres y temores; algo que dislocó las fibras de que antes te hablé, pero que luego las volvió á juntar en un vaivén delicioso, más íntimo y muy otro que el del ritmo y la armonía. Y conociéndome, como me conoces, excuso decirte que puse en aquellos primeros amores míos toda la vehemencia de mi carácter, con su correspondiente séquito de celos, monos y recriminaciones, que más aprietan los nudos del cariño, porque, como se hacen en el alma, no dejan en ella poso de rencor.

»¿Se cansó mi novio de mí por causa de tales vehemencias? Lo ignoro. Siempre he creído una insigne paparrucha aquello de que, entre

dos que tienen amores, el uno ama y el otro se deja amar; teoría propia de gente adocenada y vulgar. No. Los mismos espíritus superiores aman al unísono. Mi novio me dejó por lo mismo que yo me he casado. Acababa de terminar su carrera; carecía de los recursos necesarios para hacer hogar; la vida en Madrid, obligado á codearse con gente adinerada, debió quizás ocasionarle deudas que no podría pagar... ¡qué sé yo! ¡Uno de tantos pobres de levita, por fuera bien trajeados y por dentro mal servidos, que, en vez de engañar á los demás con su exterior elegante, se engañan á sí mismos, como los que se tiñen las canas.

»El caso fué que su familia hubo de proporcionarle mujer rica; que tras ella se marchó, y que yo me quedé palpando el aire. La pena en que me puso el trance del abandono renunció á contártela. Imagínate la desesperación más trágica, y acertarás. Desde entonces, por la talla de aquél juzgué á todos; porque si él, tan pródigo en amor y en juramentos, me resultó falso y perjuro, ¿qué serían los otros? Y aunque no lo fueran, ¿á qué repetir un desengaño que me desató el corazón en lágrimas y en desmayos la voluntad?

»Finiquitados los días de inenarrable angustia, recobré mi independendia, haciendo aque-

llos votos que en nuestras conversaciones te confié de no rendirme á ningún amor, aunque viniese hacia mí con mudos y taimados pasos. ¿Qué no me casaba? *A la bonne heure*. ¿Que memoria tan pucela como Juana de Arco? Mejor que mejor. ¿No tenía á mi alcance el refugio del arte? Pues duro con él. Pero el arte suele volver la espalda al que le olvida, como si fuese una mujer coqueta, y en castigo á mis esquivas me dió con la puerta en las narices; quiero decir que mis aptitudes musicales disminuyeron, ó quizá se las llevó, con mi alma, el fementido Eneas.

»En esto llegaron para nosotras momentos de tremendo apuro, porque el escaso estipendio que un pariente lejano nos suministraba se acabó con su muerte, y la viudedad de mi madre apenas cubría nuestras modestas necesidades. Tuvimos que mudarnos á un piso quinto de la calle de la Esgrima y reducirnos al punto de no comer sino lo preciso para no morirnos de inanición. Y lo peor de todo estaba en que durante la enfermedad de mi padre contrajimos deudas, que nos obligamos á pagar poco á poco, sacrificando una buena parte de nuestro haber mensual.

»Decidime, pues, á probar fortuna en el teatro, pronto, muy pronto, género chico ó grande,

donde me tomasen, porque mi pobre vieja había menester de una mejor vida que aquella perra y desdichada que llevábamos, cuando comenzó á visitarnos el dueño de la casa, un señor don Zenón—¡nombre apetitoso!—de cincuenta y tantos años, muy pulcro, muy rico, muy solterón y todavía con muy buen ver; cinco adverbios de modo nada despreciables. Á las pocas visitas se enamoró perdidamente de esta servidora tuya, y con miraditas expresivas y suspiros de triple aliento, porque el habla la perdió al verme, dióme á entender su estado. Tomó mi madre informes acerca de nuestro casero, y así supimos sus excelentes condiciones; y como no me dejaba ni á sol ni á sombra, un día celebramos consejo y acordamos poner término á aquella situación, *ora* dando al casero esperanzas de próxima coyunda, *ora* rogándole que moderase sus ímpetus eróticos. ¿Pero me encontraba yo dispuesta á la tal coyunda, no embargantes los votos que pronuncié ante el altar de mi fuero interno? Me encerré en mí misma, pesé el pro y el contra, con razones de que te hago gracia, y después de muchas dudas, pudo más en mí que la repugnancia el deseo de hacer feliz á mi madre; me arrojé á lo desconocido, cerré los ojos y me casé. Y ahora entra lo del gusanillo roedor.

»Con el novio que se me marchó hubiera ido al matrimonio loca de contenta y curiosa por saber si en éste se encontraba lo que llamaremos *el amor integral*, ó sea el desarrollo lógico de la pasión, sin ansias de *tú menos y yo más*. Con don Zenón fui asustada, confusa y temerosa. No obstante, le quise al principio de nuestra unión con ese vacilante afecto de la virgen, que no es todavía amor, sino promesa de amor, y después franca y noblemente, como la que se resuelve á hacer dichoso á su marido, dándole la ilusión de que pudiese confundir las explosiones del amor con la emoción de la ternura. ¿Qué más había yo de hacer? Pues ahora resulta que es un hombre desgraciadísimo. ¿Por qué? Aunque pases el resto de tu vida cavilando, no das en ello. Mi don Zenón se muere de pena... ¡porque no le soy fiel! No te alarmes ni vayas á pensar que es un maridazo voto de amén ó un sinvergüenza. Nada de eso. Don Zenón ha caído en la manía de los celos del porvenir. Cree que todas las mujeres tienen veces, y que á mí me debe llegar la vez en que realice la ley de la evolución amorosa; ley que entiende natural, como es natural que alumbre el sol, y que por una parte está dispuesto á absolver y por otra á castigar ferozmente. Dice que el amor es como una circunferencia cuyos puntos

van recorriendo el hombre y la mujer en sentido inverso, hasta coincidir en el que la completa, especie de broche que cierra y termina la evolución, y añade que sólo son felices los que concuerdan en ese ansiado punto. ¿Qué te parece? ¿Has visto nunca locura semejante? ¿Tiene más que juzgarse capaz de llegar conmigo á esa coincidencia, y *punto* concluido?

»Como su manía es callada y muy recóndita, y si la conozco débolo á que las reflexiones que saca de su caletre las escribe en una especie de calepino, cuyas páginas hojeo á mis anchas cuando sale por la noche, no puedo poner remedio; que si yo conociese la flor, porque me la confesara, en un santiamén le desenredaría la madeja con que se va devanando el sentido.

»De suerte, querida Guillermina, que en lugar de vivir tranquila vivo sobre ascuas, porque temo que todos mis actos le hagan mal pecho. Á las ganas se me viene un plan diabólico, propio de comedias, para quitarle el tedio y la locura, y es fingir la infidelidad, tomando todo linaje de precauciones para probar luego la coartada; pero sería preciso buscar un cómplice que no se engolosinase con la farsa, y esto es muy grave, porque ¡no te digo nada si el cuyo se aficionase al cuerpo del delito!

»Aquí tienes mi duelo. Si algo se te alcanza que lo cure, dímelo á escape, y mucho te lo agradecerá ahora y en la hora de sus postrimerías tu infortunada amiga,

Sarita.»

III

De canto

ESCENA ÚNICA

D. PANCRACIO Y GUILLERMINA

D. PANCRACIO.—¿Y qué consejo le vas á dar á tu amiga?

GUILLERMINA.—Pues que busque el cómplice, que procure que lo sepa don Zenón y... que suceda lo que quiera...

D. PANCRACIO.—¡Detente, desdichada! ¡Pobre compadre! No. Dame esa carta y ya verás cómo yo lo arreglo todo.

GUILLERMINA.—Ahí va y... Dios ponga tiento en sus manos.

.

Se ignora cómo se las compuso don Pancracio; pero se sabe, á ciencia cierta, que Zenón y Sarita son las criaturas más felices de la tierra.

LA PENÚLTIMA

Llegué al pueblo, hice la presentación de mis credenciales al alcalde—un pedazo de bárbaro que me miró con cierto aire truhanesco,—convine con él en que al día siguiente comenzaría mi visita de inspección de las cuentas del Concejo, y me alojé en una posada con honores de parador ó en un parador con honores de posada.

Pedíame el estómago, que es el más exigente de todos los acreedores, algún reparo substancial, pues eran las tres de la tarde y aun no había entrado en mi cuerpo el más ligero comestible, dado que á las ocho de la mañana me dejó el tren en la estación más próxima al pueblo, cuyo nombre callo por prudencia, y durante las siete mortales horas que, terciado en un mal macho, empleé desde aquélla al término de mi caminata, no pude encontrar albergue ó

chamizo donde me dieran algo con que untar un diente. Y así solicité del patrón que me sirviese lo que hubiera á mano y fuese alimenticio, con tal de que lo acompañara de una hogaza de pan blanco y un jarro de vino, que, de seguro, aquellas hermosas viñas que verdeaban el ruedo debían ofrecerlo tinto y espumoso.

—Por lo tocante á la hogaza y al vino—díjome el posadero,—no hay inconveniente, y mi hija Toñuela se lo traerá ahora mesmo; pero en lo que hace á otras cosas de comer, nada puedo darle, porque no tengo en la despensa ni tanto asina.

—¿Tan mal provista se halla la posada?—interrogué á aquel avestruz que, en lo socarrón, parecía primo hermano del alcalde.

—No, señor; sino que esta mañana vinieron unos forasteros que van para la sierra á cazar venaos, y arramplaron con too.

—No estás tú mal *venao*—pensé para mi capote, y en alta voz acepté lo único que aquel animal quería poner al alcance de mi voraz apetito.

Al poco apareció Toñuela con medio pan y un vaso de vino, sobre el cual nadaban dos ó tres moscas, que la muchacha sacó muy pulcramente con el dedo meñique y arrojó al suelo, mientras me decía, sin duda para tranquilizar-

me, con una sencillez encantadora y digna de los tiempos prehistóricos:

—Son de la cuadra. ¡Como está tan cerca, se vienen aquí y se meten en todas partes!

Tentaciones me dieron de arrojar á la cabeza de Toñuela el continente y el contenido, ya libre de volátiles; pero me estuve quieto, primeramente porque la chica, aunque de aparejo redondo, era un hermosísimo ejemplar de bestia femenina, que bien escamondada y al modo que quería el bergante de Guardiola, hubiera podido servir para modelo de la *Venus Victrix*, y después porque me había propuesto hacer acopio de paciencia hasta terminar la salvadora misión administrativa con que mi amigo, el Poncio de la provincia, tuvo á bien honrarme.

¿Qué culpa tenía Toñuela de ser zafia, ni qué le importaban á ella los escrúpulos del delegado del gobernador?

La verdad era que el tono malicioso del alcalde, la bellaca actitud del posadero y hasta el aire despectivo con que Toñuela me dijo lo de las moscas borriquetas, me dieron en el olfato que mi gestión inspectora se había traslucido por el pueblo, y que quizás me jugasen aquellos buenos ciudadanos alguna mala pasada si no venía en mi ayuda el dios que protege á los comisionados de apremio y hace que va-

yan á las arcas del Tesoro, unas en pos de otras como inocentes borreguitas, las monedas que el fisco destina al engrandecimiento y gloria de la patria. No había más remedio que rezar, de puerta adentro, á esa divinidad tutelar, y de puertas afuera poner cara de pascua florida, porque si aquellos taimados llegaban á conocerme el miedo, adiós mi embajada y los emolumentos subsiguientes, sobre los cuales fundaba yo legítimas esperanzas para echar un remiendo á mi escuálida bolsa.

Adopté, pues, aspecto de temerón, dije cuatro cuchufletas á la cerril muchacha, que, por una asociación de extravagantes ideas, se me antojaba, despojándola mentalmente, por supuesto, de los refajos que abultaban y cubrían su cuerpo escultural, una virgen dórica de aquellas agrestes y salvajes que acompañaban á Diana y hacían de los bosques sus claustros y de las montañas sus monasterios, y después de embaularme un mendrugo rociado con agua, porque el vino no pasó, me dispuse á recorrer el pueblo por si en él era más afortunado que en la posada.

—Dime, Diótima—interrogué á la ninfa de las moscas en vulgar romance, temiendo que hubiese olvidado el griego.—¿Sabes de alguna tienda donde vendan cosas de comer?

—Me llamo Toñuela, y cuidiao con ponerme motes, que no está el horno pa bollos—me respondió la moza frunciendo sus negrísimas cejas y tomando una postura arrogante.

—Perdona, ¡oh Zenophila! compañera de las gracias Menippeas, y dignate indicarme algún punto de este pueblo donde me puedan ofrecer miel de Hymeto y vino de Siracusa—añadí.

—Á usted se l'ha subió el agua á la cabeza—respondióme, y salió de la habitación con la actitud altiva y triunfadora de Elena, cuando entró en Esparta al lado de su complaciente marido.

Yo también salí en busca de lo que más me interesaba, y al revolver de la esquina di con un tenducho que parecía de comestibles.

Entréme en él, y ¡oh ventura! colgados de un clavo vi varios salchichones y un rosario de apetitosos chorizos, cubiertos de ese moho indicador de hallarse duros y bien curados. Además, brillaban en la anaquelera diversas latas de conservas, sobre el mostrador veíase un queso manchego manando aceite por sus amarillentos poros, y en un rincón del establecimiento el ventrudo tonel mediado de aceitunas negras, puestas al sabroso mareo del orégano, el laurel y la raja de limón.

No bien columbré los embutidos alargué mi

potente mano para palpar el pedazo que destinaba á mi regalo, cuando me detuvo la garra del tendero en defensa de sus artículos, como si aquellos salchichones fuesen, en vez de tales, exvotos colgantes de sagrada alcayata, en holocausto de alguna deidad misteriosa que hubiese sanado males de hambre atrasada.

—Esto no se vende—refunfuñó el mercachifle apartando bruscamente mi brazo.

—¿Y para qué lo tiene usted aquí?—le interrogué amostazado y casi resuelto á promoverle camorra, si no me entregaba siquiera un par de chorizos.

—Para muestra—me respondió con sin igual descaro.

—¿Y esto también?—continué, señalando las sardinas, el queso y las aceitunillas.

—Todo—repuso aquel redomado tunante.

Levantada tuve la siniestra mano—soy zurdo—para plantarle en la redonda cara una cumplida bofetada, que se la hubiese dejado de perfil por toda su vida; pero la guardé prudente, porque unos gañanes que en un extremo de la tienda jugaban al mus se levantaron como para venir en auxilio del bandido, y presentí la paliza.

La confabulación con objeto de hacerme saltar del pueblo se veía clara como la luz so-

lar. ¿Cómo evitarlo? ¿Cómo cerciorarme del propósito revolucionario para ponerle la correspondiente sanción penal?

Así pensando, recorrí varias callejas, y en el fondo de una plazoleta vi la iglesia, donde apenas hube entrado vino á mí el cura, un viejecito muy simpático, llevóme á la sacristía, me hizo sentar y hablóme de esta suerte:

—Paréceme usted una persona decente, y contando con que también sea discreto, quiero sacarle de un mal paso. ¿Es usted el comisionado de apremio?

—No, señor cura—respondile con aire digno.—Soy delegado del gobierno de S. M. para inspeccionar las cuentas municipales y averiguar el paradero de unas pesetas procedentes de propios.

—¡Ay, hijo mío!—dijo el santo varón.—Aquelloš propios traen estos lodos. Las pesetas que usted busca, tan difuntas están como mi abuelo, que su gloria halle. Sepa que en cuanto llegaron, conducidas por el secretario, se las repartieron muy guapamente los del Concejo, según la importancia y fuerza de cada cual, y desde entonces todos los sucedientes han tapado el chanchullo, por miedo al cacique protector de los partícipes. Y como unos y otros se han juramentado para escarmentar al curioso

que pretendiese descubrir el lio, le aconsejó á usted que ponga pies en polvorosa y no vuelva por aquí, á menos de que traiga consigo un escuadrón de caballería. Mis feligreses son muy brutos, y no pararán hasta quitarle á usted las ganas de inspeccionar cuentas municipales en lo que le quede de existencia.

Dile gracias por el consejo, salí de la iglesia más muerto que vivo, y en cuanto me eché al rostro al padre de Diótima, celebré con él una breve conferencia en que le expuse mi resolución firmísima de largarme á la mañana siguiente, si aquella noche me servía una cena opipara, fabulosa, pantagruélica. Sellamos el pacto con un apretón de manos, y lo cumplió espléndidamente.

¡Qué ricas chuletas de fibra roja y tiernísima! ¡Qué salsa la de los caracoles con toda la maliciosa intención de la excitante guindilla! Un poco ó un mucho escaldaba la boca, pero allí estaba para refrescarla el zumo de las viñas manchegas, bordando el vidrio con su espuma y encendiendo la risa en los labios.

¡Una higa para el vino de Siracusa que pedí á Zenophila! ¡Aquél sí que era aromático y chispeante!

Medio peneque me metí en la cama, después

de haber dirigido miradas incendiarias á la virgen Dórica, y á las pocas horas de mi sueño me despertó un doloroso latigazo que sentí en la penúltima muela de la mandíbula inferior, conforme se tira á la izquierda.

—¡Dios santo!—me dije.—¿Me habrán envenenado los huesos?

Otra punzada más fuerte me sentó en el catre, y entonces recordé, ya despierto del todo, que mi supradicha penúltima muela acostumbraba á proporcionarme semejantes desagradables ratos. Como que unos días antes me picó de lo lindo, y no procedí á su inmediata extracción por temor al hierro del dentista. Ahora, sin duda, la guindilla obrante, se había escandecido el nervio y se preparaba á darme la gran noche.

Que fué horrible, tremenda. Tanto que, agotados los tópicos caseros, pedía por misericordia divina una mano piadosa que me arrancase el maldecido hueso. Y al ser de día fuíme como un rayo á casa del barbero, que en el pueblo ejercía el oficio de sacamuelas, cuya habilidad y suave modo me ponderaron la simpar Diótima y su señor padre.

Manifesté al cirujano de menor cuantía mi cuita, me colocó en un sillón y abrí la boca de par en par cara al sol, explicándole antes re-

petidas veces que la penúltima era la llamada á desaparecer.

—¿Sabe usted? ¡La penúltima!

Armóse el hombre de un aparato espeluznante, tomó tierra para que la fuerza fuese mayor y el ímpetu más, y de un soberbio tirón que me hizo ver las estrellas se apoderó del hueso.

—¡Desdichado! ¿Qué has hecho?—grité cuando me metí el índice en la boca y noté con espanto que en vez de la penúltima me había extraído la última, buena y sana, como si fuera de leche.—¿No sabes cuál es la penúltima, bárbaro?

Todo corrido y confuso me pidió perdón, achacando su torpeza á la falta de costumbre; volví á poner la cabeza en posición supina, y más rápido que el pensamiento, con otro furibundo esfuerzo más doloroso y terrible que el primero, se llevó entre los garfios de la llave inglesa otra muela, ¡la penúltima! ¡la penúltima de verdad! dejándome la mala, la doliente, entre dos huecos donde ya no brotarían más muelas aunque á Santa Apolonia me encomendase y de rodillas se lo pidiese!...

Y cegué y no vi, rompiéndole los artefactos de su comercio, dando ayes lastimeross y á la par hartándole de coces, cachetes y pescozones,

que aquel infame sacamuelas sanas apenas paraba, porque reonocía su atroz delito.

En un claro de mi furor agresivo abandoné la barbería y aun estoy corriendo...

.
¿Que si me vengué? ¡Vaya si me vengué! Así que puse mi planta en tierra civilizada, *incoé* un expediente, por el sistema español, con los hechos y cifras que me sugirió el ingenio, metiendo en él al alcalde, á los concejales, al posadero y al que me privó de mis más necesarias herramientas, y todos fueron á la cárcel.

Quedó exceptuada, por supuesto, de la pena la virgen Dórica. Aun me la figuro alta y esbelta, sin zagalejo, corpiño ni alpargatas, escuchando desdeñosa las estrofas que los poetas cantan en su honor, con la grandeza del ritmo helénico.

IN MEMORIAM

—Los ricos no debieran morir se nunca; y eso de cerrar el ojo, quieras que no quieras, habría de quedarse para los pobretones, que de disgusto les sirve la vida por el trabajo y pena con que tiran de ella.

Esto murmuraba entre encías, pues los dientes se le fueron, don Eleuterio Pelagre, que al setenta y pico de los años agarrábase á sus millones y al mundo.

¡Y que no había pasado sudores y quebrantos para amontonar tantas riquezas! Con una mano por el suelo, otra por el cielo y la boca abierta, según su frase favorita, anduvo don Eleuterio desde que se halló en uso de razón para garbear pesetas, y tan aprovechado fué, que de una hizo ciento, cuando no mil, merced á máximas certeras seguidas con testarudez inquebrantable, entre las cuales descollaba la

muy sabia de que «el esfuerzo de los demás, convertido en pasta monedable, le era debido por juro de su repotente gana».

¿Blandearse con el pobre? ¡Ni por pienso!
¿Hacer un favor? ¡Ni ocurrírsele! ¿Dar? Eso sí, pero con interés subidísimo y sin excluir el daño emergente, para atar bien todos los cabos y que ninguno se le escapase por el resquicio de la imprevisión.

Y así, husmeando las desdichas del prójimo para utilizarlas en su pro y poniendo un ocha-vo sobre otro, llegó á ser uno de los más fuertes accionistas del Banco de España y pudo saciarse con el solitario goce de encerrarse á las altas horas de la noche en su aposento, y allí, bien tapadas las rendijas para que nadie curioseara, meter ambas manos y revolverlas en un montón de billetes, que para él eran como purísimas fuentes de agua clara y limpia, cuyo frescor se le subía por las venas calmando su fiebre posesoria.

Pero llegó un momento en que á don Eleuterio no le bastaba la propia admiración de sus facultades adquisitivas y buscó la del público, haciendo gala de su fortuna por medio de suscripciones á empréstitos nacionales, compra de créditos gordos, participación en monopolios de rumbo y dádivas de esas que tienen menos de

lo que suenan, con lo cual si cambió la forma de su codicia, no así su fondo, pues si antes explotó la miseria chica, después se aprovechó de la grande, sin perder, por supuesto, coyuntura de acrecentar sus caudales ni mudar su condición tediosa del bien ajeno.

Que con ostentaciones tales le llovieron amigos y le vinieron honores, se cae de su peso. Ya no era el vil usurero que retiene la fementida paga de la viuda, ni el implacable acreedor que embarga hasta la respiración del desdichado que no pagó á tiempo, sino el opulento capitalista y excelentísimo prócer que hace de honrado y pasa por serlo, gracias á la holgada benevolencia y perdón que otorga el común de las gentes á los que, bien ó mal, tienen dinero.

¿Qué le faltaba á don Eleuterio Pelagre para ser completamente feliz? Se codeaba con los buenos, le tuteaban los poderosos, le adulaban los humildes, las desventuras no le llegaban, y ni en los más oscuros recovecos de su conciencia sentía la menor turbación por sus innumerables desafueros.

Pues para ser feliz le faltaba la vida perdurable ó, mejor dicho, le sobraba la muerte. La muerte pavorosa, tremenda, espantable; el finiquito de la vida, el último punto del placer en

la tierra, donde tan contento se hallaba y tan á sus anchas iba.

Y entonces nuestro hombre, que jamás se preocupó de las cosas celestiales, dióse á pensar si podría, mediante moneda, y para el caso de que *más allá* hubiese otra existencia tan ubérrima para él como lo había sido la de este bajo mundo, adquirir un trocito de gloria en que su alma reposase con el recuerdo de los perdidos terrenales gustos, aunque en el deseado trocito no encontrase manera de sacar los redaños á las clases pasivas. Y en esto discutiendo, decidió primeramente cuidar de su ser corporal con buenos alimentos, medicinas, reparos y demás cosas importantes que apuntalan la salud y prolongan la vida; y conjunto á semejantes precauciones, hizo un testamento por el cual dispuso que parte de su fortuna se invirtiera—no bien emprendiese el viaje postrero—en misas, responsos y novenas por el eterno descanso de su alma, dichas y dedicadas á los santos de más nombradía, y la otra parte se empleara en *primas de oración*, ó sea cantidades en metálico concedidas á aquel que se comprometiese á rezarle más por menos dinero. Con tan ingeniosa subasta, amén de las misas y novenas, creyó haber dado en el *item* del aura popular de que seguramente disfrutaría allá en

los paradisiacos espacios; y cuando bullía en su magín otra nueva combinación que perfilase la de la puja á la llana, vino el exantemático y se lo llevó en un verbo.

*
* *

De un salto se plantó el alma de Pelagre en las puertas de la gloria, muy segura de que se le abrirían de par en par; pero al ir á salvarlas, quedóse perpleja y mohina al ver que el Santo Guardián cerraba el paso con mal gesto y peor talante.

—¿Qué vienes á hacer aquí, insensata?—exclamó San Pedro todo indignado.

—Señor—repuso el alma de don Eleuterio,—¡siquiera un rinconcito, por caridad!

—No se puede entrar—contestó el apóstol.

—Mire que me arrepentí...

—De mentirijillas.

—Qué pedí la bendición papal.

—Por pedir algo.

—Déjeme que le explique...

—Largo y pronto, usureraza—interrumpió el divino portero lleno de enojo; y cuando ya volvía la espalda á la importuna, aparecieron de improviso San José y San Jerónimo.

—¡Ahí es nada!—explicábales San Pedro.—

Que el alma del hombre más hipócrita y sacamantecas que vivió en el mundo, pretende colarse entre nosotros sólo porque á última hora se hizo santurrón y se gastó unos cuantos reales en padrenuestras y avemarias.

—¿Y si encontrásemos alguna rendija por donde esta desdichada pudiese entrar?—interrogó entonces San José, siempre bueno y compasivo.

En gracia á su autoridad se discutió el caso, y al fin se decidió que la agravante del préstamo al cinco por ciento mensual quitaba toda esperanza de redención. Elevóse á ley este acuerdo para todos los congéneres de don Eleuterio que pretendiesen la gloria eterna, y el alma de nuestro héroe salió camino de los infiernos con una velocidad de mil millones de leguas por segundo.

* * *

Pero como los mortales no pudieron enterarse de la suprema pragmática refrendada por el que todo lo puede, los amigos y correligionarios de Pelagre repartieron unos *recordatorios*, entre cuyas piadosas sentencias, en honor del difunto, se leían las siguientes:

La rectitud siempre estaba en su corazón y la verdad en sus labios.

*Hizo bien á todos sin esperar agradecimiento.
Prestó en el suelo y recogió en el cielo.*

.
Cuando San José, San Pedro y San Jerónimo
tuvieron noticia del suceso, tomaron con las
manos la bóveda celeste.

INTIMIDADES

Salieron á escena precipitadamente Pepita Ríos y Luisa Vergeles, que se vestían en el mismo cuarto, y se quedaron solas sus respectivas madres.

La de Pepita era nueva en el oficio y hallábase en el teatro como gallina en corral ajeno. Reveses de fortuna dejáronla por puertas, y no hubo más remedio que poner á contribución las facultades lírico-dramáticas de la niña, la cual, aunque desafinaba bastante y nunca entraba á tiempo, en cambio tenía buen palmito y mucho desparpajo.

La de Luisa había nacido entre bastidores, como quien dice, y allá por el segundo tercio del pasado siglo ejerció de tiple más ó menos ligera, haciendo de Amina ó de Norma al compás de las aficiones del público y las exigencias del empresario que la contrataba. Su padre fué caricato en los tiempos de Ronconi; su madre,

maestra de baile francés, compañera de la Fucoco, y uno de sus abuelos discípulo del célebre tenor García.

Los maldicientes de profesión, envidiosos de su fama, afirmaban que Corina Cottini, Nicanora González de su verdadero nombre, sólo pudo figurar como *diva* en los teatros de segundo y tercer orden, y si una vez tuvo puesto en el cartel del Real, lo debió á sus condiciones plásticas y natural gracejo para ganar amigos, pero que jamás logró que sus gorgoritos llenasen los espacios del regio coliseo.

—Vamos, señora, que no tiene usted perdón de Dios. ¡Mire usted que haberse retirado del teatro en la flor de su vida! Porque por ahí cuentan que lo abandonó usted cuando aun le quedaban por recoger gloria y dinero—decía á la Cottini doña Blasa, la madre de la gentil Pepita Ríos, mientras ésta y su compañera cantaban el popular dúo de *Los Tramposos*.

—Pues la culpa fué de Vergeles. Créame usted, doña Blasa—repuso la Cottini.

—¿Vergeles?

—Sí. Mi marido. Aquel hombre que me hizo el pan amargo y la vida triste. Pablo Vergeles, conocido en todo el orbe cantante.

—¿Era malo, jugador, mocero?—volvió á interrogar doña Blasa.

—Calle usted, señora. Peor que todo eso. Era celoso, y además se parecía por el alcohol vínico.

—¿Y sin oficio ni beneficio?

—No, señora. En cuanto á eso, Vergeles fué el mejor apuntador de ópera italiana que hubo en el mundo. Se sabía de memoria todas las partituras, y estando él en la concha ya podía un artista ir segurito. ¡Una noche le marró á Tamberlik el *do* de pecho en *Matre infelice*, y Vergeles lo dió desde su sitio, de suerte que el gran tenor no tuvo más que abrir la boca, y el público le aplaudió á rabiarse! ¡Así le pagaban tan buen sueldo!

—¿Y con esa ganga?...

—¿Ganga dijiste? La fiera corrúpia, señora.

—No comprendo.

—Verá usted, doña Blasa. Me enamoré de Vergeles por su garbo y sus lagoterías, y nos casamos. ¡Nunca tal hiciera! Durante la luna de miel me ocultó su afición al zumo de uvas, pero en cuanto fué tomando confianza... ¡el acabóse! Terminada la correría artística, á poco de nuestra infausta boda, fijamos residencia en Sevilla, la patria de Vergeles, y allí empezaron los jaleos. Con el pretexto de ver á sus amigotes, no bien acababa de cenar tomaba el portante, y yo espera que te espera á mi mari-

dito hasta las mil de la madrugada que venía...
¡Válgame el Señor, cómo venía!

—¿Peneque?

—Penequísimo, señora, y con la más extraña rareza que el mosto pudo inspirar.

—¿Quizás bromista y rijoso?

—¡Quiá!... ¡Vamos, si sólo de acordarme!...
Pues cuando tomaba la gran curda y daba la vuelta al domicilio conyugal, un poco antes de llegar á él poníase mi hombre en cuatro pies, y al tocar en la puerta daba unos mayidos tan propios y lastimeros, que todas las gatas de la vecindad le hacían coro de puro contentas y emocionadas.

—¿De veras, doña Nicanora?

—Lo que usted oye, doña Blasa. La primera vez que esto ocurrió me fui á la reja, armada de un gran jarro de agua fresca para calmar los ardores de aquel Micifuf inoportuno; pero al notar que el de la serenata gatuna era el mismísimo Vergeles, le abrí la puerta y... ¿qué dirá usted que hizo?

—¡Vaya usted á saber! ¡Alguna gatada!

—Pues entró muy despacio, y sin perder su posición cuadrúpeda continuó sus *miaus* á mi alrededor, alternándolos con ese *rum-rum* peculiar de los felinos cuando están contentos y con mochaditas en mis faldas.

—¿Y usted entonces se quedaría aterrada?

—¿Yo? ¡No me conoce usted! Yo le insulté, le maltraté, le puse verde, y entonces mi marido recobró su postura bípeda, y á gritos, de nuestos y puñadas armamos tal tremolina, que hasta la Giralda debió conmovirse.

—¡Qué atrocidad, doña Blasa! ¿Y siguió Vergeles haciendo de morrongo?

—¡Que sí siguió!... En las sucesivas pítimas nocturnas se repitió la misma función con idénticos escándalos, que siempre paraban en daño de mi anatomía, y harta ya de ellos tomé el partido de llevar la corriente á mi hombre, única manera de dominar su terquedad; y así al *rum-rum* cariñoso y al *marramiaiu* lastimero púsele el contrapunto de unas cuantas caricias y otros tantos *bisbises* como si fuese un minino de veras, con lo cual aquel borrachón, creyéndose el marido de *Zapaquilda la bella*, se daba por satisfecho, y enarcando el lomo y dando saltitos se metía en la cama á dormir la mona sin armar disputas ni molestar á nadie.

—¡Ay, hija! ¡No sé cómo tuvo usted paciencia! ¡Yo en su lugar!...

—Pues ¿y el capítulo de los celos?—interrumpió la Cottini.—Como yo, aunque me esté mal el decirlo, por aquel entonces tenía muy buen ver, recibía chicoleos y proposiciones á

cada momento, amén de los abrazos del tenor ó del barítono cuando la ópera exigía estas muestras de efusivo cariño, y ni que decir tiene que á la menor sospecha de Vergeles, por si Fulano te dió una carta, por si Zutano te hizo un guiño malévolo, por si patatín, por si pata-tán, se encendía la pelotera hache en mi propio *camerino*, con el término natural de ponerlos en la calle el empresario.

—¡Pero, señora! ¡Su marido de usted era Orlando el Furioso!

—Ese señor Orlando se quedaba en los propios pañales junto á Vergeles.

—¿Y con tanto disgusto no se separó usted de él?

—No, señora, porque en el fondo me quería, y salvo las borracheras, lo de los celos era exceso de cariño y de mucho miramiento por su decoro; pero me resolví á dejar las tablas cuando el disgusto de Logroño. ¿No lo conoce usted?

—No lo conozco.

—Pues es raro, porque fué más sonado... Verá usted: desde el comienzo de mi última excursión artística ya andaba Vergeles inquieto y escamado con Prascatelli, hombre ya maduro que suspiraba el *Spirto gentil* como ángel del séptimo cielo. Por su causa tuvimos varias trifulcas, y así dimos en Logroño, donde la pri-

mera noche cantamos el *Hernani*, y al llegar al punto aquel en que Elvira—una servidora—y su novio se dicen mil ternuras junto á las candilejas, á Vergeles, que se hallaba en la concha apuntándonos letra y canto, se le antoja que el tenor se excedía en el achuchón, se le sube el humor á la cabeza y va y coge de un pie á Prascatelli, tira de él con fuerza hercúlea, y el desdichado rival de Carlos V desaparece de la escena como por escotillón ante el asombro del público, que promueve una gritería espantosa de silbidos y carcajadas, mientras mi marido le propina al mísero Prascatelli dentro de la covacha la felpa número uno. Del vapuleo quedó Hernani magullado y nosotros despedidos, con más una buena multa que nos partió por el eje. Desde entonces renuncié al teatro.

—¿Y en qué paró Vergeles?

—¡Pobre Vergeles!—contestó la Cottini haciendo pucheros.—Á los pocos años se me murió. Quise reanudar mi carrera, viéndome sola y sin una mota, pero ¡ay, hija! mi voz ya no era aquella voz que llamaban de oro fino mis entusiastas, y mis prendas corpóreas habían dado un inmenso bajón... Gracias que ese pimpollo de niña que Vergeles me dejó las ha heredado todas, y de ella espero que me saque á flote...

—Si no estuviese en el mundo Pepita Ríos para quitar moños á Luisa Vergeles—pensó doña Blasa para su sayo, al mismo tiempo que las dos estrellas del género chico entraban en el cuarto á desnudarse los trajes, la una de crisantemo cimbrante y la otra de nenúfar sensible, con que han hecho las delicias del público madrileño en el célebre dúo de *Los Tramposos*.

LA TIZONA DE ÁLVAR FAÑEZ

Sus compañeros le miraban con verdadera envidia. ¡Como que de los seis ó siete inseparables, él, Alfonso Pedraza, era el único invitado al baile de trajes de los duques de Prestillas!

¡Y poco ruido que estaba dando el tal baile! Medio loca traía á la sociedad elegante madrileña, y en todas las casas principales y de fuste no se pensaba más que en figurines Luis XIV, Luis XV, Luis XVI y demás Luises que han dejado rastro en muebles, costumbres é indumentaria.

La gentil duquesa pensó primeramente en que el baile fuese de cabezas; quiero decir, que los disfraces se circunscribiesen á la parte más noble del individuo, con la condición precisa, eso sí, de que nadie entrase aquella noche en el palacio de Prestillas con la cabeza propia, aunque el resto del cuerpo cada cual lo ador-

nase como le viniera en gana; pero hubo de abandonar semejante idea, porque al sarao acudirían de seguro coruscantes damas y empingorotados personajes de edad provecta y seriedad notoria, y no era bien que el presidente del Consejo de Ministros se pusiera la cabeza de Bismarck, ó que la marquesa de Casa Pelada se endosase la de la pucela de Orleans.

El disfraz, pues, había de ser completo, y el que no se acomodase á esta ineludible pragmática, que renunciase al inmenso honor de meter el cuevo en la casa más linajuda de la corte.

Por esto del linaje y de la patente de distinción que otorgaba el convite, menudeaban las intrigas, llovían las peticiones y se fraguaban cábalas para lograr la deseada tarjeta. La condesa de Albondón, la de Alcrebite, la baronesa de Puertofirme y demás nobles señoras que constituyen el núcleo ya anciano por la alta sociedad, no tenían por qué preocuparse— ¡ellas no faltarían!—pero las de Pérez-Blanco, López-Negro, Rodríguez-Rojo y Gutiérrez-Verde, todas muy principales y de viso, que aun no habían conseguido una rendija por donde introducirse en la mansión de los duques, no se daban punto de reposo para hallar un alma

piadosa y de sonoras campanillas que presentase el memorial y lo apoyase con brío.

Pues si entre la gente femenina el tole tole que armó la susodicha fiesta era de aquellos que hacen punto y aparte, por lo que toca al elemento juvenil masculino, de más está decir que le puso en constante y perpetuo va y viene, porque también huelga contar que, lo mismo para unos que para otros, el tamiz de los duques de Prestillas era de finísimos y muy sutiles agujeros, por los cuales no habrían de caber sino los privilegiados; que por algo se hallaba entonces de moda la palabra selección. Y he aquí la causa de que Alfonso Pedraza estuviese tan orgulloso enseñando á sus amigos aquella tarjeta de convite, que era como su carta de naturaleza en el gran mundo.

Su trabajo le costó hacerse con ella, pero al fin la obtuvo, gracias á un pariente encopetado, amigo del duque, y sobre todo á la leyenda de la espada.

Tan rica joya había sido construída en Toledo en el siglo XV, y regalada por el gremio de armeros al famoso *Álvar Fáñez de Prestillas*, uno de los ascendientes del duque. Los artifices toledanos pusieron en el temple de la hoja su mayor esmero, empleando procedimientos misteriosos y fórmulas litúrgicas, mientras la

sumergían en el agua de templar y el maestro cantaba la conocida jaculatoria que dice:

Bendita la hora que Dios nació,
Santa María que le parió,
San Juan que le bautizó.
El hierro está caliente,
el agua muele.
Buen temple haremos
si Dios quisiere.

Intervino además en la fábrica del arma, según se narra en documentos fehacientes y viejos cronicones, el mismo Santiago, y por esto no era maravilla que el capitán Álvaro Fañez hiciera con ella inauditas hazañas, y de un revés cortase á cercén seis ó siete cabezas enemigas, pues nada había que á su empuje resistiera.

Á hoja tan potente añadiéronle en el siglo XVII, y por orden del rey, un puño con guardas y contraguardas, cuyo cincelado podía competir con el de la espada del mascarón que labró el gran Benvenuto, y así fué ofrecida á Nuestra Señora de las Batallas, colocándola en su relicario por los milagros que hizo en las manos de los guerreros que la supieron manejar. Después desapareció de su divino puesto, perdióse su rastro, y muchos afirmaron que el Santo Apóstol se la llevó al cielo, porque en la

tierra de su patronazgo ya no había ningún caballero que por su fe y ardimiento fuese digno de empuñarla.

Figúrese el lector la alegría del duque cuando por el pariente de Alfonso Pedraza supo que en poder de éste se hallaba la espada de Álvar Fañez de Prestillas, aquella espada por la cual hubiera el magnate trocado á cierra ojos unos gregüescos de Felipe II que conservaba casi nuevos y los últimos borceguies que usó la Beltraneja. No una invitación á don Alfonso Pedraza, sino ciento que quisiera; y más ante la insinuación del mencionado pariente del joven, de la posibilidad de una reversión del arma milagrosa al tesoro histórico de la familia.

Pero ¿realmente Pedraza era dueño de la tizona de Álvar Fañez? Ni había tal, ni de la espada tuvo en su vida la menor noticia, hasta que un su amigo anticuario, que la compró en el Rastro y conociendo su mérito, la dió una mano de restauración arqueológica, le habló de ella, ofreciéndole un corretaje si conseguía venderla á buen precio. La prosapia legendaria del terrible acero fué obra imaginativa de Pedraza, enterado por su pariente de las debilidades armorialescas del duque, el cual preparó una comparsa de pajes y escuderos, en la que figu-

raba lo más florido de Madrid en alcurnia y prosopopeya, para recibir dignamente en sus salones á aquel venturoso mortal cuando hiciera su brillante entrada vestido de Álvar Fábíez y llevando pendiente del tahalí la tajante prenda.

Con perspectiva tan halagüeña, que le abría un dilatado horizonte de notoriedad y de renombre, se gastó Alfonso Pedraza todas las pesetas que á duras penas pudo reunir para confeccionarse un traje copiado del dibujo que el mismo duque le envió, y así las cosas, convino con su amigo el anticuario en que éste le remitiría previamente el precioso objeto.

Á las once de la noche comenzaba el baile, y á las nueve ya estaba Pedraza ataviado, adoptando gallardas posturas frente al espejo, estudiando actitudes nobles y rodeado de sus íntimos, que le contemplaban embelesados... pero la espada no llegaba. Picándole la impaciencia, destacó á uno de aquéllos para que averiguase la razón de tan inusitada tardanza, y á poco volvió diciendo que el anticuario—¡oh desconsuelo!—no estaba en su domicilio.

¿Qué le habría sucedido? ¡Un hombre tan formal y serio faltar así á su solemne promesa!... ¡No era posible!... ¡Algún error involuntario quizás!... ¡Dios poderoso, las diez de la

noche y la espada sin venir!... Tan, tan, tan... ¡Las once!... Tin, tin, tin... ¡Las doce! ¡Qué diría el duque! ¡Qué las damas, galanes, pajes, escuderos y toda la nobleza madrileña que le esperaba con el ansia de verle y admirarle!

El furor y la desesperación del joven tocaba á su límite extremo, cuando sonó la campanilla... ¡Ahí está! ¡Por fin!

Precipitáronse todos á la puerta, y en vez del estuche donde debía encerrarse la artística joya, un chico de la Agencia Express entregó un gran envoltorio con carta urgente para don Alfonso Pedraza.

La cual carta decía á la letra lo que sigue:

«Sr. D. Alfonso Pedraza.

»Muy señor mío y dueño: Mi esposo, que salió esta mañana para Sevilla, me dejó el encargo de que le enviase á usted una espada, que no he encontrado por ninguna parte, y eso que he revuelto toda la casa del piso al techo. Mucho lo he sentido, pero como lo que usted desea es un arma antigua, tengo el gusto de remitirle un sable de caballería y un par de pistolas para que usted escoja. Le advierto que el sable perteneció á Zumalacárregui y las pistolas á Diego Corrientes.

»De usted atenta servidora,

»*Sinforosa Tomellar.*»

Así que Alfonso Pedraza acabó de leer estas líneas, cayó al suelo desmayado, y los manes de Álar Fáñez de Prestillas se estremecieron de indignación.

LAS MANTAS DE PALENCIA

Al filo de media noche llegaba el general invariablemente al Club, tomaba puesto junto á la mesa del treinta y cuarenta, y marcando en su tarjeta las rayitas correspondientes, comenzaba su famosa martingala—en cuya bondad y eficacia creía como en Dios uno y trino—hasta ganar la suma señalada por los cánones de su combinación ó perder la que destinaba á tan importante negocio.

La suerte en su ayuda, y cuenta que para él nunca fué remolona, duplicaba ó triplicaba el capital, y de ello deducía que no á los favores de la mudable fortuna, sino á su cálculo y buen método, era deudor de la pingüe ganancia. Un verdadero robo hecho al infeliz banquero, que ponía sus cuartos sobre la mesa para que él se los llevase bonitamente.

Era mi hombre rumboso de natural, y como

además imaginábase descubridor de una maravilla martingalesca con que hubo de clavar la versátil rueda, se prestaba á recibir de buen talante los infinitos *sablazos* que los socios necesitados le daban cuando la combinación salía, y en este caso iba repartiendo entre ellos, desde la sala de juego hasta la en que tomaba su frugal cena, unas cuantas pesetas á medida que cada cual le interceptaba el paso con la súplica correlativa y la mano en reverso.

Y era de ver cómo los cinco ó seis *vividores* que hacían de aquel círculo aristocrático asilo de sus cuerpos y remedio de su inopia, espiaban junto al tapete verde todos los accidentes del juego, siguiendo con anhelo intermitente el subir y bajar del dinero, maldiciendo de la baraja y de su manipulante si el hado adverso merma-
ba el haber del general, desmayada el alma cuando con el último billete se marchaba la última esperanza, y con un suspiro de «ya está en casa» así que aquél se juzgaba satisfecho y mandaba cambiar en la taquilla por moneda de curso callejero las relucientes fichas de nácar. Y luego, ¡qué de emboscadas, qué de rodeos para salir al encuentro del ganancioso y asaltarle la cuchillada seca, firme y recia! ¡Y cuántas maldiciones al madrugador que se anticipaba! ¡Y cuántos reniegos del acaparador que

después de sacar su pizquita se eternizaba junto al prócer, impidiendo otra acometida y quitándole, quizás, su intención dadivosa!

Entre estos especuladores sobre la suerte ajena, distinguíase uno que se pasaba la vida en el Club, listo si los hay, de esos que saben hender un cabello, gran jugador de golfo y célebre en todas partes por sus ocurrencias y también por su poca aprensión para sacarle al lucero del alba un duro, del cual mucho había menester, porque los pocos cuartos que le vinieron de herencia fuéronse en pos de la sota y el caballo, como el toro tras los mansos.

No bien el general llegaba, el héroe de esta historia, á quien llamaremos Zutánez, para encubrir su verdadero nombre, poníase en acecho, arrellanándose en una butaca frente á la puerta por donde había de pasar la pieza, para fusilarla desde allí con tiro certero y rápido, sobre todo si el garbeo cotidiano no le había producido moneda contante y sonante, porque, en tal caso, por nada de este mundo ni del otro se apartaba de la mesa de juego mientras le quedase materia prima con que apuntar.

La noche de autos era final de un día bofrascoso y desgraciado. Los amigos de quienes solicitó amparo escurrieron el bulto; los prestamistas de á cinco por ciento al mes—gremio

providente que Zutáñez ponía sobre su cabeza —rehusaron descontarle la letra consabida; los parientes generosos, hartos de sus continuas exacciones, le aconsejaron que llamase á Cachano con dos tejas, por si este fantástico personaje quería socorrerle, y hasta un camarero del Club, que de vez en cuando se apiadaba de su desgracia, se cerró á la banda con un «no puedo» de cuello vuelto y punto redondo. Y para colmo de males, la nota del Comptoir apremiaba; la expulsión del Club, si no la satisfacía, echábasele encima; el casero no le dejaba hora tranquila; á la familia era preciso alimentarla y al sastre pagarle algo para evitar el escándalo diario, y también á otros de menor cuantía, de esos que no admiten ni espera ni disculpa.

—Los acreedores—pensaba Zutáñez—son como las heridas, que cuando no se cuidan se enconan; y hoy todos los míos se me han enconado en el mismo minuto.

¿De dónde sacar quinientas pesetas? ¿En qué sitio hallar los dos mil reales con que contener el impetu de tan feroces *ingleses*?

Estando en este aprieto vió la venerable figura del general, y se juzgó salvado. La petición de los cien duros pasaba con mucho de la marca, pero el general era espléndido, y, como

ganase, ya sabría Zutáñez ablandar sus entrañas con una historia espeluznante.

¿Cuál sería ésta? Muy sencilla. Matando una tía imaginaria que le había servido de madre, y apremiante la necesidad de darle tierra, porque no era posible guardar el cadáver en una alacena para ahorrarse el gasto fúnebre, cuya invención de la tal muerte podría rimarse con un buen golpe de lágrimas y ayes; ¿qué corazón que estuviese en momento plácido permanecería insensible?

Pero el buen Zutáñez contaba sin la huéspeda. Y la huéspeda fué Perico Vidueña, un acaparador de malos hígados, que en cuanto el general se embolsó la ganancia pegóse á él, le acompañó á cenar, y ya no le abandonó hasta dejarle en el coche, con gran desesperación de la sociedad *sablacera*, y, sobre todo, de Zutáñez, que al ver cómo se desvanecían sus risueñas ilusiones soltó mil tacos contra su mala sombra, pidiendo á Dios en su fuero interno que hiciese polvo al infame autor de su contrariedad irremediable.

Tuvo, pues, que resignarse, y sufrir por añadidura la cantaleta que le dieron sus compañeros de infortunio, cuyas pesadas bromas pusieronle á dos dedos de armar camorra á Perico Vidueña y propinarle dos buenos mampo-

rros por egoísta y buscón. Y ya en el colmo del delirio, y decidido á que le echaran del Círculo si marraba el golpe, dirigióse á la mesa de juego, apuntó de boquilla cinco duros, consintió la apuesta el banquero sin percatarse de la calidad del punto, vinieron cinco ó seis por un camino que Zutánez aprovechó doblando siempre, y al poco rato vióse dueño de ciento sesenta pesos fuertes, que diputó por regalo del Altísimo en premio á sus firmes creencias, y vuelta del alma al cuerpo y de la alegría al rostro.

Á las altas horas de la madrugada formóse, como de costumbre, en el corro en el saloncito de la esquina; allí pidió su cena el protagonista de esta exactísima historia, y cuando, entre bocado y bocado, decía cuchufletas comentando los sucesos del día, acertó á entrar Perico Vidueña, á quien Zutánez interpeló del siguiente modo, con gran contento de los circunstantes:

—Amigo Vidueña, voy á contarle un sucedido, que le viene á usted como anillo al dedo.

—Veamos el sucedido—contestó Vidueña, sentándose algo mohino, porque sospechaba el resquemor de Zutánez.

—Había en Palencia un fabricante de mantas, Cacho, Pedazo y Compañía, si la memoria no me es infiel, proveedor de media España,

porque sus productos peludos y suaves llenaban por completo las exigencias del más recalcitrante friolero. Aconteció que en una *tirada* que hizo de veinte ó treinta mil mantas, de esas finas y afelpadas que se meten en un puño y da gozo sentir las por lo poco que pesan y lo mucho que abrigan, le salieron como unas doscientas manchadas con mancha tan chillona, que era imposible ponerlas á la venta. La falta costábale á Cacho, Pedazo y Compañía muy buen dinero, y dolorido con la pérdida ocurriósele una estratagema arriesgada é ingeniosa, y fué escribir á cada uno de sus clientes carta de remesa, diciendo en ella poco más ó menos: «Por este mismo correo salen destinadas á esa casa las (y aquí el número) mantas que tenía usted pedidas. Debo advertirle que entre ellas encontrará (y aquí las correspondientes al prorrateo que hizo para repartir las averiadas) con una manchita que parece descuido de la fabricación, pero no es tal, sino un procedimiento antiséptico inventado por el más famoso químico de Europa, y puede usted abrigar la seguridad de que de la cama donde se coloque una de esas mantas huyen como del demonio chinches, pulgas, cucarachas y demás bichos molestos.» Á cuya circular contestó la mayor parte de la clientela, cayendo en el garlito, que aceptaba

el envío y que recomendaría á sus predilectos parroquianos la adquisición de aquellas salutíferas mantas, dándolas, por supuesto, á más alto precio que las comunes y corrientes. Pero los corresponsales de Sevilla, Cardona, Lepe é Hijos, respondieron de esta suerte: «Señores Cacho, Pedazo y Compañía: Muy señores nuestros. Recibidas las mil mantas, cuyo precio les abonamos, descontando las veinte que nos remiten con la mancha antiséptica, las cuales por gran velocidad les devolvemos, y... dejen ustedes que todo el mundo viva.»

—Eso quiere decir...—interrumpió muy amoscado Vidueña.

—Eso quiere decir—replicó al punto Zutánez—que otra vez cuando gane el general... deje usted que todo el mundo viva.

El epílogo de esta historia es que Vidueña se marchó corrido, y Zutánez salió de sus apuros.

En cuanto á la martingala del general, el sablazo de Vidueña le dió un pato horroroso, porque á la noche siguiente le saltó cuatro veces. ¡Ni Leotard!

EL SOSTENIDO

De las Memorias de Elena entresaco y copio las siguientes líneas:

«Yo tenía entonces diez y ocho años, y estaba pasando con mis tíos una temporada en Puente-Genil.

»La vida que hacíamos no era de las más alegres, pues aparte de que pueblo tan pequeño daba muy poco de sí en lo tocante á diversiones y fiestas, mi tío don Sebastián, un hombre duro y seco si los hay, se las echaba de riguroso y apenas si nos otorgaba licencia para asomar las narices á la calle á mis dos primas, muchachas tan jóvenes como yo, y á mí. Á la iglesia los domingos y días de precepto, y á paseo alguna vez que otra, muy pocas, y siempre bajo la vigilancia de mi tía, excelente señora que tenía á su marido más miedo que al cólera morbo asiático. ¿Novios? Ni pensarlo.

¿Pelar la pava por la reja? Materia vitanda. ¿Cartitas, galanteos y reclamos amorosos? Gravísimos pecados, merecedores de ejemplares castigos, que no habían de parar en menos que en la expulsión del seno de la familia, ó en el claustro de un convento de estrechísima regla.

»Con tal régimen de vida y multiplicación de prohibiciones, que á mis primas y á mí nos encendían el apetito de gustarlas, de más está decir que en nuestra casa no entraba bicho viviente que usase calzones, á excepción del aperador del cortijo, un animal de bellota, y de dos viejecitos, don Timoteo Fernández y don Cleto Hurtado, asiduos concurrentes á nuestra casa todas las noches, de ocho á diez, para hacer á don Sebastián la partida de tresillo, cuyo cuarto lugar ocupaba doña Ramona Soslayo, cincuentona y soltera, aun aficionada á poner los ojos de carnero á medio morir cuando se tocaba la tecla de sus frustrados matrimonios.

»Esta costumbre tresillesca en un rincón de la sala espaciosa, mientras en otro extremo de ella las cuatro mujeres nos aburriamos de muerte, haciendo labor las muchachas, y mi tía dando cabezadas, sólo interrumpidas por las disputas de los jugadores sobre *si debió usted arrastrar de punto, ó si el solo se perdió por no meter*

el basto á tiempo, solía suspenderse cuando mi tío don Sebastián tardaba en volver de sus expediciones cinegéticas ó se quedaba á dormir en el cortijo por causa de sus quehaceres. Entonces cambiaba el aspecto de la tertulia. Los viejecitos formaban corro con nosotras alrededor de la camilla, soltábamos la labor enojosa, les tirábamos de la lengua para que nos refiriesen sus aventuras de mozos, jugábamos á juegos de prendas, infligiendo á don Timoteo y á don Cleto castigos inverosímiles, que nos hacían morir de risa, terminando la fiesta con música de *cante jondo* y repertorio zarzuelesco, no sin el veto de doña Ramona Soslayo, que nos amenazaba con relatarle á don Sebastián aquel derroche de alegría juvenil, tan por fuera de los usos corrientes y molientes de la casa; y si don Cleto tomaba parte en el concierto, entonces la ira de la acusona subía de punto, como si la voz del viejo fuera á prender fuego amoroso en nuestros vírgenes corazones.

»Y el buen señor no se hacía rogar. Apenas excitábamos su chifladura cantante para nuestro holgorio y regocijo, porque el pobre hombre se ponía en ridículo del modo más deplorablemente cómico, por supuesto contra la voluntad de mi tía, que, luego á solas, nos sermoneaba

de lo lindo, erguía su figurilla, escamondábase el pecho con unas cuantas toses y carraspeos y lucía sus facultades vocales á qué me pides cuerpo.

»He dicho que don Cleto estaba atacado de la manía cantante, y la aclaración de tal punto conviene al tanto de esta exactísima historia (vivos andan algunos de los que la supieron), que á mí me dió que reír y al pobre viejo que rabiar. Frisaba don Cleto Hurtado de Santurce en los setenta, y era bajo de cuerpo, seco de rostro, barba poca y rala, ojillos picarescos, muy flaco, y tan derecho de andadura como pulcro y limpísimo en el aseo de su desmedrada persona. Sonaba muchas campanillas en cuanto á su prosapia (su padre, marino ilustre, estuvo en Trafalgar, y su abuelo fué algo como copero ó mayordomo de Carlos III) y presumía de no haber tropezado con hembra de garbo y rumbo que no se le hubiese rendido, pues si al pronto se le resistía, luego, cuando escuchaba su voz potente y su elocuente decir, caía cual sencilla codorniz al cauteloso reclamo. Esta certeza de sus medios de seducción se le prendió al amor propio en fuerza tal, que, aun setentón y achacoso, contoneaba su cuerpo, dábase un flechazo en el primer cristal del primer escaparate que encontraba al revolver

de una esquina, y se miraba la caída de la pierna en cuanto columbraba una moza, á quien él inmediatamente dirigia los fuegos convergentes de sus ojos parlanchines. Pero donde mi don Cleto cifraba sus ilusiones era en la voz, como queda referido. Poseía una variadísima colección de cantares que le enseñó, allá en tiempo de Maricastaña, un tenor italiano, y ya perdidos los memoriales por razón de la edad, había hecho entre el idioma del maestro y el castellano un batiborrillo tal, que las letras de sus melodías, romanzas y baladas resultaban disparates de á folio.

»—Don Cleto, cante usted la canción de *El sostenido*. (Esta de *El sostenido* era la preferida por él, el ramillete de sus facultades, el *sum-mum*, la bomba final, como si dijéramos, de su potencia vocal, que dejaba en pañales á todos los cantantes machos conocidos hasta el día, por causa de la agudísima nota con que la daba fin y remate.)

»—¡Ay hijas mías! ¡*El sostenido!* ¡*El sostenido* no lo doy yo más que en las grandes ocasiones! ¡Como que *El sostenido* ha sido mi salvación, mi argumento Aquiles en ciertos momentos de mi vida. (Y al decir esto ponía los ojos en blanco, como rindiendo dulce tributo á dulcísimas memorias.)

»—Vamos, don Cleto, no se haga usted el interesante.

»—No puedo, no puedo, hijitas. Otra vez será.

»—Me va usted á negar el placer de oír esa preciosa nota—decíale yo, y entonces el buen viejo me miraba lánguido, lanzaba un suspiro, ibase al piano, y acompañándose con tres acordes perfectos de tono mayor una musiquilla ratonera decía:

Voi siete ama-bile,
siete adora-bile
cue-er-po *chentil*,

y al llegar aquí tomaba aliento y largaba un ¡ah! estentóreo, horrisono, el célebre *sostenido* que le había dado tanta fama y llevádose en pos tantos quereres femeninos, y cuyo eco debió sonar en los oídos de Daudet transmitiéndoselo á Tartarín de Tarascón, aun no creado por el gran novelista francés cuando ya andaba por el mundo don Cleto Hurtado de Santurce.

»—Ayer noche ha cantado usted *El sostenido* en casa de don Sebastián. Hace usted mal en gastarse tanto la voz—decían á don Cleto los guasones del Casino.

»—¡Es mucha voz la mía! ¿Me han oído ustedes, á pesar de la distancia?—preguntábales con una candidez paradisiaca.

»—Como ahora le estamos oyendo.

»—Claro—añadía don Cleto,—siempre que cantaba *El sostenido* en Cádiz me oían de Puerto Real.

»Á fuerza de pedirle *El sostenido* y en ayuda del caso su vanidad persistente, creyóse don Cleto que yo estaba muertecita por sus pedazos, y juzgándome pan comido, apretó su disimulado cortejo á mi persona con suspiros de triple aliento y frasecillas de cuádruple intención, sin pasar á mayores demostraciones, porque en el fondo era tímido como una paloma, y todas sus conquistas no más que apuntes trazados en su erótico pensamiento.

»Justo es confesar, para vergüenza mía, que yo le daba cordelejo, y á sus miradas asesinas respondía con remilgados coqueteos, si no inventaba diabluras para poner á prueba su paciencia, de acuerdo, por supuesto, con mis primas, pues en la necedad de don Cleto habíamos encontrado una mina inagotable con que romper el tedio de nuestro forzado aislamiento.

»Ya teníamos preparado el punto final de la broma, que había de ser escarmentando al galán de modo que nunca más volviese á echárselas de conquistador, cuando he aquí que un suceso muy natural trajo la medicina tan eficaz y propia que le sanó para el resto de sus años.

»Y fué el caso que en una de nuestras contadas salidas á la calle me tropecé con el hombre que luego había de ser mi compañero de por vida. Con el telégrafo de los ojos dióme á entender su voluntad, respondile por el mismo sistema, y como nuestra casa era arca cerrada, el acecho de mi tío don Sebastián extremado, los criados devotos suyos, y no había, por tanto, manera de carteo con mi novio, en una ocasión que tuve de cruzar con éste tres palabras, díjеле al vuelo: «*Sombrero de Cleto.*» Entendió gozoso la jugarreta, y desde aquella noche abandonaba yo con cualquier pretexto la tertulia, ibame á la antesala, y debajo del forro del sombrero del buen Hurtado de Santurce colocaba una cartita, que luego mi novio recogía en el Casino, valiéndose de mil tretas en que le ayudaban sus amigos y consocios, y me contestaba por el mismo procedimiento, con lo cual hacíamos á mi enamorado platónico corredor y tercero del efectivo.

»Así pasaron los días y las noches, yo pidiendo á mi santo tutelar que don Sebastián se quedase en el campo, y á la par *cataneando* á don Cleto para que no faltase á la querencia ni echara de ver ó de palpar los papelitos, y mi novio buscando los medios de que terminase el vaya y venga de las cartas, sustituyéndolo por

las necesarias parrafadas en que acordásemos las relaciones formales de familia á familia, y por ende el día de nuestra boda, que tan de prisa le habían entrado al hombre las ganas de llamarme suya.

»Hizo entonces la casualidad, favorecedora de los enamorados, que una de las criadas se fuese á su pueblo, y que mi tía tomase otra, en la cual encontró mi novio, mediante dádiva sonante, fácil acomodo para proporcionarnos las deseadas entrevistas. Que se verificaron á las altas horas de la noche, bajando yo de puntillas y con todo género de silenciosas precauciones al cuarto donde la doméstica dormía, que daba á una callejuela, y utilizando la reja, detrás de la cual escuchaba embebecida, y por primera vez, las cantatas de amor y dulces frases de que mi novio tenía abundantísimo repertorio. Mas como estas transgresiones de las leyes draconianas de don Sebastián no podían realizarse sino cuando Dios quería, convinimos en que yo diera el aviso del momento propicio por el antiguo conducto del forro del sombrero de don Cleto.

»Al forro me fui una noche con un papelito que decía. «Mañana nos podremos ver á las dos en la reja. Si tardo un poco, espérame.» Lo coloqué muy bien doblado, volvíme á la sala,

hice que don Cleto *exhalara* dos ó tres veces *El sostenido* famoso, terminó la tertulia, se fueron los tertulianos á la hora de costumbre, y luego... metió el diablo la pezuña, porque mi galán platónico tentujó el papel al encasquetarse el sombrero, que no era el hongo habitual, sino uno blanducho y flexible, lo leyó y lo dió por suyo, imaginando con toda su alma vanidosa que por fin había llegado á la mía, y ablandádola, el pío pío de sus velados arrullos y la magia sugestiva de su nota resonante.

»¿Cómo Hurtado de Santurce dió con la reja? ¡Vaya usted á saberlo! Ello fué que ardiendo en ternezas, con cincuenta años de menos encima, y, sin duda, prometiéndose tangibles realidades que quizá nunca logró, cuando yo abrí las maderas de la reja y puse mi cara en los hierros, en lugar del rostro moreno y gracioso de mi novio, espantada vi el flácido y desteñido de don Cleto, prorrumpí en un ¡ah! comprimido, y no cerré las maderas y apelé á la fuga porque en aquel instante apareció detrás de la figura del suplantador la del suplantado, que, rondando la callejuela en la previsión de que mi aviso se hubiera perdido, columbró al galán y se presentó oportuno.

»Pintar la tragicómica situación de los tres, no es cosa fácil. Yo, avergonzada y corrida, te-

miendo que mi novio no se diese cuenta de lo sucedido y se atufara; él, sin decidirse á tomarlo á risa ó á propinar una paliza al intruso, y el pobre intruso, ya percatado de que había sido juguete de mis travesuras, maldiciendo de ellas por el papel ridículo que estaba haciendo y haría si la cosa se divulgaba entre la gente burlona y maleante del Casino, y buscando un escape del mal paso, antes de que el ocupante de la reja por derecho de conquista, cuyo humor algo pendenciero y arrojado conocía, se lo proporcionara expeditivo y pronto.

»Tras breves instantes, durante los cuales estábamos los tres hechos unos pasmarotes, salió don Cleto por un registro que trajo á mi memoria el cuento del marido aquel que sorprendió á un galán escondido dentro de la caja de un reloj de cuco, pregúntale iracundo qué hace allí, y el seductor, todo medrosico y acongojado, contesta: «Me... me... me estoy paseando.»

»—Le... le buscaba á usted para darle este papel, que ha llegado á mis manos por equivocación—dijo don Cleto alargando la carta á mi novio, y echándome de reojo una mirada en que puso, con la intención, rayos fulmíneos que me hicieran menudo polvo.

»Mi novio cogió la carta y don Cleto tomó soleta callejuela abajo, no ya con el cuerpecillo

erguido y derecho, como debió acudir á la reja, sino renqueando á no poder más.

»Con éstas y las otras, don Sebastián se enteró de mi noviazgo, se armó la de Dios es Cristo, quiso reintegrarme al hogar paterno, mi tía se interpuso, hubo lágrimas, sustos y congojas, y todo acabó en que una tarde—memorable en los fastos de mi historia—se presentó en casa el padre de mi novio, vestido de punta en blanco, levitón largo, chistera monumental y caña de Indias, y solemnemente pidió mi blanca mano para el heredero de sus blasones.

»De allí á poco se celebró la boda, con asistencia de mis padres, hermanos y primos—un enjambre,—y se arrojó la casa por la ventana en bailes y fiestas.

»Á la primera, la de la noche de mi matrimonio, acudió don Cleto Hurtado de Santurce, como uno de los íntimos de la casa y amigo antiguo, además, de mi padre. Terminada la comilona, que por mi cuenta duró un siglo, se organizó una *juerguecita* familiar para que las muchachas bailaran y cantasen.

»En mitad de ella una voz exclama: ¡*El sostenido!* ¡*El sostenido!* Don Cleto se excusa, quiere marcharse y todos le rodean clamando á coro: ¡*El sos-te-ni-do!* ¡*El sos-te-ni-do!* Pero mi

exgalán se amosca, se empotra en un sillón y declara que ni á tiros le harán cantar la canción famosa. Entonces mi tía, recordando cómo yo era la única que doblaba la voluntad del viejecito, é inocente la pobre señora de la aventura de la reja, me mandó que le convenciera. Y fui tan cruel, tan sin corazón, tan despiadada, que poniendo aquellos ojos soñadores que á don Cleto le sacaban de quicio, le dije:

»—¿Me va usted á negar á *mi* ese placer?

»Don Cleto se quedó extático, asombrado de mi audacia, me miró con la tristeza que se deben mirar las lejanías de la juventud que ya no vuelve, y por su demacrada faz rodaron poco á poco dos lagrimones como puños.

»Aquella noche se hizo viejo de veras, y ya no volvió á cantar *El sostenido*.»

EL MOJARRILLO

—Pon ahí—decía el zeñó Juan el *Tiznao* á Maoliyo el *Carraca*.

—Ya pongo—repuso éste empuñando nuevamente la pluma y escribiendo sobre un papel de dudoso color, con letras gordas y desiguales, lo que el Tiznao le dictaba con intermitencias de ayes y suspiros.

—Dos mesas para comer viejas de pino...

—De pino—concluyó el Carraca.

—Una vaca de leche sin esta última.

—Úrtima...

—Una gayina con dose poyo...

—Oyo.

—Una marrana con cuatro ídem...

—Pero oiga osté, zeñó Juan—interrumpió el Carraca soltando la pluma,—¿va osté á empeñá jasta el utrunque?

—Jasta el brínculo que me predecésó mi pápa, que buen poso haiga, soy capá de empe-

ña por ver curá á mi Rosarico—contestó el Tiznao dando un puñetazo sobre la mesa donde el Carraca ejercía de secretario.

—Güeno; allá osté—murmuró el Carraca;—
¿qué má?

—Dos senacho...

—Acho.

—Una arcusa...

—Usa. ¿Y ahora?

—Pos ahora te vas en cá el Pringoso, le entriegas ese listín y dile que mangue se dará una güerta por allí pa que me jaga la cuenta de la lú que me da y de los réitos que me pone.

—Y asín que el Pringoso le haiga dao á osté la guita, ¿qué va osté á jase con eya?

—Pos trincá á la niña y llevámela pa Carratraca, onde de juro sanará der má que la consume—contestó el Tiznao todo compungido.

—¿Á Carratraca, como las presona finass?—interrogó de nuevo Maoliyo añadiendo varias eses á su última palabra.

—Como corresponde á la educasi3n que m'enseñaron en mis años incunales y conservo en la presente edad adúltera—repuso el zeñó Juan algo amostazado.

—Y aluego con las sobras, ¿pondrá osté un Sanatorio?

—Oye tú, esmirriao. Me paese que t'está

queando conmigo—dijo entonces el viejo torciendo el gesto y mirando fijamente al Carraca.

—Osté desimule, zeñó Juan; quearme con osté, no, porque le respeto y le quiero como si fuera osté mi más próximo pariente; pero dale una mijita de coba, si, si osté me lo permite.

—No veo la razón de la coba—interpuso entonces el Tiznao.

—¿Vale la verdá?

—Vale.

—¿No se enfadará osté con Maoliyo el Carraca?

—¡Recuerdo!—y lo soltó redondo.—¿Acabarás, condenao?

—Pos se me figura—dijo Maoliyo—que Rosarico no se cura con baños sulfurosos y que to er dinero que se va osté á gastá en Carratraca es igual que si lo empleara osté en chochos.

—¿Qué sabes tú de malestias, Carraca?

—¡Me jago tiestos! Mire osté, zeñó Juan. Las presona se paesen mucho á las bestias, y de curá á las bestias he aprendío yo más que en la Universidad.

—No seas bruto, Carraca, si eso pué ser. ¿No sabes lo que ha dicho don Bonifacio, el méico, dempués de haber desaminao á la niña de frente y de perfil?

—Manque lo diga.

—¿Iznoras que l'ha dosificao de histórica?

—Rosarico no tiene eso.

—¿Pos qué tiene?

—Mojarrillo—replicó el Carraca con aire convencido.

—¡Mojarrillo!—exclamó el Tiznao arrugando el entrecejo, como si la tal palabra fuese una revelación de esas que resuelven y aclaran profundísimo misterio.

—¡Me jago tiestos si no es mojarrillo de lo que pena Rosarico, zeñó Juan! ¡Si tengo yo en dambos ojos los rayos X!—añadió el muchacho cada vez más firme.

Permaneció el Tiznao suspenso por breve instante, rascóse la cabeza; luego se hurgó las narices y al fin dijo:

—Quizás que tengas rasón, chaval. Dame esa lista, paremos la jaca, y mos achantaremos hasta más ver.

Cumplió el Carraca la orden, salióse del cuarto y el zeñó Juan entró en el que se hallaba Rosarico.

La cual por puntos iba perdiendo los colores; aquellos colores de rosa y nácar que causaban la envidia de todas las mozas del barrio y la codicia de todos los mozos *echaos pa lante* de veinte leguas á la redonda, pues aun con este apagamiento de la sangre, que se mostra-

ba suavemente bajo la fina piel de las mejillas de Rosarico, todavía le quedaban unos ojos negros, brillantes y parlanchines, que daban la hora, una boquita fresca y menuda, que hacía soñar, y un aquél en el rostro de la fisonomía de su cara—según frase del Carraca—que enganchaba corazones al vuelo, si ya no los hubiera prendido el garbo y la gracia de un cuerpo modelado por los mismísimos ángeles.

Y como el zefío Juan el Tiznao, tratante en bestias al por mayor y aprovechadísimo al por menor para sacarle las pesetas al más redomado chalán, tenía puestos sus cinco sentidos en la hija de sus entretelas, única persona de su familia, porque su conjunta falleció de un *parálisis* dejándole aquel pimpollo, que era una bendición de Dios, acongojábase y le entraban mortales angustias viendo como aquella rosa de Jericó se deshojaba poco á poco, tornándose de garrida y lozana en mustia y marchita.

Que el pobre hombre consultó á todas las eminencias del pueblo, tanto del orden civil como del eclesiástico, para que descubriesen el mal que padecía Rosarico—decaimiento, falta de apetito, dolores en diversas partes de su precioso cuerpo y un malestar continuo—no hay para qué contarlo.

—Lo que á tu hija le jase farta no se vende

en la botica—decíale su compadre Perico el Piconero, un pedazo de bárbaro más grande que los cerros de Úbeda.

—Un buen novio, zeñó Juan, un buen novio, y casala en un verbo—añadíale Tomasa la Churretes, una métomeentodo de las más bachilleras del pueblo.

—Eso es que la tiés mu sujeta, Juaniyo, y encerrá entre cuatro *paderes*, y la chica quiere su libre bedrío y su libertinaje—rezábale Rafael Cachorro, el compinche del Tiznao en sus tratos y contratos sobre caballerías.

—Mimos y nada más que mimos, señor Juan. Á estas niñas tan finas de remos y tan derechas de andadura, en cuanto les entra de golpe el señorío porque cuatro galanes las piropean, se suben á la parra y hay que ponerlas serreta. Átela usted corto y duro en ella—aconsejaba al Tiznao el jefe de la Remonta, un comandante de la clase de tropa.

—Tú tienes la culpa de todo, Juan. Si hubieras criado á tu hija en el santo temor de Dios, obligándola á que menudease sus deberes religiosos y se preocupara de la salvación de su alma más que de ponerse cintas y moños y de pelar la pava, ahora no la verías con la cabeza llena de pájaros. Hazla que trabaje mucho, que rece más y mándamela al tribunal de la

penitencia, verás como yo la quito esos melindres—reprendiale don Policarpo, el capellán de las Claras.

—Bien estudiado el proceso de la enfermedad de Rosarico, y después de profundas meditaciones acerca del mal, le diré á usted, señor Juan, que la chica padece una diátesis muy difícil de diagnosticar, pero que termina en punta, ó como si dijéramos, en una hepatitis histérica que se curará sin duda alguna con las aguas de Carratraca, eficacísimas para todo linaje de dilataciones.

Ya no titubeó más el zeñó Juan ante las sabias frases del doctor, que así las entendía como si llovieran melones, pero que le parecieron maravillosas por lo enredadas y laberínticas, y á Carratraca hubiera llevado la muchacha, empeñando al Pringoso—usurerazo de á peseta por duro—hasta la última hilacha de su modestísimo hogar, á no haberle salido el Carraca con el conque del mojarrillo que, como queda dicho, le paró el pensamiento, volviéndole tarumba.

—Oye tú, Rosarico. Sa menesté que nos vayamos á jaser una visita á la tía Pitusa—dijo el Tiznao á su hija, que sentada junto á la reja y mano sobre mano, miraba hacia la calle con los ojazos muy abiertos, como si creyese que

por ella iba á pasar el remedio de sus males.

—¿Va osté á que mos jechen la buenaventura?—repuso la muchacha apartando la vista de la calle y fijándola en el Tiznao.

—Vamos de consurta, porque me s'ha metío en la chola que la tía Pitusa dará con lo que te jase farta.

Á trancas y barrancas logró el zeñó Juan vencer la resistencia de Rosarico, harta ya de brebajes, pócimas y consejos, y no sin la correspondiente protesta siguió á su padre, que la condujo al chamizo donde vivía la Pitusa, hechicera de profesión, corredora de oreja, vendedora de drogas para los más extraños usos y discípula del mismísimo Satanás, según fama pública, por hechos sabidos y comprobados. Y de la conferencia con la bruja, la cual no dictó su fallo inapelable sino después de haber hecho pronunciar á la muchacha ciertas palabras cabalísticas y quemado en un infiernillo unos polvos negros que llameaban azul, resultó que el Carraca había puesto el dedo en la vena y que la chica padecía un fuerte ataque de mojarrillo, enfermedad dolorosa que radica en el tabique que separa el vientre del estómago, y contra la cual nada podían las aguas de Carratraca ni las del propio Jordán traído á buchadas.

¿Qué hacer en trance tan apurado? ¿Cómo salvar á aquella palomita blanca, honra y prez de la raza, del terrible castigo que había hecho innumerables víctimas femeninas, pues estaba probado que el traidor microbio jamás atacaba á los hombres? Ello era incurable y mortal de necesidad, á menos—según sentencia de la Pitusa—que Rosarico se pusiese en manos de Josico el Truchuela, un viejo saludador que operaba curas portentosas por obra y gracia de haber nacido en viernes santo y tener en el cielo de la boca la cruz de Caravaca, y cuyos procedimientos terapéuticos—mediante un par de pesetas,—sumamente sencillos y nada peligrosos, habían sanado como por ensalmo y voluntad divina á todas las chicas atacadas de aquel mal.

Á la barraca de Josico el Truchuela, metida entre zarzas y breñales á una legua del pueblo, fuéronse al día siguiente muy de mañana el Tiznao y su hija, él arrastrando su pena y ella medrosica y llorosa, y zancada tras zancada, con descanso de razones que el padre daba para meter en la cabeza de la muchacha su fe chinchorrera en la virtud del saludador, llegaron á la miserable vivienda de éste, que les recibió gozoso, pensando cómo aquella visita de una *jembra* tan alabada y conocida por

su singular belleza, haría que su fama traspasase los aledaños de la provincia, y quién sabe si de España entera.

Pocas palabras fueron menester para que el Truchuela, muy poseído del divino papel que representaba en este bajo mundo, se enterase del mal de Rosarico, que diputó de mojarrillo verde, el más dañino y mortífero de todos los mojarrillos habidos y por haber, confirmando así la sapientísima opinión de Maoliyo el Carraca y de la Pitusa, con lo cual volvió la tranquilidad al pecho del zeñó Juan, tanto porque así ya no era necesario el gasto de Carratraca, como porque al viejo saludador no había mojarrillo que se le resistiera, por arraigado y tenaz que fuese.

Y poniendo en práctica sus medios curativos, hizo el Truchuela que la muchacha dejase al desnudo la parte de su cuerpo que cae entre el estómago y el vientre, el espacio justo para que el saludador operase sin grave detrimento del pudor de Rosarico, que á duras penas consintió enseñar el terciopelo de sus carnes. Luego humedeció con su saliva el dedo índice, nada limpio, y trazó con gran solemnidad sobre el cutis visible de la muchacha una ancha cruz, murmurando á la par y entre encías, pues de los dientes ni muestra le quedaba, una oración

que debía ser como el finiquito de su portentosa cura.

—Ea, ya estás curá per sécula sin fin—dijo después el Truchuela dando unas palmaditas sobre las pálidas mejillas de la joven.

—Dios se lo pague á osté y la Virgen de los Remedios, zeñó Jozico... Es osté el propio Carlomano—exclamó entonces el Tiznao poniendo al mismo tiempo en la mano del saludador un duro sevillano.

—Andai, hijos, andai pa casa, que ello no merese tanto sajumerio. Ahora tan y mientras que pasan nueve días, mucho cuidiao con bebé agua de noria, que es mu dañina y... s'arremató la sesión.

*
* *

No se sabe á punto fijo si Rosarico curó de aquel mojarrillo tenaz, aunque se supone que, dada la positiva virtud del Truchuela, no había de marrar en este caso, cuando en todos los anteriores acertó sin perder uno.

Ha llegado, no obstante, á noticia del narrador de esta exactísima historia que á los pocos años de la visita que hicieron el Tiznao y su hija al saludador famoso, alegraban la casa del zeñó Juan las risas y jugueteos de un precioso chiquillo que era el vivo retrato de

Rosarico, la cual había recobrado sus colores de rosa y nácar, ganando también en gallardía y arrogancia y siendo siempre objeto de la codicia de jóvenes y viejos, que ponían cerco á su virtud zahereña por todos los medios imaginables.

Y para terminar este relato, copiado del natural, pues vivos andan los que tomaron parte en el suceso, aconsejamos al pío lector que si toca en el pueblo donde se verificó, que se halla conforme se va á Majalabroz de Arriba, un poco á la derecha de Celibei de la Sierra, no se le ocurra preguntar á ninguna de las mozas que lo habitan, y las hay de rechupete, del mismo talle y traza de Rosarico, si padece *mojarrillo*, pues si tal hace lloverán sobre él toda clase de improperios, amén de algún linternazo que le deje memoria para toda la vida.

LA HERENCIA

Todavía sonaban en la sala los aplausos cuando Adriana entró en su *camerino*. Más de veinte veces la hizo el público salir á la escena, delirante de entusiasmo, y aunque orgullosa de su triunfo y saboreando el deleite capitoso de la unánime admiración, sentía gran cansancio y deseaba un momento de sosiego.

Faltábale aún oír el coro de sus admiradores, de los que, con más títulos de entrometimiento que de amistad, se introducían en su cuarto y daban rienda suelta á la lisonja, tributada tanto al mérito de la artista como á la belleza de la mujer. Los cuales la rodearon al momento, colmándola de enhorabuenas, parabienes y elogios, que ella acogía con sonrisas benévolas, apretones de manos y frases de sincera modestia, creyendo que la desmesurada alabanza iba más allá del merecimiento, pues

si estaba segura de que su voz potente, la flexibilidad de su garganta y su dominio de la escena eran más que suficientes para apoderarse del público y subyugarle, descontaba lo que su plástica figura tenía de atrayente y sugestivo, y le quedaba la duda de si el efecto producido debía ser á la perfección del arte ó únicamente á sus personales prendas.

No dudaba en este punto don Epifanio Pitre, el distinguido *virtuoso*; ni Pascasio Coslada, el inspirado maestro que puso en música wagneriana las coplas de Calainos; ni Pepe Palomares, el aplaudido autor del *canto di camera*; ni el magistrado don Juan, el *dillettante* que escribió el conocido tratado sobre *La potencia vibrátil del arpeggio ascendente*, todos ellos amantes del arte por el arte mismo y admiradores de Adriana como estrella refulgente de la hispana escena. Pero en cambio el marqués de Pedriscos, el famoso debelador de virtudes zahereñas; Fernando Fuertes, el célebre parásito de los *clubmen* linajudos; Joaquín Mañara, el hombre de moda entre las mujeres de la *high life*; Luis del Tomellar, el obligado galán de todas las tiples de fuste y nombradía, y hasta Santigosa, no obstante ser este notable revistero de toros un voto de calidad suma en materias musicales, dejaban traslucir, á pesar de

que lo velaban con sus encomiásticos ditirambos, cuánto más que los gorgoritos les traía el agua á la boca el encanto de aquella muchacha, en cuyo cuerpo la Naturaleza había echado el resto.

—¡Ha estado usted piramidal, despampanante!—decía don Epifanio poniendo en blanco sus papujados ojos.

—Sobre todo bellísima—añadió Tomellar abriendo los suyos como si quisiera fascinar á la actriz.

—Me ha recordado usted á la Patti. Lo que usted oye, Adriana, á la mismísima Adelina—manifestó Palomares con tono sentencioso.

—Á mí á la Penco—repuso Pitre.

—¡Ca, hombre, ca! Aquélla *calaba* á lo mejor, y Adriana no se aparta ni en una millonésima de ápice del tono verdadero—atajó el magistrado autor de *La potencia vibrátil del arpegio ascendente*.

—Vale más que la Patti y la Penco y que todas ellas juntas, y sobre todo tiene la ventaja de ser más bonita—dijo Mañara encajándose el monóculo para deleitarse en la contemplación de las formas esculturales de la joven.

—¡Cómo ha dicho usted aquella frase de *l'ultimo mio sospiro sarà per te, mio ben!* Yo le declaro á usted que entonces sentí un escalofrío

por todo mi cuerpo que... vamos, que me emocioné de veras—añadió el magistrado.

—Y yo envidié al tenor—murmuró Tomellar, cual si estas palabras las pronunciara al oído de Adriana y sin testigos de vista.

—Señores—interpuso, enarcando las cejas, el revistero de toros, tan peritísimo en cosas de música:—confesemos que Adriana lo reúne todo: una escuela de canto admirable, una riqueza de colorido y de matices pasmosa—la gama de lo perfecto sensible,—y por encima de esto una figura y unas líneas de tan suprema armonía, que la voz parece una prolongación precisa y resultante de su belleza, hasta el punto de hacer plástico el sonido. Así lo dije ayer en el periódico, y lo repetiré mil veces.

—Esa es la fija—palmoteó Fernando Fuertes.

Otra hornada de entusiastas suspendió por breves instantes el unísono de alabanzas, y en medio de ella, abriendo la apretada fila, penetró hasta llegar á la artista el empresario del teatro, llevando junto á sí á un individuo más bien alto que bajo, de barba rala, ya muy canosa, flacas quijadas, ojillos vivos y penetrantes, nada deshecho de andadura y muy puesto de frac, aunque tan fuera de moda, que parecía haber pertenecido á uno de sus más antiguos progenitores.

—Adriana—dijo el empresario,—presento á usted al señor conde de Dorjales, uno de sus más fervientes admiradores, que desea felicitarla.

—Tengo mucho gusto en conocerle—replicó Adriana.

—Señorita...—balbuceó el presentado, añadiendo unas cuantas palabras que nadie oyó, y estrechando con cierta emoción mal disimulada la mano que la cantante hubo de alargarle.

Hízose entonces la conversación general, siempre alrededor del supino mérito de Adriana, que aguantó aquel chaparrón de galanteos y flores, benévola y amable con todos, sin mostrar predilección por ninguno; y como llegase el momento de dar comienzo al segundo acto de la ópera, fué cada cual desfilando para ocupar su asiento y no perder una sola nota de la *partitura*, menos el conde de Dorjales, que sentado en una silla y sin despegar los labios, miraba con expresión indefinible á la actriz, como si quisiera decirle algo que no acertarse á formular.

Así permanecieron un corto espacio de tiempo, ella en espera de que aquel pelmazo se desclavara de la silla, él sin salir de su éxtasis, y la doncella de Adriana de pie, al brazo el abrigo con que había de cubrir los desnudos hom-

bros de su ama para que no se resfriase cuando cruzara los corredores que conducen al escenario.

Mientras tanto el baritono, que ocupaba el cuarto contiguo al de Adriana, se escamondaba la voz con unos *huy* y nos *ay* que metían miedo, y el tenor, algo más allá, ensayaba á grito herido el *do* de pecho que le hizo famoso.

—Se va á empezar y va usted á perder el prelude, que es una maravilla—dijo por fin la actriz levantándose impaciente y tomando el abrigo de manos de su doncella.

—¡Ah!... usted perdone, señorita... Es verdad... Siento haberla molestado... Luego tendré el honor...—y trabándosele la lengua en estas entrecortadas frases, se fué el de Dorjales esbozando una tímida reverencia.

—¡Qué viejo tan raro y tan antipático! ¡Y qué modo de mirarme tan impertinente!—pensaba Adriana al salir de su *camerino* y dirigirse á la escena, donde mil espectadores aguardaban curiosos el instante de su aparición.

*
* *

Volvió Adriana del ensayo con doña Andrea, una señora de edad madura y buen aspecto que vivía con la actriz en calidad de acompañante

y le daba escolta perpetua, cuando tropezaron sus ojos con un estuche de terciopelo y una tarjeta que sobre el tocador se hallaba. Leyó la tarjeta, que rezaba: «El conde de Dorjales», y abrió el estuche, que contenía un rico alfiler de brillantes y zafiros.

—¿Quién ha traído esto?—preguntó Adriana á su doncella.

—Un criado, con encargo de que se lo diera al momento á la señorita.

—Pero ¿tú has visto qué atrevimiento el de ese hombre?—exclamó Adriana dirigiéndose á doña Andrea así que se quedaron solas.—No me deja en paz. Todos los entreaectos se mete en mi cuarto, allí se está en un rincón hecho un pasmarote sin decir esta boca es mía, y mirándome como si sus ojos fuesen una máquina de hacer instantáneas. Te aseguro que ya me tiene más que harta el tal conde de Dorjales. ¡Ya* hasta me dan bromas con él! ¡Y cuidado que maldito el caso que le hago!

—Pero, mujer, ¿qué te importa que te mire si no pasa de ahí?

—Me cargan sus miradas, unas veces de dómine reprensor y otras de carnero á medio morir. ¡Como que me vienen ganas de decirle una grosería ó hacerle un desaire grande para que no vuelva á poner los pies!...

—¡Bah! tienes cosas de chiquilla...—interrompió doña Andrea.

—Me molestan las impertinencias.

—Estará enamorado de ti.

—¡Un vejestorio! ¡Qué ridiculez!

—Pues no te preocupes. Ello no vale la pena.

—No es que me preocupe, es que ha llegado á cansarme la persecución silenciosa de ese señor, que me hace el efecto de una mosca borriquera. ¡Y ya va para dos meses que sufro al tal conde de Dorjales!

—Me parece que concedes demasiada importancia á una tontería.

—¿Y el regalito de ahora? ¿Te parece una tontería? ¿Le he dado yo motivo para que se permita enviarme joyas?

—Creerá que esta noche es tu beneficio.

—¡Bah! Sobradamente sabe que no hay tal beneficio.

—Querrá demostrarte así su admiración.

—Pues que se guarde su admiración... Y, sobre todo, yo no admito regalos del primer quídam. ¿Á qué viene que un señor que no es mi amigo se tome esta licencia?

—Y ¿se lo piensas devolver?—interrogó doña Andrea, que no comprendía el desinterés de la actriz.

—Claro que se lo pienso devolver.

—Creo que haces mal. Una artista no debe ser tan puntillosa.

—Una artista que tiene vergüenza no debe dejarse humillar por nadie.

—Y ¿dónde está la humillación?

—Pues... en... ¡qué sé yo! En algo que yo siento y no acierto á explicar. De otro hombre que no fuera él, quizá... pero de él jamás.

—Pero ¿por qué?

—¿No te he dicho que no lo sé?—replicó entonces Adriana subiendo el diapason más de lo justo.

—¡Bah! Hoy estás nerviosa, y más vale que no hablemos. Hasta luego.

Y salió de la habitación doña Andrea, dejando sola á Adriana, frente al estuche abierto, de cuyo aterciopelado seno se desprendían incipientes lucecitas irisadas, como reclamos tentadores de la vanidad...

¿Por qué le había dicho á doña Andrea que el regalo del conde la humillaba? ¿Se atrevió nunca aquel hombre, durante los dos meses que Adriana sufría su callada adoración, ni siquiera á dejar entrever los pensamientos que detrás de sus insistentes miradas se escondían? ¿No se limitaba á rendirla un culto humilde y respetuoso, sin que fuese interrumpido por la menor galantería?... Sí; todo ello era verdad; como

también que la constante timidez de Dorjales tocaba casi en lo ridículo, pues hacía el papel de un colegial que por primera vez contempla de cerca una mujer y no encuentra frase que decirle ni momento de dejarla.

Que estuviera enamorado de ella, no se le pasaba á Adriana por las mientes. De sobra conoce una mujer, en el mirar de un hombre, cuándo en él hay amor, por disimulado que vaya y oculto que permanezca. No. El conde la miraba de un modo raro, extraño, como si quisiera tomar posesión de su ser espiritual, y al propio tiempo como si le pidiese perdón de algo misterioso y muy recóndito, pero nada de amor.

¡Bah! Un viejo chocho que iba á su cuarto á matar el tiempo, y ella una pretendiente á neurasténica que había que poner al instante en cura, haciendo que el pensamiento le ocupase en cosas de mayor valía.

Y, sin embargo, la voluntad inobediente rebelábase indómita, y los ojos de la bella actriz dirigiáanse tenaces hacia el estuche abierto, creyendo que los reflejos cambiantes de las piedras preciosas iban á contarle lo que Dorjales pensó y les dijo, cuando tomó la joya en sus manos y la colocó en el mullido lecho de terciopelo.

¿Sería acaso que ella, la mujer fuerte, la

que había resistido toda clase de tentaciones; la que había puesto todas las energías de su alma y las más delicadas fibras de su corazón al servicio del arte que adoraba; la que nunca sintió afán, deseo ó inclinación deleitosa hacia ningún hombre de los infinitos que se la rindieron, ahora la perturbaba con visos de ilusión erótica aquel ser caduco, desprovisto en absoluto de esos atractivos que empiezan por suggestionar y acaban por vencer? ¡Locura! Con cualquiera comprendía Adriana la entrega de su alma y de su cuerpo cuando llegase el momento de su rendición, mas no con el conde de Dorjales, con quien si por una parte la movía pueril capricho de curiosidad investigadora que la horadaba el cerebro, por otra la separaba una invencible repugnancia y asco á todo lo que fuese aproximación de amor.

En esto se encontraba justamente la humillación de que habló á doña Andrea apenas hubo visto el regalo del conde. En que si la simpatía demostrada por muchos y repetidos actos puede autorizar ciertas incorrecciones, la indiferencia cortés rayana en frialdad—que tal era la actitud de la bella actriz con el conde—excluye toda licencia que rebase los bordes de un afectuoso acogimiento, á que se ve obligada, con cuantos se le acercan, una artista de

nombre y fama. Y si por acaso Adriana se equivocaba y la insistencia de aquel hombre significase codicia de su persona y sus ojuelos llameasen pecaminosas imaginaciones, entonces la humillación tocaba en injuria, y el regalo valía como un avance de precio ó arras precursoras de tasa mayor el día del triunfo. Por eso urgía tirarle la dádiva á la cara, no lisa y llanamente, sino con un aditamento ruidoso de cuatro fresecas bien dichas, para que en lo sucesivo aprendiese á tratar á las mujeres honradas...

Después de todo, tenía razón doña Andrea. ¿Á qué dar tanta importancia á las salidas de tono de aquel majadero? Con devolverle el alfiler de brillantes, en paz; ó quizás fuera mejor dárselo á su doncella para que Dorjales lo viese prendido en el pecho de ésta la primera noche que entrara en el *camerino* de la actriz, por donde deduciría qué importancia daba al regalo. ¡Y que rabiase el atrevido carcamal! ¡Y qué ojos los del conde cuando notase el desprecio!... ¡Los ojos, los ojos de aquel hombre eran el tormento de Adriana! ¿Qué es lo que querían decirle? ¿Acaso ella los vió en algún otro ser? ¿Quizás la recordaban algo que no acertaba á explicarse, hechos reales percibidos en las lejanías de la vida ó reminiscencia ner-

viosa de una pesadilla de esas que en los momentos de fiebre se repiten idénticas, con tenacidad incansable?...

*
* *

Apoyado el codo sobre uno de los brazos del sillón frailerero que se ve detrás de la mesa de despacho, la mano puesta en la frente, tapando casi la mitad superior del rostro, estaba el conde de Dorjales atento á lo que doña Andrea le decía, unas veces por espontáneo flujo de palabras y otras por razón del interrogatorio de aquél.

—Era Matilde una mujer encantadora, una paloma sin hiel, señor conde, y muy amiga mía. Yo la quise como si hubiese sido mi propia hermana. Una mañana entré en su casa y encontré á la infeliz llorando. Su madre, doña Remedios—una santa, señor conde, una santa—estaba muy malita. ¡Como que al poco tiempo se murió! La chica se quedó sin arrimo, pero con los ahorrillos que tenía y su trabajo iba tirando. Entonces fué cuando debió presentarse el seductor infame... Yo no le conocí... ¿Cómo cayó Matilde, tan buena, tan honrada?... ¡Vaya usted á saberlo! Tendría labia el pícaro, sería guapo.... ¡qué sé yo! El caso fué que Matilde

perdió la chaveta por aquel canalla, que estaba casado, y que de aquellos amores nació Adriana. ¡Lo que pasó la pobre Matilde cuando supo que su novio era casado, lo que hubo de llorar! Y ahora viene lo más tremendo, lo más estupendo... ¿Qué creerá usted que hizo el pillo aquél en cuanto libró la infeliz?

—Abandonarla—contestó Dorjales.

—¿Cómo lo sabe usted?—interrogó doña Andrea.

—Me lo figuro al ver que le llama usted pillo y canalla—replicó el conde.

—Pues sí, señor. Se portó como un bellaco. La dejó plantada sin decir oste ni moste. ¿Le parece á usted bien?

—Me parece muy mal.

—En vano la desdichada le escribió cartas y más cartas, pues á otra cosa no se atrevía por miedo á la *legítima* del seductor, y eso que yo le decía: «Anda y dale un escándalo monumental; ponte un día á la puerta de su casa con la niña en brazos y ármale un jaleo que se oiga en todo el barrio.» Sí... buena era Matilde para promover broncas... ¡Tan tímida! ¡Tan para poco!

—¿Y luego?—interrumpió Dorjales.

—Luego, viendo la muchacha que su amante se hacía el sueco y perdida toda esperanza de

que aquel tigre la ayudara con alguna migaja, se fué á Barcelona, donde unas buenas almas le dieron colocación en una tienda de modas, y allí, con su jornal y su habilidad para hacer sombreros, porque eso sí, tenía unas manos de ángel, educó á su hija, que sacó unas disposiciones extraordinarias para la música y esa voz celestial que usted conoce.

—¿Y después?

—¡Después! ¡Ay, señor conde! ¡qué verdadero es aquel refrán que dice: «Bien vengas, mal, si vienes solo.» Después la pobre Matilde, harta de sufrir y de llorar, enfermó del corazón y Dios dispuso de ella, y sin duda se la llevó al cielo vestida y calzada, porque mujer más buena... créalo usted, señor conde... era como pan bendito. Aun la recuerdo y, mire usted, se me saltan las lágrimas—y aquí doña Andrea hizo unos cuantos pucheros.

—¿Y Adriana?

—Adriana—continuó doña Andrea—se vió sola en el mundo, pues ni sabía el nombre del bribón que le dió el ser, que mi infeliz amiga siempre ocultó á su hija, no comprendo por qué escrúpulos ridículos. Pero Dios, que nunca abandona á los buenos, deparó á la chiquilla un protector inesperado, y fué su mismo maestro de canto, el cual se llevó á la muchacha á su

casa, la perfeccionó en el arte, y mediante un contrato que hizo con ella para quedarse con lo que Adriana produjera, hasta completar una crecida cantidad, la lanzó por los teatros de Italia, y á los tres ó cuatro años la cantante que empezó portento era maravilla.

—Y usted, ¿cuándo se unió á Adriana?—preguntó el conde.

—También fué obra de Dios misericordioso, señor conde. Verá usted. Meses antes de morir mi buena amiga Matilde, recibí una carta suya haciéndome unos encargos. Al momento la contesté, y al par que satisfacía sus deseos, le pintaba mi situación, que era de perros. Figúrese usted que mi esposo se fué al otro barrio y se llevó la llave de la alacena. ¡Los apuros que yo soporté! ¡Las hambres que yo sufrí! Esperaba que Matilde, compadecida de mi triste suerte, me tendiese un cable salvador, si podía, por supuesto; pero inútilmente aguardé, hasta que pasados bastantes años, que de milagro viví, un día me entregó el cartero una carta que había estado persiguiéndome de casa en casa—¡mudé tantas!—hasta que dió conmigo. Era de Adriana, que me escribía desde Bolonia. Entre los papeles de su madre halló mi carta, aquella en que yo solicitaba su protección, y como la muchacha conocía mi cariño á Matilde y sabía

por la misma cómo soy yo de formal y seria, me preguntaba si tendría inconveniente en acompañarla, le respondí que con mil amores, me envió dinero para el viaje y corrí en su busca, sirviéndole de madre desde entonces:

—¡Y ha tenido usted la suerte de presenciar sus triunfos!

—Y también sus penas, señor conde.

—¿Sus penas?—interrogó Dorjales.

—Sí, señor, sus penas. Porque habrá usted de saber que el maestro de Adriana, que á todas partes nos acompañaba para que no se le escapase un céntimo de lo que la muchacha ganaba, que era mucho, dió en perseguirla de muerte con proposiciones infames. Ni qué decir tiene que ella las rechazó, porque no le tira el diablo por ese camino, no, señor, que ella es honrada á carta cabal; pero ¡vamos! ¡Si yo le contara á usted al por menor los gatuperios que el muy indecente armaba para satisfacer sus lujurias! Unas veces por buenas, otras por malas... ¡Ya se ponía de rodillas delante de ella y rompía á llorar! ¡Ya la amenazaba con matarla! Por eso justamente me llamó. Porque una noche, el muy libertino, entró en el cuarto que Adriana ocupaba en el hotel, cerró la puerta con llave, y lo que allí sucedió no es para contado! ¡Como que si no acuden las gentes á los

gritos de la chica, Dios sabe!... Por supuesto, en cuanto yo llegué me pegué á sus faldas y ni para dormir la dejé sola. ¡No faltaba más!

—¿Y por qué no se separaron ustedes de aquel canalla?—interrogó Dorjales con tono iracundo.

—Porque tenía mucho metimiento con todas las empresas y Adriana temió quedarse sin contratas; y como además era muy intrigante, hubiera podido, para vengarse, prepararnos un pateo en mitad de la función, y ¡figúrese usted!

—Pero ello acabaría de algún modo—insistió el conde impaciente.

—Verá usted. Estábamos en Génova y llevábamos un mes sin que nuestro hombre nos importunase, cuando hete aquí que una tarde, al venir del ensayo, coge á Adriana por su cuenta—yo había salido un momento para hacer unas compras—y le dice que si no se presta á sus inicuos deseos inmediatamente, finge que le hemos robado una cartera donde guardaba su dinero, da parte á la policía y nos meten en la cárcel. Adriana entonces se asusta, porque el tío era capaz de todo, y le pide un plazo de veinticuatro horas para decidirse. Llego yo, me cuenta el trance y, ante semejante peligro, tomamos un coche, nos vamos á ver al cónsul de España, le decimos nuestra cuita,

y este señor nos salva poniéndonos bajo su amparo y logrando que el viejo verde nos dejase en paz, sopena de sentarle la mano y las costuras. Eso sí, mediante la entrega, como finiquito de cuentas, de treinta mil francos, que el empresario del teatro, amigo del cónsul, nos anticipó.

—¿Y luego?

—¡Luego! Pues luego tuvimos que soportar toda la temporada los avances del empresario, que se enamoró de la niña por todo lo fino, hasta que se terminó la contrata y salimos escapadas para Covent-Garden, cansadas del amor tremendo y del amor sensible.

Aquí doña Andrea hizo punto, y Dorjales permaneció un instante silencioso.

—¿No hay nada más que contarme?—preguntó.

—Nada más—repuso doña Andrea.

—¿Ha tenido Adriana amores formales?

—Ni formales ni informales. Adriana no piensa más que en su arte y en su gloria.

—Está bien—dijo el conde.—Ya sé cuánto quería saber. Quedamos en que Adriana ignorará esta entrevista.

—La ignorará siempre que el señor conde me prometa que no lleva malas intenciones respecto á la niña.

—Ya se lo dije cuando solicité una conferencia, y lo repito ahora—interrumpió Dorjales;—de mí no ha de esperar Adriana nada malo.

—¡Ay, señor conde—exclamó doña Andrea. —¡Qué falta nos hace un hombre, siquiera por la sombra que da! La niña gana, sí, gana mucho. Hará una fortuna si no sobreviene un catarro, pero ¡la vida de teatro! ¡Hoy que el tenor! ¡Mañana que el bajo! ¡Y los chismes de las compañeras! ¡Y ellos tan ordinarios! ¡Y ellas la que no cojea, renquea! ¡Cuánto mejor es un marido! ¿verdad?

—Bueno, bueno, señora—atajó Dorjales levantándose y poniendo en la mano de doña Andrea un billete de cien pesetas.

—¡Ay, señor conde! No me parece delicado que...

Pero al fin tomó doña Andrea el papelito que le alargaba Dorjales al par que suavemente la conducía á la puerta.

*
* *

Casi al mismo tiempo que doña Andrea le contaba al conde de Dorjales la historia de Adriana, ésta hallábase en su casa frente á un individuo cuyo aspecto y cierta afectada finura, entre merced y señoría, revelaban á un funcio-

nario ni tan bajo que se confundiese con un agente de policía menor, ni tan alto que pudiese pasar por personaje.

—En este papel va la relación que usted desea—dijo alargando á la actriz un sobre.

—Mucho se lo agradezco á usted—repuso Adriana tomando el pliego cerrado y dirigiendo á su interlocutor una amable sonrisa.

—Á mí no—añadió aquél.—Agradézcaselo á mi jefe, que para complacer á usted lo ha redactado según lo que él sabía del tal sujeto y las noticias que yo le facilité.

—De todos modos—prosiguió la actriz,—muchas gracias.

—Puede usted dárselas personalmente á mi jefe, que mañana tendrá el honor de ponerse á sus pies.

Con esto hizo una reverencia, la joven le tendió la mano, que el funcionario tomó con la punta de los dedos, y salió acompañado de la doncella.

Todo fué uno, quedarse sola Adriana y abrir el pliego.

El cual, copiado á la letra, decía lo siguiente.

«Si la ley de herencia no fuera una verdad científica suficientemente demostrada y un hecho inconcuso que las protuberancias del

alma, en bien ó en mal, se transmiten entre individuos de una misma rama como los rasgos fisonómicos, el caso del conde de Dorjales no dejaría lugar á dudas, pudiendo asegurarse como principales y más salientes tendencias de esta noble cuanto desgraciada familia dos que la caracterizan por modo verdaderamente curioso, á saber: la pasión desenfrenada del juego y la predisposición al suicidio. Don Juan de Celanova, primer conde de Dorjales, perdió su fortuna en Holanda y un día amaneció muerto en el lecho: se dijo que viéndose sin blanca, puso fin á su existencia por medio de un activo veneno. Don Luis de Celanova, hijo del anterior y segundo conde de Dorjales, se casó con una rica heredera, cuyos inmensos bienes derrochó en los *tripots* de París, donde residía con su esposa por los años de 1840 al 48. Teniendo que pagar grandes deudas, propuso á la condesa la venta de las últimas fincas, y como ella no accediese se levantó la tapa de los sesos. De sus tres hermanos, don Pedro, don Sebastián y don Amadeo, el primero, marino, pereció ahogado: dijose que intencionalmente se arrojó al mar. El segundo, encontrándose reducido á la mayor miseria, se marchó á América con unos jugadores de oficio y no se supo más de él; supónese que acabó de mala mane-

ra. Y el tercero, don Amadeo, también algo tocado de la manía de los naipes, fué el único que murió cuando Dios quiso disponer de sus días. Hijo de don Luis de Celanova es don Andrés de Celanova y Cellosa, el actual conde, que nació hacia el año de 1841, siguió la carrera diplomática, y mediante sus buenas relaciones pronto pudo hallar colocación ventajosa en la embajada de España en Viena, donde adquirió fama entre la juventud dorada por su carácter atrevido y resuelto. Lances amorosos con varias damas principales, pues su casi constante ocupación consistía en cortejar mujeres, sin poner grandes escrúpulos en los medios para conquistarlas; dos ó tres duelos en los cuales demostró su serenidad y arrojo, y una aventura que se hizo pública con la esposa de su más íntimo amigo, á la que sedujo empleando reprobados engaños y malas artes, trajéronle una dura reprimenda del gobierno, que por buen componer le trasladó á París. En la capital de Francia continuó su vida licenciosa; pero como sus recursos eran escasos y sus gastos muchos, apeló al juego en los círculos aristocráticos, cuyo acceso tenía libre por su apellido y su título, y al poco tiempo se hizo temible por la suerte loca que le favoreció sin tasa y la pasmosa tranquilidad con que sabía

arriesgar sumas enormes. Por aquella época, y durante una expedición á Baden-Baden, el centro entonces del juego en Europa, creció su notoriedad por haber hecho saltar dos veces la banca, embolsándose más de quinientos mil francos, que á su vuelta á París derrochó con actrices y *cocottes* de fuste en sádicas orgías, de tanta resonancia, que le hicieron perder la carrera, pues el embajador pidió al ministerio de Estado, y obtuvo inmediatamente, su separación del cuerpo. La mudable fortuna entonces le volvió la espalda y dejó á deber á sus compañeros de juego fuertes sumas, que no pudo pagar, con cuyo motivo se le cerraron las puertas de círculos y casinos. Estas contrariedades agriaron su carácter pendenciero y provocador, y cuando sin fortuna para mantener su brillo y sin amigos que le ayudasen quizás pensaba en la nota culminante de su familia, como solución final de sus desventuras, la manía de perseguir mujeres le puso en contacto con una viuda rica que deseaba ser condesa, la cual se cerró á toda concesión amorosa como no fuera por delante la santa coyunda bendecida y sancionada por la ley y la Iglesia. Echó nuestro hombre sus cuentas, vió la conveniencia de dar un adiós á su vivir inseguro y se casó con la viudita, que pagó sus trampas y le devolvió

la honra, ya muy quebrantada y carcomida. Celebrada la ceremonia nupcial, abandonron á París los novios y estableciéronse en Madrid, no sin exigir la condesa al conde promesa y juramento de que no pondría los pies en ningún garito, por muy encopetado que fuese, ni tocaría más cartas que las que por el correo le llegasen. Prometió el hombre, y al pronto cumplió el compromiso, mas como á la condesa se le olvidó extender el juramento al tanto de las conquistas, continuó el conde sus aventuras galantes, no dejando en paz á ninguna honesta y sin parar mientes en los desafueros que cometía. Con estos pasatiempos eróticos y alguna escapada, á hurtadillas de la condesa, hacia el tapete verde, que de él tiraba con tirón irresistible, corrieron los años avejentadores del cuerpo, pero no las indicaciones de Dorjales, y durante ellos tuvo de su matrimonio con la francesa tres hijos varones, tan parecidos en genio y figura al que los engendró, que con presentar la cara y los hechos bastaba para darles por hijos legítimos de tal padre, sin que fuese menester documento bautismal ni fe de notario.

»¿Cómo educó el conde de Dorjales á sus descendientes? Pues imbuyéndoles primero la idea de que su nobleza y alta prosapia los

apartaba, por fueros de herencia, de todo lo que oliese á mezcolanza burguesa, obligándoles á despreciar lo que no tuviese cierto sabor de original despreocupación, y haciéndoles creer, por último, en la ley de su capricho, siempre que lo mantuviesen con arrestos varoniles y cifiesen sus actos á lo que estima justo y natural el que más puede.

»Con tales enseñanzas, que el ejemplo paterno abonaba y mantenía, no hay para qué decir cómo salieron los tres vástagos del conde, á despecho y malaventura de su madre, que en fuerza de penas, sinsabores y contrariedades por cuádruple partida, consumidoras de la paciencia, de la fortuna y de la salud, pasó en un periquete á la otra vida, por mala y apereada que fuese, mejor sin duda que esta que le daban los suyos.

»Ocurrió entonces un fenómeno singular en el alma del conde de Dorjales; y fué que aquel hombre, cuyas fibras sensitivas siempre estuvieron embotadas, que pasó por el mundo sin que ningún afecto le retuviese ni considerar si lo que atrás dejaba pudiera un día roerle y atenecearle la conciencia, puso toda clase de ternezas en el amor de sus hijos, aunque hoscas y rudas en la apariencia, muy firmes y sentidas por dentro, que tomaron la forma de un vehe-

mente deseo de no separarse de ellos, como si presintiera que el abandono de sus descendientes fuera el fin y acabamiento de su existencia.

»De poco le sirvió este anhelo de cariño, tan á deshora despertado. El mayor, por causa de excesos alcohólicos, contrajo una cruel dolencia que le redujo á la imbecilidad; el segundo se enamoró de una joven de lo más linajudo de Madrid—se calla su nombre por respetos á su familia,—y como los padres de la muchacha se opusieran enérgicamente á la boda en razón á los antecedentes del conde y á la conducta del mancebo, éste sentó plaza, marchóse á Cuba, haciéndose matar en el primer encuentro que tuvo con los guerrilleros de Maceo. En cuanto al tercero, abandonó la casa paterna en pos de una famosa acróbata, y actualmente debe hallarse en América, quizás empleado en la compañía que dirige el marido de la artista volatinera.

»Hoy por hoy, el conde de Dorjales, viejo, achacoso y consumido de espíritu y de cuerpo, pues no queda de él ni rastro de su proverbial fiereza ni huella de su antigua gallardía, vive á expensas de una pequeña renta vitalicia que la condesa constituyó á su favor, en previsión clarividente de lo que había de suceder; pasa

la mayor parte del día y de la noche jugándose en el club su misérrimo peculio, apenas habla con las gentes que le rodean y, según confidencias del criado que le sirve, en su inquieto y breve dormir llama á sus hijos con voz queda y sollozante, sobre todo á aquel que murió en Cuba, en el cual colocó su orgullo de padre y todas las delicadezas de su corazón, que súbitamente resurgió al amor, quizá como castigo de haber sido siempre duro y cruel. El mismo criado cuenta que hace poco tiempo, una mañana, escribió el conde una carta al juez de guardia diciéndole que á nadie se culpase de su muerte; carta que el referido sirviente vió abierta entre los papeles de la mesa del despacho cuando fué á arreglarlo; pero añade que Dorjales debió aplazar sus ideas suicidas ó quizás desterrarlas, porque aquella noche, al volver su amo de la ópera, también cosa inusitada, pues no gustaba de la música ni solía frecuentar ningún teatro, le encontró cambiado y casi alegre, y lo primero que hizo antes de acostarse fué buscar la misiva á la autoridad judicial y romperla en mil pedazos.

»Tales son á grandes rasgos las exactas noticias que se pueden dar de don Andrés de Cevallos y Cellosa, conde de Dorjales y vizconde de Alcorisa.»

—¡Uf! ¡qué asco!—dijo Adriana arrojando al suelo el papel.

*
* *

Daba vueltas don Andrés de Celanova al estuche que Adriana acababa de devolverle, con el recado verbal de que no admitía regalos más que de sus amigos, y al rostro le subía la amargura que tal desprecio le produjera. No era su amigo, no había sabido conquistar su afecto. Anduvo quizá torpe al enviarle aquella joya sin haber adquirido primero ese grado de intimidad y confianza que tolera regalos y obsequios sin herir ni alarmar la delicadeza de una mujer digna. Pero ¿sabía acaso Adriana el linaje de sentimientos que en él despertaba? ¿No habría achacado la joven á pecaminosas intenciones lo que no era sino la expresión de un cariño puro y desinteresado? ¿Y cómo iba á conocer la verdad si él, por causa de una timidez que tenía su legítima raíz en la propia conciencia, no se aventuró jamás á ponerle delante su sentir, y cuando más decidido y resuelto se hallaba á vaciar en palabras elocuentes y hasta conmovedoras todo el contenido de su alma, un miedo invencible le sellaba los labios? Él, tan atrevido y audaz con todas las hembras, ante las cuales no hubo escrúpulo que le ataja-

ra ni miramiento que le contuviese, ¿por qué razón en la presencia de aquella joven se le trababa la lengua y olvidaba las razones preparadas y casi de memoria aprendidas á fuerza de repetir las á solas en el rincón de su pensamiento?

Desalentando y confuso, apartó de sí Dorjales el estuche, y sentándose en un sillón puso los codos sobre sus rodillas, y con ambas manos oprimió su cabeza, donde bullían y chocaban extrañas ideas y negros pensamientos, que luego le bajaban al corazón, apretándose con fuerza desconsoladora, sólo dulcificada por la visión de aquella gentil mujer de suaves y esbeltos contornos, cuya áurea voz parecía decirle promesas de rescate para sus viejos pecados.

Urgía salir de aquella situación y hablar claro á la muchacha para que viese la verdad, ofreciéndosela como una revelación de esas que resarcen de las pasadas penas y hacen vivir nueva y más despejada vida. Precisaba salvar la valla, porque así no podía continuar. Antes mejor romper las míseras ligaduras que le sujetaban débiles á este mundo, ya para él muerto, si no encontraba un lazo dulce, benévolo, amante, que llenase el anhelo de cariño y ternura que sus hijos no quisieron darle, y que él

sentía con ansia creciente. Y como si el refugiarse en un nuevo y muy rico afecto significase el adiós postrero á aquellos seres desdichados que amargaron sus días y que le hicieron cambiar su corazón de egoísta y duro en generoso y efusivo, por un milagro providencial que aun no se explicaba, pensaba en ellos, complaciéndose en la tortura del recuerdo.

Fué el conde repasando en su memoria todos los detalles que se relacionaban con sus hijos, los excesos del primogénito, tolerados por él cuando comenzaron é impotente luego y sin autoridad para reprimírseles; las luchas sostenidas con la familia de aquella mujer por la cual el segundo perdió la vida; las humillaciones del último, convirtiéndose en criado de la acróbata para mendigar una mirada de amor, y luego, trasponiendo aquellas remembranzas, presentábansele como en un cinematógrafo sus aventuras pasadas, las perfidias cometidas para seducir mujeres, la fortuna neciamente disipada sólo por darse lustre y hacer de persona, y luego, en las lejanías de su mente, veía una encantadora criatura de cuyo candor abusó con la falaz promesa de darle su nombre, y recordaba el hogar modesto que aquélla inundaba de luz y de alegría, y después su angustiosa confianza, y luego... le daba tremendo salto el

corazón, porque se le aparecía el inicuo abandono en que dejó á la infeliz mujer, la única que quizá le amó de veras, y al ser que sin la menor sombra de duda era sangre de su sangre. Después los misteriosos hilos que atan la memoria se le aparecían, y pasaba el tiempo, y de repente surgía la figura de Adriana como una aparición celestial, trasunto fiel, imagen viva, exacta, igual á la desdichada á quien engañó villanamente, y bendecía la casualidad que le llevó una noche á oír á la célebre cantante, en cuyos ojos vió el destello de otros que acariciadores le miraron, y cuya voz, de armonioso encanto, le traía ráfagas de felicidad, murmullos de amor de esos que prenden en el alma, y que ella evoca como suave compensación del amargo vivir.

No había que detenerse un instante, y después de las declaraciones de doña Andrea, menos aún. No más tarde que ahora mismo vería á Adriana, de rodillas pediríale perdón por la falta horrible que cometió con Matilde, y de seguro al saber Adriana que era hija del conde de Dorjales, no sólo otorgaría el perdón tan humildemente solicitado, sino que se sentiría orgullosa de que corriese por sus venas la sangre ilustre de cien héroes.

Y después, un adiós al teatro y á vivir

juntos, haciéndola olvidar, á fuerza de mimos y cuidados, los pasados dolores, y cuando ella viese y tocase los tesoros de amor que encerraba su alma, ¿no le había de querer un poco?...

.
.

Lo que pasó entre Adriana y Dorjales no se supo. Ello fué que, según los criados del hotel, el conde entró en las habitaciones de la famosa cantante y encerrado con ella permaneció más de media hora, y que luego, cuando doña Andrea volvió, tropezóse en la escalera con Dorjales—que la bajaba á escape, como si quisiera huir pronto de aquellos lugares,—y después encontró á Adriana tendida en el suelo, perdido el conocimiento y yerta.

Á los pocos dias la actriz rompió su contrato, y siempre acompañada de doña Andrea se marchó á América.

*
* *

Hallándose en Buenos Aires tuvo noticias, por un periódico español, del suicidio del conde de Dorjales, y la impresión que le produjo fué tal, y tan grande el desquiciamiento de sus nervios, que forzosamente hubo de suspender sus tareas artísticas y buscar en un absoluto reposo el equilibrio de su ser perturbado.

No llegaba, sin embargo, á encontrarle, á pesar de los esfuerzos de los médicos y de los cuidados que sus admiradores ponían para que recobrase la perdida salud, y con ella aquellas extraordinarias facultades que eran pasmo y encanto de cuantos la escuchaban.

Mientras la gente la rodeaba parecía su espíritu sereno, pero á solas sumiase en hondas reflexiones deprimentes de sus fuerzas, y cuando hablaba con doña Andrea, única persona en quien depositaba su confianza, llamábase parricida y decíase causante del suicidio del conde. Luego le cogió la manía de que ella también, para seguir la tradición de su raza, acabaría irremisiblemente por quitarse la vida, y esta pertinaz obsesión de la idea fija que se agarra al cerebro y no le suelta, la hacía desconfiar de su propia firmeza en reducir la indómita voluntad, como si un día el arrebató que pone en la sien el cañón de un revólver ó mueve á arrojarse al abismo fuese obra de un impulso inconsciente, tremendo, misterioso, imposible de remedio en lo humano.

*
* *

—¡Lástima de mujer!—decía Mañara que, juntamente con algunos de los antiguos ado-

radores de Adriana formaban corro en un ángulo de la terraza del Gran Casino de San Sebastián.

—Pero ¿es cierto que se ha retirado del teatro?—interrogó Tomellar.

—Se ha retirado del teatro y se halla en un manicomio. Lo sé de buena tinta—contestó Santigosa, el revistero de toros, tan perito en cosas de música.

—¡Qué astro de primera magnitud se pierde el arte!—murmuró el magistrado, autor del tratado sobre *La potencia vibrátil del arpeggio ascendente*.

—Y ¿se sabe la causa de su mal?—preguntó don Epifanio Pitre.

—Se ignora—respondió Santigosa.

—Quizás amores contrariados—insinuó don Pascasio Coslada, el inspirado maestro que puso en música wagneriana las coplas de Calainos.

—¡Quite usted, hombre! Si Adriana era fría como el mármol é incapaz de enamorarse por nada. Si no tenía ni tanto así de corazón—interrumpió Mañara.

—Pero era una gran mujer—dijo Tomellar.

—Una delicia—añadió Pitre.

—Una superhembra que escandecía el alma y removía todas las fibras corpóreas del individuo—concluyó Santigosa.

—¡Esa es la fija!—exclamó Fernando Fuertes.

Y como en aquel momento sonasen los primeros acordes del concierto, se disolvió la reunión.

EL QUE Á HIERRO MATA...

(NOVELA DIALOGADA)

EL QUE Á HIERRO MATA...

(NOVELA DIALOGADA)

PERSONAJES

DON GERMAN.	45 años
DON FERMIN.	57 »
SILVINA (mujer de don Germán).	28 »
LUCRECIA (mujer de don Fermín).	25 »

I

En casa de DON GERMAN

(Salón artísticamente amueblado, donde se ven cuadros de los más famosos pintores antiguos y modernos. Porcelanas de gran precio. Bronces italianos. Una Venus de Milo sobre pedestal de mármol negro. Dos armaduras milanesas, como guardando la puerta que da al comedor. Tapices de Goya en las paredes. Sillones de varias clases y otros mil objetos suntuarios que revelan tanto el buen gusto como la riqueza de DON GERMAN, el dueño de la casa. Éste y su íntimo amigo DON FERMIN hállanse saboreando cada cual su aromático cigarro, después del succulento almuerzo que el primero ha ofrecido al segundo.)

DON FERMIN.—La verdad es que da pena ver estos salones desiertos de aquella alegría que todo lo animaba.

DON GERMAN.—¡Ay, querido Fermín! ¡Que si da pena! Cuando entro en esta casa mía, que he procurado adornar

con todos los refinamientos de lujo y riqueza de que tanto *ella* gustaba y me contemplo solo, me acomete tal pasión de lágrimas y gimoteo, que no suelto la espita, créame usted, por no llamarme mandria y hombre de mantequilla.

DON FERMIN.—Lo comprendo, querido Germán. Me ha enseñado usted el hotel de punta á cabo, y no me canso de aplaudir el gusto exquisito con que ha sabido usted decorarlo. Todas las habitaciones, la biblioteca, el saloncito Enrique III, el patio árabe, la piscina oriental, el salón de baile, el comedor... deliciosos. Me han producido un efecto de verdadera admiración; pero al entrar en el *boudoir*, y sobre todo en la regia estancia que servía de alcoba á Silvina, me ha invadido una angustia...

DON GERMAN.—Pues si usted ha sufrido esa invasión, ¿qué no me invadirá á mí, el dueño y señor de Silvina?... Mire usted, querido Fermín (*en tono confidencial*): muchas veces, sin que lo noten los criados, me cuelo en esa regia estancia—como usted la llama,—me siento junto al lecho donde dormía mi mujer...

DON FERMIN.—Donde dormían ustedes, porque la cama es de lo más espacioso que en clase de camas se fabrica. ¡Una plaza de toros!

DON GERMAN.—Le diré á usted. Mi cuerpo nunca ha reposado en sueño nocturno junto al de Silvina en ese magnífico lecho.

DON FERMIN.—Es decir que Silvina...

DON GERMAN.—Á Silvina le agradaba dormir sin compañía, y yo puse mi dormitorio no lejos de ella.

DON FERMIN.—Mal hecho, querido Germán, mal hecho. En estas cosas yo estoy por la antigua española; cuando se decía «*mi olla, mi misa y mi doña Luisa*». Esas separaciones son diabluras importadas del extranjero. Así se desligan los cuerpos, y como se desligan los cuerpos se desligan también las almas.

DON GERMAN.—Pues usted cayó en el mismo error.

DON FERMIN.—Por eso soy viejo en la materia, porque

caí en el mismo error y perdí desde entonces una gran parte de mi prestigio.

DON GERMAN.—De modo que si Lucrecia volviera al redil...

DON FERMIN.—(*También confidencial y después de dirigir una mirada en torno suyo, como si temiera que alguien le escuchase.*) No me lo diga usted, que se me hace la boca agua. Yo pondría á Lucrecia mis condiciones, por supuesto...

DON GERMAN.—Y con esas condiciones, ¿cree usted que volvería?

DON FERMIN.—Si yo instase mucho...

DON GERMAN.—(*Con tono muy triste.*) En cambio Silvina dice que no vuelve.

DON FERMIN.—¿Fué la ofendida?

DON GERMAN.—Hombre, dado su carácter, no debió serlo; dados los preliminares de nuestra boda, lo fué.

DON FERMIN.—¿Y no le entra á usted miedo de que Silvina sola, en la fuerza de la vida, llena de atractivos y de encantos y rodeada de los mil galanteadores que la pondrán sitio, y que allí como aquí son pelmazos, insistentes, capigorriones, que no dejan la ida por la venida hasta que...

DON GERMAN.—No me hable usted de eso, porque tiemblo de rabia. ¡Brrrrr! ¿No ve usted cómo tiemblo?

DON FERMIN.—Igual fenómeno me acomete, cual si hubiera nacido en Tembleque, cuando pienso que mi Lucrecia...

DON GERMAN.—¡Lagarto, lagarto! Esperemos que eso no nos sucederá, y mientras tanto consuéllese contándome cómo fué ello.

DON FERMIN.—Y después usted...

DON GERMAN.—Sí, señor. Luego yo en su presencia abriré mi pecho. Para eso nos hemos reunido en fraternal banquete; para llorar nuestras mutuas desdichas en el noble seno de un buen amigo y mejor consejero.

DON FERMIN.—¡Ay, Germán!

DON GERMAN.—¡Ay, Fermín!

DON FERMIN.—(*Después de secarse una lágrima rebelde.*) He aquí mi historia... Conoci á Lucrecia al pasar de niña á mujer, en esa edad deliciosa en que se abre el capullo y exhala un aroma primaveral que sólo saben apreciar los hombres maduros. Yo lo era y aspiré con indecible deleite la susodicha fragancia, pero me contuve en la aspiración porque la diferencia de edad entre Lucrecia y yo me daba miedo. Como era amigo íntimo de los padres de la niña, dos excelentes personas, él general de la reserva y ella una mujer muy concedora de la vida...

DON GERMAN.—¿También en la reserva?

DON FERMIN.—En los cuarenta de sus años. La trato desde que tenía veintitrés ó veinticuatro. Muy agradable y muy honrada. Jamás dió nada que decir.

DON GERMAN.—Un antecedente muy de tener en cuenta, y que los hombres suelen descuidar cuando piensan tomar estado. Como hay un Registro civil, debiera fundarse, por ley hecha en Cortes, un Registro especial, donde se anotara la genealogía femenina en punto á buena conducta, y así se evitarían no pocos chascos.

DON FERMIN.—Como le iba contando, mi amistad con el general y la generala me permitió no perder de vista á aquella apreciable familia, mirando siempre con ojos voraces, aunque disimulados, á la chiquilla, cuya evolución de noviazgos y amorios seguí con el interés que usted puede imaginarse, dado que mis deseos se iban tras ella, y me hacía la ilusión de que estando á la espera (como quien pesca con mazo), quizás en un momento favorable podría...

DON GERMAN.—Podría usted aprovechar un descuido. ¡Las antiguas mañas!

DON FERMIN.—Nada pecaminoso ni por fuera de la más sana moral. Derechito á la calle de la Pasa...

DON GERMAN.—Eso sí que no pasa, querido Fermín.

Usted gozó de muy merecida reputación de conquistador allá en sus verdes tiempos...

DON FERMIN.—Como usted, que no se quedó corto en su amor al sexo bonito.

DON GERMAN.—Pero yo nunca traté de pescar con mazo niñas inocentes. Siempre preferí caminos trillados para evitarme enredos.

DON FERMIN.—Le juro á usted por los manes de mis antepasados que mis ideas con respecto á Lucrecia fueron las de un niño recién nacido.

DON GERMAN.—En este punto de codiciar mujeres no me fio ni de los niños recién nacidos.

DON FERMIN.—Tuve la codicia honrada mediante la santa coyunda; pero Lucrecia hacía tanto caso de mi persona como del sultán de Marruecos, quizá porque mi edad, comparada con la suya, y mis patillas algo canosas, no movían sus jugos pasionales de la propia manera que la rizada barba del primer pelafustán recién salido del cascarón y con la leche en los labios, como quien dice.

DON GERMAN.—¿Qué quiere usted! ¡Las mujeres, suelen tener gustos muy estragados!

DON FERMIN.—Permanecí, pues, á honesta distancia de Lucrecia, nó sin mostrar al general y á la generala, con oportunidad, mis medios productivos en regalos, convites y otras ventajillas para hacerme agradable y hasta necesario.

DON GERMAN.—¿Sin interiorizarse con Lucrecia?

DON FERMIN.—Sin enseñar la oreja de mis intenciones ni soltar el más leve requiebro. Solicitud casi paternal provocadora de confianzas, y nada más.

DON GERMAN.—Táctica discreta.

DON FERMIN.—Gracias á ella logré ser la persona de confianza de aquel adorable trio, que antes hubiera prescindido del viaje veraniego á San Sebastián que de la visita cotidiana de este servidor. ¿Que el general se veía en un apuro por causa de esquivar de la suerte en la sala del

treinta y cuarenta del Casino? Allí estaba yo con mi desatada bolsa. ¿Que la generala tenía un antojillo de esos que se pueden aceptar del amigo íntimo sin desdoro ni rubor? Allí mi diligente cuidado. ¿Que Lucrecia deseaba que un hombre formal y serio presentase en la casa á Fulanito, con el cual andaba en tratos amorosos? Allí mi respetable empaque y probada sensatez sirviendo el capricho de la joven...

DON GERMAN.—¿Eso más? ¡Es usted más valiente que Bernardo del Carpio!

DON FERMIN.—Con su peso y medida, porque luego me componía, con hábiles maniobras y bien colocadas reticencias y hasta supercherías provechosas, para desacreditar al pretendiente, de suerte que la muchacha regañara con él y le plantase en la calle.

DON GERMAN.—Y así diplomáticamente fué usted eliminando y ahuyentando los adoradores de Lucrecia. ¡Buen capote!

DON FERMIN.—Á la par de este teje maneje de eliminación, tuve que hacer otro de no menos dificultad.

DON GERMAN.—¿El de *atraerse* á la generala?

DON FERMIN.—Hombre, no. No sea usted mal pensado. Hemos convenido en que la generala, mi señora suegra, es honrada á macha martillo. No. Empecé la difícil tarea de limpiarme la fama.

DON GERMAN.—La mala fama, querrá usted decir.

DON FERMIN.—Bueno. Mi mala fama. El general y la generala conocían mis *antecedentes penales*...

DON GERMAN.—Como todo Madrid.

DON FERMIN.—¡Claro! No he pecado dentro de una tinaja.

DON GERMAN.—Mire usted; hubiera sido un pecado original, aunque algo incómodo.

DON FERMIN.—Sabían mi historia, y sobre todo mis relaciones tan públicas como borrascosas con Paca Fineza, la hija de don Gonzalo González-Fineza y esposa legítima de Polito, nuestro amigo.

DON GERMAN.—¡Hermosa hembra! ¡Siempre le envidié á usted!

DON FERMIN.—Á las antecesoras de Paca no me costó trabajo soltarlas, pero á ésta... le digo á usted que... nada, que me cogió á mantenido y no había medio de despedirla. Lágrimas, soponcios, persecuciones en el Casino y en la mitad de la vía pública... un verdadero bloqueo. ¡Como que tuve que recurrir al marido!

DON GERMAN.—¡Cogollos! ¿Á Polito?

DON FERMIN.—Sí, señor, á Polito.

DON GERMAN.—¿Y cómo?

DON FERMIN.—Muy fácil. Polito no tenía celos de mí...

DON GERMAN.—Es lo natural.

DON FERMIN.—...Y los experimentaba furiosos de Rodrigo Cascante, que hacía la corte á Paca y no la dejaba á sol ni á sombra. Pues me ingenié de manera que un *beau jour* Polito sorprendió á Paca y á Cascante en amistoso é inocentísimo coloquio, y el hombre, tomando el rábano por las hojas, montó en cólera y rodeó á su mujer de tales precauciones y vigilancias, que ya no le fué posible salir sola ni á rezar las cuarenta horas.

DON GERMAN.—Con una bien aprovechada le hubiera bastado.

DON FERMIN.—Paca conoció el ardid y me tomó un odio mortal.

DON GERMAN.—No estuvo usted torpe, pero no me niegue que sintió la ruptura.

DON FERMIN.—Era preciso romper, querido Germán. No me dejaba vivir... Intervenía todas mis acciones... ya estaba yo hasta la coronilla, y Lucrecia tiraba de mí con fuerza irresistible...

DON GERMAN.—¡Buen trozo de mujer Paca Fineza! ¡De lo más apetitoso que por aquella época andaba por Madrid! ¡Daba la hora!

DON FERMIN.—Y yo las medias, los cuartos y los minutos...

DON GERMAN.—¡Y qué elegante! Tenía un vestir modelo de exquisitez!

DON FERMIN.—Y un desnudar de primera.

DON GERMAN.—Polito se encargaba de detallar á los amigos las gracias ocultas de su señora.

DON FERMIN.—El rey Candaule.

DON GERMAN.—De quien sigue usted siendo el amigo más cordial.

DON FERMIN.—Somos dos hermanos.

DON GERMAN.—¿Y no le roe á usted la conciencia ese *parentesco*?

DON FERMIN.—La conciencia es un roedor que se gasta los dientes con el uso. Al principio duele la dentellada y luego sólo cosquillea. ¿Le remuerde á usted la señora conciencia al continuar con la amistad del barón?

DON GERMAN.—Me escoció mucho.

DON FERMIN.—Á mí también la de Polito; así que cuando me vi libre de Paca salté de puro gozo, tanto por el escozor como porque ya á los ojos del general y de la generala quedó mi fama pura y limpia.

DON GERMAN.—¿Y á los de Lucrecia?

DON FERMIN.—Lucrecia hallábase entonces metida en el amor más acendrado y hondo con un capitán de caballería que ha sido mi sombra negra.

DON GERMAN.—Nada menos que de caballería.

DON FERMIN.—De todas las armas juntas, á juzgar por el destrozo que hizo en el virgen corazón de Lucrecia, y generalísimo en el arte de rendir voluntades femeninas. ¡Un verdadero fenómeno! ¡Don Juan Tenorio, á su lado, un tímido cervatillo! Con unos bigotes herizados por todo lo alto, que si los llega á ver el kaiser se muere de envidia, y un andar contoneante que dejaba rastro de garbo y salero.

DON GERMAN.—¡Adversario formidable!

DON FERMIN.—¡Hágase usted cargo! Él, bigotudo en negro azabache; yo, *grisonante*; él, derecho como un huso

y con talle de avispa; yo, un poco abovedado de espalda y algo ventripotente; él, con licencia de Dios para soltar todo género de sandeces á la oreja de la celestial criatura; yo, forzado á callarme el cúmulo de frases elocuentes, conmovedoras, que se me venían á la punta de la lengua en cuanto me veía junto á Lucrecia y me subía al sentido el delicado perfume virginal de que antes le hablé... En estas condiciones, no había lucha posible... Siempre con la improbable tarea de devanarme los sesos, que parecían madeja inacabable, para hallar algún procedimiento que diese al traste con el capitán. Era el tal hombre mi constante pesadilla, y hasta en sueños se me aparecía á caballo, empuñando el desnudo sable y pronto á tirarme un tajo descomunal con que se concluyesen mis ansias por Lucrecia.

DON GERMAN.—¿Y cómo diablos se deshizo usted de aquel rayo de la guerra, doblador de corazones primerizos?

DON FERMIN.—Verá usted. Maquiavelismo fino. Supe, por medio de mis sabuesos policíacos, que el capitán había tenido tres ó cuatro años amores con cierta daifa muy conocida entre la gente jaranera, y que de tales amores resultó fruto de bendición, y supe también que la mencionada habíase olvidado del bigotudo capitán en brazos de otro amator, por donde mi rival estaba loco de contento sin la *tabarra* de la madre con el rorro por delante. Dueño de estos importantísimos secretos me puse al habla con la tal, y por obra de moneda acordamos un proyecto de infalible resultado. Y fué que un día, estando el capitán en casa de mis amigos—era novio oficial y le autorizaban para charlar con Lucrecia todas las tardes, de seis á ocho, y por la noche, cuando la familia no iba á algún teatro,—se presenta Consuelo (nombre de la daifa) con el chiquitín de la mano, pregunta por el cruel bigotudo, sale éste á la puerta sin sospechar el lazo, y se arma el escándalo número uno con aquello de: «eres un infame; me tienes abandonada con este pobrecito ángel, que es hijo de mis entrañas y de las tuyas», y otras lindezas por el estilo, á que hacía coro el

pequeño llorando á moco y baba y pidiendo padre como se pide pan...

DON GERMAN.—Estoy viendo la escena dramática.

DON FERMIN.—El capitán quiso tapar la boca á la imprudente charlatana y la echó mano al gañote con fieras intenciones; pero un señor que subía la escalera se interpuso y le llamó bruto, y aparecieron los vecinos, y salió el general... y á Lucrecia le dió una convulsión, y durante cuatro horas no recobró sus cabales.

DON GERMAN.—Y con los cabales el novio.

DON FERMIN.—Ca, hombre, ca. El general, además de padre, era superior jerárquico, y no sólo despidió al inferior, sino que consiguió del ministro de la Guerra (ayudado por mí, bajo mano) que le trasladasen á la guarnición de Canarias. Por poco hace que le encierran en un castillo...

DON GERMAN.—Calculo que la pobre Lucrecia...

DON FERMIN.—La pobre Lucrecia padeció una *capitanitis* aguda que la tuvo en cama quince días y convaleciente tres meses. Aquellos bigotes se le habían enredado en el alma, y de ella no se marchaban ni á diez tirones. La infeliz se quedó en los huesos... ¡Pero qué huesos tan bonitos! Lucrecia, con su natural esbeltez, su carita muy pálida, los ojos más grandes por causa de la demacración del rostro y el aire de niña herida de mal de amores, que es una enfermedad tan interesante y tan justificativa de actitudes languidecientes, le digo á usted, querido Germán, que estaba para comérsela, empezando por la punta de sus pies diminutos y acabando por los negros cabellos que coronan la frente más pura y tersa de cuantas frentes existen en este bajo mundo.

DON GERMAN.—¡Qué chillado está usted todavía!

DON FERMIN.—¡Todavía! ¡Ahora y siempre! ¿Usted cree que andan muchas mujeres por ahí que se puedan comparar con Lucrecia?

DON GERMAN.—Silvina.

DON FERMIN.—Sí. Declaro que Silvina, en otro tipo, en cuanto á belleza y distinción, pone el mingo donde quiera que se presente.

DON GERMAN.—Convengamos en que nuestras señoras son dos primores, y continúe usted su relato.

DON FERMIN.—Poco tengo ya que contar. Cuando se convenció Lucrecia de que aquello no podía componerse, se fué lentamente tranquilizando, á cuya empresa coadyuvé ofreciendo á la muchacha y á sus distinguidos padres variadas distracciones, como un viaje á París, de allí excursión á Suiza y luego parada de dos meses en mi quinta de Rocamadura, donde eché la casa por la ventana con el fin de que mi bella recobrase la alegría y esos colores que las propias rosas envidian. Y una hermosa tarde aproveché el agradecimiento del general para insinuarle mi atrevido pensamiento. Él se lo comunicó á la generala, ésta á su hija...

DON GERMAN.—Y los cuatro bailaron ustedes una zarabanda en señal de regocijo. ¿No fué así?

DON FERMIN.—No, señor. Ni siquiera una modesta mat-chicha. Á Lucrecia le costó gran trabajo tragar la pildora de su unión conmigo *ad perpetuam*. Sin duda recordaba las arrogancias del capitán, prometedoras de repetidas venturas, y al establecer en su mente un paralelo entre aquéllas y mi humilde escaparate, salía yo perdidoso. Pero como en esta clase de asuntos no es posible dar señal en prenda, tuve que suplir con mi asiduidad postulante lo que me faltaba de fachenda exhibente.

DON GERMAN.—Y como pobre porfiado saca mendrugo...

DON FERMIN.—Porfiado sí, pero pobre no, porque des-arrollé ante la consideración de aquella simpática familia la risueña perspectiva de mis tierras, dehesas, bosques, prados, títulos estampillados, casas y caseríos, y *epatados* con semejante procesión de riquezas, se sometieron á mi voluntad, se convino la boda y al fin —¡oh delicioso instante!—pude verter sobre la cándida niña todo el torrente de mi desmedida pasión.

DON GERMAN.—¡Qué inhumanidad! ¡Se ahogaría la pobre muchacha!

DON FERMIN.—No, señor. Salimos ambos limpios de polvo y paja á la verde orilla del país de lo tierno, y arreglamos nuestro futuro enlace con la condición, que yo suscribí gustoso, de que había de tener en Lucrecia una confianza absoluta y ciega fe, mediante la cual ella entrase y saliese sin recelos maritales ni sospechas de infidelidad de mayor monta.

DON GERMAN.—Condición á que ha faltado usted, como yo he faltado á la que me impuso Silvina, pues en esto de las condiciones imperativas parece que nuestras dos mujeres se dieron de ojo.

DON FERMIN.—Pero ¿qué quería usted que hiciese?... Yo cumplí la condición... hasta donde me fué posible.

DON GERMAN.—¿No se acusa usted de haber sido chinchorrero?

DON FERMIN.—Hombre, si por chinchorrero entiende usted acompañar siempre á mi mujer, salir de casa muy poco con el fin agradable de pasar muchas horas junto á ella, escoger la sociedad más conveniente á su buena reputación, inquirir los pasos que daba y los sitios á que acudía sin mi presencia, seleccionar sus amistades masculinas para quitar ocasiones peligrosas, censurar con suavidad cualquier acto que yo creía dado á murmuración de este Madrid donde hay tanto desocupado maldiciente, poner coto discreto al zarandeo de los atrevidos caballeres que en los bailes me la traían y me la llevaban como palillo de barquillero y...

DON GERMAN.—Y moler, querido Fermín, porque ese sistema fué de molimiento cominero. ¡Claro! Lucrecia se hartó, y si además cuando se quedaban ustedes *tête à tête*, de vuelta de esos zarandeos enervantes, en vez de someterla inmediatamente á un tratamiento que distendiese sus nervios, que estarían de punta, le daba usted la gran *lata* con que si *aquel te tomó y estotro te dejó*, comprendo que la

muchacha pusiera toda su persona en el techo y recordase al bigotudo capitán de caballería.

DON FERMIN.—No me miente usted al capitán, que él ha sido la piedra angular de mis posteriores y actuales desventuras.

DON GERMAN.—¿Otra vez el capitán?

DON FERMIN.—Sí, señor; otra vez. Llevábamos Lucrecia y yo cinco años de casados, yo mirándome en sus ojos soñadores y ella...

DON GERMAN.—Ella soportándole á usted...

DON FERMIN.—Ella con alternativas de separaciones temporales y vueltas al debido afecto, y he aquí que una noche, en el baile que dió la marquesa de Cipérez, nos tropezamos de manos á boca con el famoso militar, que conducía á su esposa, una cubanita sumamente rica en muebles é inmuebles, emparentada con lo más finajudo y altisonante de Madrid, y por cuya opulencia y parentela hallábase mi hombre dentro del círculo de nuestras relaciones. Verle y caerseme los vuelillos del alma fué todo uno... ¿Creerá usted que tuvo la osadía, el muy pillo, de dirigir la palabra á mi esposa como si yo no viviese en este planeta?

DON GERMAN.—No veo en ello nada malo, querido Fermín.

DON FERMIN.—¡Caracoles!

DON GERMAN.—Si no pasó de una plática banal...

DON FERMIN.—Banal ó *imbanal*, así que Lucrecia y yo nos encontramos solos le dirigí una prudente admonición para que no se repitiera el caso.

DON GERMAN.—Y ella entonces...

DON FERMIN.—Ella me llamó tirano de Padua, díjome que su vida era imposible, vertió un río de lágrimas y acabó por encerrarse en su cuarto con llave, prohibiéndome la entrada en quince días, que tal era el finiquito y remate de nuestras diferencias.

DON GERMAN.—Pero usted al fin la haría entrar en razón, con argumentos propios para que comprendiese los

respetos que se le deben al marido, logrando que levantara el entredicho y disminuyese la quincena.

DON FERMIN.—¡Que si quieres!... ¡De mal en peor!... El capitán se compuso de forma que él y su señora nos fueron presentados por el marqués de Cipérez, el ilustre prócer á quien yo no podía negar nada ni decirle que su protegido me daba cien puntapiés en la boca del estómago y los motivos de semejante impresión en esta parte de mi individuo, y me vi obligado á recibir en mi casa al bigotudo y á su mitad, que tomó á Lucrecia un cariño tan empalagoso como intempestivo.

DON GERMAN.—Estaría usted sobre ascuas.

DON FERMIN.—Sobre un volcán con erupción perpetua, querido Germán, porque la dichosa pareja se coló en mi domicilio y se me pegó de modo tal, que no encontraba medio de sacudir el yugo. ¿Abonos en los teatros? el capitán y la capitana con Lucrecia y Fermín. ¿Excursiones veraneantes? la capitana y el capitán con Fermín y Lucrecia. ¿Soirées en casa del duque ó del conde? Fermín y Lucrecia con el capitán y la capitana... Finalmente, yo no podía más, y como los chismosos y las chismosas de esta heroica villa no dan paz á los malos pensamientos, por el hilo de los antiguos amoríos sacaban el ovillo de nefandas intimidaciones, con el ítem de mi tolerante beneplácito, que así suele juzgar el mundo al marido que si se calla no es que otorgue, sino que la sospecha no ha cristalizado en realidad.

DON GERMAN.—Y no cristalizó, por fortuna de usted...

DON FERMIN.—Hombre... creo que no llegó á cristalizar en adulterio, pero sí á inquietarme y á corromperme el buen comer y el tranquilo dormir, porque ya entraba el capitán en mi casa como Pedro por la suya, faltando sólo el canto de un duro para desalojarme de ella.

DON GERMAN.—Supongo que usted llamaría al orden á Lucrecia...

DON FERMIN.—La llamé á capitulo, la llamé la aten-

ción y la hice otras muy apremiantes llamadas, y ella se llamó Andana.

DON GERMAN.—¿Pues de qué le sirvió á usted la autoidad de marido?

DON FERMIN.—De adorno. Cada vez que teníamos un altercado por causa del capitán, Lucrecia pretendía vencerme de que yo era un marido cursi, chapado á la antigua y cerril; de que el capitán no traspasaba los límites de la más exquisita corrección, de que mis recelos la ponían en ridículo, y por contera de la pendencia el correlativo desmayo y la pérdida del conocimiento.

DON GERMAN.—Que recobraría en cuanto el capitán llegase.

DON FERMIN.—Que recobraba así que me veía pesaroso de la batalla y pronto á reblandecerme.

DON GERMAN.—Mazapán toledano, querido amigo.

DON FERMIN.—De mazapán era, pero vino una ocasión en que la tierna pasta se trocó en bronce.

DON GERMAN.—¿Quizá se fueron á mayores?

DON FERMIN.—Verá usted. Entré en mi casa cuando, de seguro, no me esperaban. La capitana hallábase, según me dijo una de las doncellas de mi mujer, en el piso principal del hotel descifrando con la maestra de música no sé qué sonata, y mi señora con el capitán en el bajo, encerrados en el salón Luis XV...

DON GERMAN.—¿Sonateando también ó resolviendo algún problema?

DON FERMIN.—Leyendo ella, en alta voz, un libro...

DON GERMAN.—¿Galeoto? Vamos; la escena de los dos famosos amantes, repetida hasta la saciedad por todos los que han hecho de un libro incentivo y resbaladero de...

DON FERMIN.—El libro era una novela de á real la entrega, de esas que se cuelan subrepticamente por debajo de la puerta, y cuya primera lámina suele representar algún cuadro terrorífico. Lucrecia, sentada, leía dando á su acento un tono sentimental muy cargante, y de pie el ca-

pitán se apoyaba en el respaldo del sillón que sustentaba á mi mujer, y por detrás seguía con la vista los renglones del libro, pero tan arrimado, que casi metía las narices y los bigotes en los sedosos cabellos de mi cara cónyuge.

DON GERMAN.—Y entonces usted se precipitaría y...

DON FERMIN.—No, señor. Me quedé al paño, oculto por un tapiz y con el ojo avizor...

DON GERMAN.—Mal sistema, amigo mío. El acecho suele proporcionar espectáculos muy desagradables. Lo más práctico en estos casos es precipitarse y tomar la delantera al galán, y así se queda uno con la tranquilidad de que no ha sucedido nada.

DON FERMIN.—Estaba haciendo coraje á la par que examinaba la extensión de mi desgracia; mas cuando oí la voz de Lucrecia que decía: «No temas, bien mío; le haremos ahorcar en Palermo», palabras con que la inocente *Elvira* sosegaba los temores de *Rigoberto* en la estúpida novela, ya me vi en Palermo ahorcado y entré á paso de carga en el salón Luis XV, con el ceño que usted puede comprender, que produjo en los presuntos delincuentes un efecto aplastante. Que luego Lucrecia y yo tuvimos una pelotera estupenda, monumental, morrocotuda, ya lo supondrá usted. Por primera vez, desde que cai en la trampa del matrimonio, mostré carácter y prometí á Lucrecia no dejarla salir sola ni á misa; y en cuanto al capitán y su consorte, se acabaron las amistades, á cuyo fin yo les haría un desaire público ó privado, según me viniera en gana, para que esta resolución mía tuviese debido efecto.

DON GERMAN.—Así me gusta. El marido debe tener los calzones bien puestos.

DON FERMIN.—Pero—y aquí entra lo triste, lo lamentable, lo que me partió el alma—al día siguiente me dice Lucrecia que ya no puede aguantarse más, que no quiere vivir conmigo y que se va con sus señores papás... Inútil fué rogarle, pedirle, casi ponerme de rodillas para que desistiera de sus propósitos. En mis patillas hizo los prepara-

tivos de viaje, y sin pedirme una peseta, con sus ahorrillos, tomó el billete, y á las seis menos cuarto se marchó á Barcelona, donde residen el general y la generala...

DON GERMAN.—¿Y aquellos calzones de que hablábamos? ¿Por qué se los quitó usted y se los prestó á Lucrecia?

DON FERMIN.—Al conocer sus designios, ya que mis ruegos no daban resultado, tomé la trágica actitud del amo que ordena y manda, dije á Lucrecia que la encerraría, que la... Si, sí. Mientras yo declamaba, ella, mirándome de vez en cuando como se mira á un ser disminuido de su personalidad y atributos másculos...

DON GERMAN.—¡Claro!

DON FERMIN.—...hacia su equipaje, y así llegó la hora de partir... Y yo, yo, siempre mascullando súplicas y mostrando razones, la acompañé al tren...

DON GERMAN.—¿Y no se le cae á usted el rostro de vergüenza al sentirse tan... tan... pusilánime?

DON FERMIN.—¡Ay, querido Germán! La vergüenza es hembra y tiene dos caras; la una mira al público y la otra al foro. ¡Con tal de que la primera parezca limpia!...

DON GERMAN.—Pero usted se miraría al espejo y...

DON FERMIN.—Los espejos de mi casa no reflejan más cara que la de mi mujer.

UN CRIADO.—(*Dirigiéndose á Don Germán.*) Del Senado avisan por teléfono que la presencia del señor es allí necesaria y muy urgente.

DON GERMAN.—Para votar no será, porque tenemos gran mayoría.

DON FERMIN.—Quizás el presidente le quiera consultar á usted algun punto grave.

DON GERMAN.—Pues no hagamos esperar al presidente. ¿Viene usted conmigo?

DON FERMIN.—Sí. Vamos á desempeñar nuestra sagrada misión y á velar por los intereses del país. Justamente nos reunimos en la alta Cámara los alcorcoqueños... Mas

¿y nuestra importante conferencia? Me debe usted el relato de sus desavios con Silvina.

DON GERMAN.—Se continuará.

DON FERMIN.—¿Mañana en mi hogar vacío? ¿Después de la refacción nocturna á que le convidó?

DON GERMAN.—Perfectamente. (*Salen don Germán y don Fermín.*)

En casa de DON FERMIN

(Salón biblioteca, á la que da luz una gran ventana. En las paredes, armarios de roble tallado conteniendo libros encuadernados primorosamente. Encima de aquéllos, bustos de personajes célebres. En el centro del salón se ve una mesa cubierta de revistas ilustradas y periódicos, y en medio de ella una estatua de San Ignacio, en bronce oxidado. En un rincón, y sobre pedestal de ébano, una admirable reproducción en mármol de la Venus Capitolina, y en el otro extremo de la pieza, haciendo *pendant* con la Venus, el Sático de Praxiteles junto á la artística chimenea; frente al ventanal, cuatro cómodos sillones y, repartidas por la habitación, unas cuantas sillas con respaldo también de roble tallado. El suelo cubierto por espesa alfombra y, colgada del techo, una lámpara semejante á las famosas coronas de Guarrazar. En todos los adornos de esta amplia estancia predomina el estilo gótico.)

Entran DON GERMÁN y DON FERMIN; se sientan, el primero en un sillón y el segundo en una silla que arrima á la mesa central. Detrás de ambos viene el refitolero, vestido de frac, guante blanco, calzón corto y medias de seda negra, trayendo una bandeja donde se ven las tazas de café. Otro criado, igualmente vestido, trae una licorera de cristal de Bohemia. Sobre la mesa hay una caja de plata repujada que contiene cigarros habanos.

DON FERMIN.—(*Al refitolero.*) Oiga usted, Melchor. No estoy para nadie. (*Salen los dos criados.*)

DON GERMAN.—Tiene usted un cocinero maravilloso.

DON FERMIN.—Lucrecia lo tomó.

DON GERMAN.—Guisa las pechugas angélicas como los auténticos ángeles.

DON FERMIN.—Un plato inventado por Lucrecia.

DON GERMAN.—¿Pues y los *fons d'artichauts* con salsa picante y jugo de jamón fresco? ¡Una delicia!

DON FERMIN.—También invención de Lucrecia.

DON GERMAN.—¿Era aficionada al arte culinario?

DON FERMIN.—Era maestra en todo y en todo ponía su mano inteligente y su buen gusto. Cuanto vea usted aquí que revela armonía de forma y de color, orden artístico y agradable conjunto, es obra suya.

DON GERMAN.—¡Lo mismo que Silvina!

DON FERMIN.—La intuición de lo bello, la tiene á espaldas.

DON GERMAN.—Como Silvina.

DON FERMIN.—Y la gracia, por arrobos.

DON GERMAN.—Igual que Silvina.

DON FERMIN.—Dos criaturas únicas en el mundo. Habrá que llamar á Silvina cuanto antes, querido Germán.

DON GERMAN.—Ya le dije á usted ayer que en esto de la vuelta mi mujer se muestra reacia.

DON FERMIN.—¿Por qué, si usted depone sus rigores?

DON GERMAN.—Falta que ella deponga los suyos.

DON FERMIN.—¿Tan honda es la herida?

DON GERMAN.—Oiga y juzgue.

DON FERMIN.—Soy todo orejas.

DON GERMAN.—(*Después de una breve pausa.*) Yo no conocí á Silvina, como usted á Lucrecia, al romper el capullo de la niñez y entrar en la pubertad. Me tropecé con ella cuando tenía veintidós años.

DON FERMIN.—La edad de oro.

DON GERMAN.—De sus prendas físicas, ¿qué he de decirle? Usted la ha visto mil veces y se las sabe de memoria.

DON FERMIN.—Perdone usted, querido Germán. Tanto como de memoria...

DON GERMAN.—Quiero decir que usted ha podido apre-

ciar la suprema elegancia, la suprema distinción, la suprema belleza de Silvina.

DON FERMIN.—Lo que se ve es supremo.

DON GERMAN.—Y *supremísimo* lo que yo solo vi.

DON FERMIN.—Me encanta, me regocija ese adjetivo que acaba usted de emitir, porque demuestra...

DON GERMAN.—Deténgase y pare el carro. Dije que yo solo vi, no que yo solo he visto.

DON FERMIN.—¿Con esas dudas batalla?

DON GERMAN.—En estas dudas estoy, y por ellas me consumo y me aniquilo. Ese es el punto á dilucidar.

DON FERMIN.—Dilucidemos.

DON GERMAN.—La vi por vez primera...

DON FERMIN.—¿Al fin de una enramada?

DON GERMAN.—No, al fin de la calle de Serrano. Yo salía de una casa sita en la referida calle al mismo tiempo que ella entraba en compañía de su mamá. Cruzáronse nuestras miradas, y de tal cruce resultó mi desgracia. Ante aquella aparición de la encantadora deidad, quedéme perplejo y sin pulsos, como si mis extremidades inferiores hubiesen echado de repente profundísimas raíces en el pavimento. Así estuve... no sé si una hora ó dos, pues perdí la noción del espacio y del tiempo.

DON FERMIN.—¿También la del espacio?

DON GERMAN.—Sí; porque tal fué el trastrueque de mis ideas, que ignoraba si aquel sitio era el barrio de Salamanca ó la antesala del Paraíso. Salió Silvina, tiró hacia el tranvía que pasaba, montó en él con su señora madre y yo detrás. El vehículo popular iba atestado de gente y olía mal, por causa de unas palurdas de aparejo redondo que despedían un tufillo mareante, como de ganado cabruno. Á viva fuerza nos colocamos, yo frente á mis dos incógnitas y ella en medio de las dos paletas; mas como éstas chafasen con sus nada limpias faldas el vestido de Silvina, me apresuré á ofrecerle mi asiento. La muchacha me dijo *gracias* con una voz de contralto que hizo vibrar todas las

fibras de mi corazón, y ya desde entonces no cesamos de mirarnos, alternando con este mudo lenguaje algunas discretas sonrisas cuando las del ganado cabruno soltaban alguna sandez á voz en cuello. En la Puerta del Sol nos bajamos; ellas tomaron por la calle Mayor, y yo de rodrigón.

DON FERMIN.—Hasta que las encerró usted.

DON GERMAN.—En el número 84, donde vivían.

DON FERMIN.—Por supuesto, Silvina conocería el efecto que en usted produjo.

DON GERMAN.—¡Claro está! ¡Si esto lo conocen las mujeres desde que vienen al mundo! Pero la muchacha me enamoró más por el modo delicioso de darme á entender que no habia notado la causa de mi persecución.

DON FERMIN.—¡Todas cortadas con la misma tijera! ¡En esto la Providencia ha sido de una monotonía desesperante! ¡Todas iguales!

DON GERMAN.—Salvo el*forro.

DON FERMIN.—Ese nos pierde.

DON GERMAN.—Ese me perdió. Como es lógico, pronto supe que la celestial criatura era hija de padres pobres, pero averiados...

DON FERMIN.—¿Averiados?

DON GERMAN.—Sí. Verá usted. El progenitor de Silvina fué siempre un atacado de la manía de grandezas, un visionario de negocios fantásticos. Heredó con buen nombre mejor fortuna, que *gaspilló* en un santiamén. Con los restos puso en Barcelona una fábrica de instrumentos de lengüetería...

DON FERMIN.—¿De lengüetería?

DON GERMAN.—Sí. Tocaba muy bien el acordeón, y esta habilidad le inspiró la idea de la fábrica *lingüística*. Después le dió por los inventos. Primero inventó una máquina para pesar la memoria, luego un termómetro de la voluntad y, por último, un revelador de la energía...

DON FERMIN.—Pero, hombre. El padre de Silvina debió ser huésped eterno de San Baudilio.

DON GERMAN.—Lo peor fué que con tanta invención se quedó por puertas entrampadísimo, pues ni él ni su gente abandonaron jamás la costumbre de darse buena vida.

DON FERMIN.—¿Y cómo demonios se componían?

DON GERMAN.—Pues dicen que la madre de Silvina, guapa mujer y dadivosa de suyo, puso un puntal, ó varios puntales, á la casa merced á cierta amistad muy íntima con un señor de muchas campanillas y muchos millones.

DON FERMIN.—¿Y con tales antecedentes tuvo usted valor para meterse en ese antro?

DON GERMAN.—¡Ay! querido Fermin, por aquella época era mi alma mansión de amores, sitio donde se albergaban vapores estimulantes, mixtos de carne y espíritu; mas predominando aquélla sobre éste, y Silvina... vamos, amigo mío, la tentación redonda, el verbo de la ideal perfección hecho ser corpóreo, el conjunto y resumen de todas las gracias esparcidas y admirablemente colocadas en persona humana de sexo contrario al nuestro, el delirio, el infinito... todo eso y más que el lenguaje de los hombres no puede expresar porque carece de palabras que reflejen al mismo tiempo y de una vez color, ritmo, armonía, luz, línea... ¡qué sé yo! ¡el arquetipo soberano de la belleza eterna era Silvina, y... ¡lo sigue siendo!... Ríase usted de las oceánides del difunto Esquilo y de la virgen Nausicáa del padre Homero...

DON FERMIN.—¡Qué me he de reir, hombre! Si la pintura que me está usted haciendo me levanta en vilo.

DON GERMAN.—Pues aun me quedo corto, y por ella comprenderá usted que me arrojé á ofrecer á Silvina mi blanca mano y mi cuantiosa fortuna, por acercarme á la gloria y gozar de su vivificante esplendor.

DON FERMIN.—¿Sin ahondar en la historia privada de la joven?

DON GERMAN.—¿Para qué? Cuando está usted sediento á morir y le traen agua, ¿pide usted informes acerca del vaso que la contiene?

DON FERMIN.—Hombre, al menos procuro enterarme de la limpieza del cacharro y de si otros, antes que yo, pusieron sus labios en el borde.

DON GERMAN.—¡Ca! Nadie hace eso. Como usted tenga sed rabiosa, se bebe el agua y muerde el vaso. Yo mordí con gana, y me supo á esencia de rosas desleída en miel de Sidón.

DON FERMIN.—¡Manjar olimpico!

DON GERMAN.—Ambrosia pura. La inauguración valió la pena.

DON FERMIN.—¿La pena de qué?

DON GERMAN.—De lo que después vino.

DON FERMIN.—¿Otro capitán de caballería como el mío?

DON GERMAN.—No, señor. No fué por ahí la corriente.

DON FERMIN.—Estoy muerto de curiosidad.

DON GERMAN.—(*Se recuesta en el sillón, da un par de chupetones al cigarro y prosigue.*) Mi mujer es un ente original. En punto á sensaciones, figúrese usted un marmolillo. Todo resbala sobre la fina seda de su piel nacarada, todo pasa al través de su alma como pasa un rayo de luz al través del cristal, sin dejar más que unos cuantos grados de calor que al instante se disipan.

DON FERMIN.—Entonces, aquello que decía usted de la inauguración fué vanidosa hipérbole.

DON GERMAN.—Amigo Fermín, hay soliloquios que son un poema.

DON FERMIN.—¡Ah!

DON GERMAN.—Continúo. Nada la interesa con pasión, nada la mueve con estrépito, permaneciendo siempre dentro de una corrección delicada que haga agradable la vida de los demás y no perturbe la suya tranquila y dulce. Odia los encontronazos sociales, y por su parte, no ofrece esquinas donde las gentes tropiecen; á que se añade el culto de su persona y, por ende, el ahorro de cuanto pueda poner una arruga en su rostro ó decolorar las rosas de sus mej-

llas. Todo en sazón y punto; sin negativas caprichosas ni despilfarros irreflexivos.

DON FERMIN.—Pero, hombre de Dios, eso es un hallazgo, un regalo, una delicia, *albo corvo rarior*, que dijo el otro...

DON GERMAN.—Para un ser hecho de carámbanos polares, quizás; para mí, que tengo la pasión tumultuosa y de fuego graneado, no.

DON FERMIN.—Entre pecar por exceso ó pecar por defecto...

DON GERMAN.—¡Ay, que el defecto no fué ese!

DON FERMIN.—¿Cómo?

DON GERMAN.—Pues sabrá usted que Silvina, dejando á un lado su *ecuanimidad* pasional (con la que hube de resignarme), cuando solicitó su mano y me fué concedida, me habló de la siguiente manera: «Yo no estoy enamorada de usted ni lo he estado de nadie. He tenido varios novios que no han logrado interesar mi corazón. No he sido zarrandeada, porque jamás he bailado ni vals, ni polka, ni ningún baile que autorice á un hombre para arimarse á mí y abrazarme: el más próximo, lo he tenido á un metro de distancia. ¿Dar? Los buenos días y las buenas noches, y la mano, con guantes, porque soy algo escrupulosa. Usted me agrada porque es usted limpio, pulcro, amable y generoso, y como las mujeres han venido al mundo para casarse y yo no he de descomponer la máquina social, no tengo inconveniente en ser su compañera de por vida. Sé que ha sido usted muy aficionado á mi sexo, cosa muy natural y que no me molesta, y no ignoro que ha tenido usted mucho tiempo relaciones con una mujer casada, con la cual ha roto desde que me conoció, y antes de esa ha recorrido usted una escala femenina de diversas clases y condiciones, por donde infiero que el diablo, harto de... eso, ha resuelto dar punto á su carrera loca y refugiarse en cuarteles de invierno. Yo le prometo que esos cuarteles los haré dulces y suaves, aunque muy diferentes á ese desbordamiento que

desequilibra el espíritu y trasciende á materia vitanda, y también le juro que le seré fiel de palabra y obra; quiero decir que no tendrá usted de mí la menor queja en lo referente á apartarme de mis deberes ni cosa parecida, pues mi temperamento y la idea que me he formado de mi limpieza moral, van á la par de mi limpieza física; pero... yo, á mi vez, le exijo la misma fidelidad y la propia limpieza, entendiendo bien *que si un día ó una noche me convenzo de que no es usted como yo y me entero de que ha dado usted un tizeretazo á este compromiso, me consideraré destigada de él y haré de mi capa un sayo ó los sayos que me plazcan*. Si así le conviene, desde ahora soy suya, y si no se halla con fuerzas para firmar este pacto solemne, á tiempo estamos. *C'est à prendre ou à laisser.*»

DON FERMIN.—¡Brava mujer! ¡Modernismo puro! ¡Valiente discurso! Y usted, ¿qué hizo entonces?

DON GERMAN.—Yo, al pronto, me quedé atónito, y luego, tomando una resolución valerosa, firmé.

DON FERMIN.—¿Y la rúbrica?

DON GERMAN.—La rúbrica fué un regalado beso que puse en el aterciopelado cutis de su mejilla izquierda, castamente ofrecida por su deliciosa dueña.

DON FERMIN.—Y se quedó usted pegado á la mejilla izquierda de Silvina.

DON GERMAN.—Tuve que despegarme á la fuerza, pero desde entonces hasta el día de la boda no pegué los ojos.

DON FERMIN.—¿Y después?

DON GERMAN.—Después nos casamos, hicimos un largo viaje por Europa y fui el hombre más dichoso durante unos años, hasta que el diablo se mezcló en mis asuntos y me agué la fiesta.

DON FERMIN.—El diablo se llama la baronesa de Polos, ¿eh?

DON GERMAN.—La misma.

DON FERMIN.—Una rubia, delgadita, flexible, vivarachita...

DON GERMAN.—La antítesis de Silvina en lo que hace á la materia vitanda de que aquélla me habló en su perorata.

DON FERMIN.—Y ¿cómo se dejó usted coger?

DON GERMAN.—¡Ahí verá usted! El barón de Polopos y yo éramos amigos cariñosísimos. Su adhesión incondicional á mi persona me produjo grandes bienes...

DON FERMIN.—Y usted en pago le sopló la dama.

DON GERMAN.—No; se sopló ella sola. Yo puse la menor cantidad de soplete. Vinieron las cosas rodadas, por astucias y artimañas de la baronesa.

DON FERMIN.—Quizás un capricho.

DON GERMAN.—Más bien una venganza. Yo frecuentaba la casa del barón y él la mía. No dejábamos un día de vernos. En toda la época aquella en que nuestros valores pegaron un estirón colosal, él me dió muy prudentes consejos, y merced á éstos y á las noticias que me trajo, cuadruplicué mi fortuna y al mismo tiempo hice la suya, que estaba *in extremis*.

DON FERMIN.—Pues no puede quejarse.

DON GERMAN.—Agradábame su mujer, Rosa Viscasas, por su genio alegre y la impetuosidad de su carácter, pero jamás se me ocurrió decirle «por ahí te pudras» ó «por ahí se pudra usted», aun cuando comprendiese que la muchacha era una perita en dulce, porque mi respeto y cariño al marido me vedaba la más pequeña insinuación de afecto ilícito. Al casarme juntamos nuestras mujeres con el deseo de que fuesen tan amigas la una de la otra como lo eran sus maridos, y dicho se está que no hubo en mi casa reunión de todo lujo ni fiesta privada á que dejasen de asistir en lugar preferente el barón y la baronesa de Polopos. Aficionada Silvina á lucir galas y joyas, que á su cuerpo escultural venian como anillo al dedo, y yo millonario y deseoso de que mi mujer eclipsara á las demás en riquezas y elegancia, la equipé de tal suerte que bien podía competir con una reina. Eche usted *toilettes de chez Paquin*, eche

usted aderezos de brillantes y collares de perlas; collares de perlas y *toilettes* que á Rosa Polopos le sentaban como un tiro.

DON FERMIN.—¡Envidia! ¡Pasión infame! ¡Defecto femenino!

DON GERMAN.—No, hombre, no. Defecto de ambos sexos...

DON FERMIN.—Y muy español.

DON GERMAN.—Muy humano. La baronesa de Polopos, joven y sumamente sugestiva, creyéndose con tanto derecho como Silvina á figurar en primera linea, no podía perdonar á la que poco antes iba en tranvía, habitaba un piso tercero y ella misma confeccionaba sus vestidos, que la sobrepujase. Los trajes y joyas de mi mujer, el hotel en Madrid, la *villa* en Biarritz, el *rez de chaussée* del *Parc Monceau* y el automóvil de cuarenta mil francos, eran para Rosa otros tantos insultos que se le clavaban en el amor propio.

DON FERMIN.—La parte más delicada y sensible del corazón. ¡Herida incurable!

DON GERMAN.—Creía Rosa que mi fortuna, y por tanto el lujo de Silvina, debía serle al barón, y como la de éste, en comparación con la mía, era insignificante para llegar á las locuras pecuniarias con que yo engalanaba á mi mujer, las fastuosas ostentaciones de Silvina resultábanle á Rosa pedazos de su bien con que la otra la empequeñecía y humillaba. Cometí la ligereza, estando solo una vez con los Polopos, de referirles el pacto famoso que precedió á mi matrimonio, con algunos detalles—que más me valiera haber callado—del carácter *tranquilo* de Silvina, y desde aquel punto cruzó por el pensamiento de la baronesa la revancha.

DON FERMIN.—Agradabilísima revancha... para usted.

DON GERMAN.—Al principio redujo su plan al reconocimiento del terreno, para no caer en el ridículo de una repulsa; á miradas furtivas, á languideces puestas en oportu-

tuno lugar, á inocentes complicidades, á abandonos casi voluptuosos cuando yo le ofrecía mi brazo para bajar una escalera, y á esas mil pequeñeces con que las mujeres dan á entender que uno no les parece saco de granzas.

DON FERMIN.—Entonces usted, que debió ponerse huera, dejóse ir por la corriente de la concupiscencia...

DON GERMAN.—Dura se me hizo la cosa y tiempo tardé en percatarme de que las baterías amorosas de la baronesa disparaban sobre mi honestidad, y hasta llegó á emplear el prosaico cucharón para que entendiera sus ansias, que achaqué al poder de mis personales atractivos y no á su mal aconsejada pasión de la envidia. Pero al fin me enteré y sería un embustero si no le confesase que la noticia tanto me enorgulleció como me puso carne de gallina. Aun mis hechuras poseían energías potenciales capaces de perturbar á una mujer. ¡Y qué mujer! Una de las estrellas mayores que alumbran el firmamento de la alta sociedad madrileña y aparecen en las revistas de salones con los adjetivos más encomiásticos del repertorio. ¡Una verdadera conquista! Mas... ¿y el pobre amigo mío? ¿Y mi pacto con Silvina?

DON FERMIN.—¡Tremenda situación!

DON GERMAN.—No lo sabe usted bien, querido Fermín. Las miradas y los abandonos iban por cima del diapasón normal, y ya había contactos peligrosos que sonaban á visperas. Y sin decirnos palabra, sin la previa declaración, confesión y explosión reglamentaria en estos casos, marchábamos fatalmente, guapamente y galopantemente hacia un final... ¡que llegó una tarde en su propia casa! pásese usted de mi desvergüenza y osadía, ¡en su propia casa!...

DON FERMIN.—Y ¿también sin hablar palabra?

DON GERMAN.—Hombre, las convenientes en situaciones tales.

DON FERMIN.—¡Divino, amigo mío, divino!

DON GERMAN.—Sí, divino, pero cuajado de espinas.

DON FERMIN.—Las naturales espinas que rodean la Rosa Polopos.

DON GERMAN.—Todavía me están pinchando.

DON FERMIN.—Quizás el barón...

DON GERMAN.—El barón en el limbo. Es lo dispuesto por los inescrutables designios de la divina Providencia.

DON FERMIN.—¿Y Silvina?

DON GERMAN.—Silvina se fué escamando poco á poco, porque la endiablada baronesa no recataba su desasosiego, y en trances me colocó, en ocasiones mil, de que el buen Polopos cayese en la cuenta de nuestro contubernio. Le entró á Rosa el hormiguillo de que el mundo lo supiera, y me costaba trabajo impedir que se arrojara en mis brazos delante de su marido y de mi legítima.

DON FERMIN.—Por esa superabundancia de expansión erótica debió usted conocer el plan de Rosita.

DON GERMAN.—Seguí atribuyéndolo primero á mi garbo dislocante, y después á que la muchacha tenía en el cuerpo exceso de fuegos naturales, y ya me puso en tal aprieto, que la apreté muy seriamente para que moderase sus ímpetus; á lo que se convino con la promesa de que nos viéramos un día sí y otro también en terreno neutral, puesto que nuestras conferencias verificábanse á *mira quien viene*, en su conyugal domicilio.

DON FERMIN.—¿Un nido de amor?

DON GERMAN.—Que ella encontró en casa de su corsetera, por módico estipendio.

DON FERMIN.—Corseteras, modistas, peluqueras, gente de aguja y peine, muy propia para tercerías.

DON GERMAN.—Con el *conqué* de visitar tiendas, hacer compras y probarse vestidos, salía mi baronesa todas las mañanitas tan oronda y *pimpante*, y se refugiaba en un gabinete contiguo á la sala de probaturas, que la corsetera nos cedió, en donde yo la esperaba impaciente. Así íbamos marchando tan á gusto, ella subiendo el tono de su amor, y yo siempre inquieto, porque estas aventuras á trasmano

me asustan y amilanan, cuando cierto día—era un martes á trece del mes, no se me olvidará,—á las once y media en punto—también recuerdo la hora,—la baronesa y yo oímos la voz de Silvina, cuyo timbre argentino me sonaba tan claro como mi culpa.

DON FERMIN.—¡Canastos! ¡Pegaría usted un bote!...

DON GERMAN.—Se me heló la sangre y se me erizaron los cabellos, amigo Fermin, y en cambio Rosa tan tranquila, como si detrás de aquella puerta, cerrada con llave, por suerte, no estuviese el juez severo que había de fallar acerca de mi felicidad futura.

DON FERMIN.—Interesante momento para una comedia estilo francés.

DON GERMAN.—Para un drama tomado del natural, pues ya en el desequilibrio de mis facultades, figurábame que en pos de Silvina vendría el barón, revólver en mano, á forzar la débil puerta y á tomar sangrienta venganza sobre mi desmayada persona.

DON FERMIN.—Silvina, por supuesto, no abandonaría el campo, porque no sería casual su visita.

DON GERMAN.—Mi mujer se sentó con mucha calma, hizo que la corsetera—que ignoraba con quién se las había—la sacase muestras, ninguna de las cuales era de su agrado, habló de que la tomaran medidas, se informó de la clientela, á la par de su charla escrutando la sala y fijándose—yo lo veía por el ojo de la cerradura—en el gabinete que nos guardaba, como si el diablo le hubiese dicho que allí encontrábase el célebre pacto condicional de nuestra boda hecho añicos. Una vez abandonó su sillón y me pareció que se encaminaba al gabinete, y entonces, ¡ay! entonces por poco me caigo al suelo y tiene Rosa que recoger mis pedazos.

DON FERMIN.—Pero algo harían ustedes, porque así no podían permanecer toda la vida.

DON GERMAN.—Déjeme usted que respire, querido Fermin. Ha pasado tiempo, y aun la evocación de aquella es-

cena me afloja el ánimo. (*Don Germán respira, bebe un sorbo de agua y prosigue.*) Lo primero que pensé fué en tirarme por el balcón; pero estaba muy alto y temí romperme algo. Luego escapar por la puerta falsa de la alcaoba, que daba al pasillo, pero mi mujer se colocó de forma que su vista enfilaba esta única salvadora salida...

DON FERMIN.—¿Y de la baronesa qué quería usted hacer? ¿Comérsela?

DON GERMAN.—La baronesa—en estos casos las mujeres valen por diez hombres—procurando calmarme y creo que hasta burlándose un poco de mi terror.

DON FERMIN.—La verdad es, amigo Germán, que á sus ojos no estaría usted pasando por el Cid Campeador.

DON GERMAN.—La verdad es, amigo Fermin, que en aquel instante Rosa de seguro me hubiera despreciado, si no estuviese internamente regodeándose con el conflicto cuyo término era su revancha.

DON FERMIN.—Y al fin...

DON GERMAN.—Corrieron sesenta mortales minutos y Rosa me dijo que ella salía de cualquier manera, así la viese el pueblo soberano. Á las doce y media almorzaba, y al barón le extrañaría una ausencia tan larga. Mis súplicas para detenerla fueron inútiles. Me dió el adiós postrero y salió por la puerta falsa al pasillo, y del pasillo á la calle.

DON FERMIN.—¿Y Silvina la vió?

DON GERMAN.—Claro que la vió, y se marchó á escape.

DON FERMIN.—¿Para seguirla y triturarla?

DON GERMAN.—No, señor. Para estacionarse en un coche de punto puesto *ad hoc* frente á la casa del crimen, y allí esperar la epifanía de don Germán.

DON FERMIN.—¿Y no se le ocurrió á usted disfrazarse, pintarse la cara de negro, quitarse la barba?

DON GERMAN.—La idea de la rasuración me vino á la cabeza. Si hubiera podido llevarme la barba en el bolsillo y ponérmela en mi casa, no me queda un pelo en los cue-

ros del rostro. También estuve pensando en horadar el tabique de la casa vecina, y también desistí de esta práctica medida, porque el radio visual de mi mujer alcanzaba toda la calle, y me hubiera conocido aunque saliese por un tragaluz.

DON FERMIN.—¿Y por el tejado para meterse en una buhardilla medianera?

DON GERMAN.—¡Un hombre de mis circunstancias convertido en deshollinador de chimeneas! ¡Imposible! Después de mucho cavilar, y pasando las mayores congojas que un mortal puede sufrir, me encomendé á mis santos patronos Emeterio y Celedonio, en cuyo día vine al mundo, encendí un pitillo, bajé la escalera, que se me hizo corta, y afronté la calle sin mirar al frente, donde Silvina continuaba firme en su atalaya de alquiler, y pisé la acera afectando la serenidad del que acaba de hacer ejercicios espirituales y tiene tersa la conciencia y limpia el alma.

DON FERMIN.—¡Sería de ver la entrada de usted en la casa social! ¡Estoy imaginando el recibimiento y la escandalera!

DON GERMAN.—Nada de eso. Silvina, que llegó primero, pues yo hice á pie el camino con objeto de aplacar mis nervios, me esperaba en mi despacho, con la cara sonriente y cual si nada grave aconteciese. «Como tú comprenderás—me dijo,—aquel compromiso que firmamos y sellamos, y bajo cuyo régimen hemos vivido, ha quedado roto y, por lo tanto, yo recobro mi libertad.» Hiceme el sorprendido, y ella continuó: «Rosa Polopos y tú tenéis relaciones, y no hace media hora os he visto salir de una casa de mala reputación, donde os veis todos los días...» Vuelta á mi extrañeza, ya mostrándome ofendido. «Es en balde que niegues, pues, aparte de lo que veo, no tengo necesidad de que nadie me lo cuente: esta carta me ha puesto al tanto de vuestras infamias», añadió alargándome un papel.

DON FERMIN.—¡Un miserable anónimo!

DON GERMAN.—Un anónimo, más miserable y canalla

de lo que usted se figura, porque la letra, con mal compuesto disfraz, era de Rosa Polopos.

DON FERMIN.—¡Ah, bellaca!

DON GERMAN.—Entonces vi claro su juego indigno y caí de mi pedestal. Para separarme de Silvina se pagó el placer de la venganza al precio de su pudor.

DON FERMIN.—¿Su pudor? ¡Bravo pudor el suyo! ¡Que le quiten lo bailado! ¡Bonita carambola!

DON GERMAN.—Lo mismo, poco más ó menos, me decía Silvina—salvo lo de *lo bailado*—cuando la confesé mi falta haciéndola ver que yo era una víctima propiciatoria de las envidias de la baronesa.

DON FERMIN.—Pero ¿fué usted tan inocente que confesó?

DON GERMAN.—¿No hubiera usted hecho lo mismo?

DON FERMIN.—¿Yo? Antes mártir.

DON GERMAN.—Era lo leal. Las pruebas irrefragables, y declarando la verdad esperaba obtener el perdón...

DON FERMIN.—¿Lo obtuvo usted?

DON GERMAN.—¡Ay! ¡no! Me puse de hinojos delante de Silvina, recé el *yo pecador*, prometí la enmienda... Impasible. Dijome que de allí á ocho días se marchaba á nuestra casa de París conmigo, por supuesto, á fin de que la gente creyese que íbamos á emprender un viaje de recreo, pero exigiendo que me volviese á España y la dejara sola, pues mi insistencia en vivir juntos la obligaría á irse donde yo ni nadie supiera nunca más de ella.

DON FERMIN.—Y como yo acompañé á Lucrecia...

DON GERMAN.—Yo conduje á Silvina á nuestro *ras de calzada* del parque Monceau, donde la dejé á las veinticuatro horas, yéndome á Londres.

DON FERMIN.—¿Sin intentar por última vez un arreglo?

DON GERMAN.—Intentándolo todo. Haciendo las más loquescas y extravagantes manifestaciones de mi duelo.

DON FERMIN.—¿Y ella?

DON GERMAN.—De cal y canto.

DON FERMIN.—¿Y en qué quedaron ustedes?

DON GERMAN.—He ahí la parte sombría de mi exacta historia. Al despedirme de Silvina la dije: «He cumplido tu gusto; y ahora, ¿qué piensas hacer?» «Yo he recobrado *toda* mi libertad», me contestó. «¿Cómo vas á usar de ella», insistí. «Como más me agrade», repuso. «Sin manchar mi honor, por supuesto», añadí sobresaltado. «Te repito que he recobrado mi libertad, y si encuentro en mi camino un hombre que sea para mí lo que tú no has sido, es muy posible que manche tu honor», replicó, siempre con la sonrisa en los labios, pero con tono vigoroso y resuelto.

DON FERMIN.—¡Habrás visto descaro igual! ¿No es cierto que algunas veces se impone el acebuche?

DON GERMAN.—Nuestra educación nos veda el empleo de ese argumento *ad mulierem*, que entre los analfabetos suele dar excelentes resultados, y privado de él abandoné á Silvina, y así estoy hace un año, con el alma en un hilo, temiendo el día menos pensado recibir una carta suya dándome la desagradable noticia de que el lamparón en mi honra es un hecho.

DON FERMIN.—Pero ¿será capaz?

DON GERMAN.—Y tan capaz. Eso sí, clara y franca. Me prometió avisarme, y no lo dude usted, me avisará.

DON FERMIN.—¡El colmo de la frescura!

DON GERMAN.—*Nouveau jeu*.

(*Después de pronunciar estas palabras, quédase DON GERMAN silencioso y triste, como si acabase de recibir la tremenda noticia. DON FERMIN le contempla también compungido (1) y así permanecen ambos unos cuantos minutos.*)

(1) Si á algún actor ó director de compañía cómica se le ocurriese poner en escena esta novela dialogada—para lo cual desde luego le doy licencia,—sérvase escoger entre los actores á sus órdenes, para representar los papeles de DON GERMAN y DON FERMIN,

DON FERMIN.—¡Ay, querido Germán!

DON GERMAN.—¡Ay, amigo Fermin!

DON FERMIN.—Nuestra situación es idéntica, al par que horrorosa.

DON GERMAN.—*Arcades ambo.*

DON FERMIN.—Los dos tememos...

DON GERMAN.—Sí... Cállese usted lo que tememos.

DON FERMIN.—¿Nos habrá llegado?

DON GERMAN.—No lo creo, porque lo habríamos sentido.

DON FERMIN.—¿Se siente eso?

DON GERMAN.—Dicen los prácticos que en el supremo instante el neófito experimenta así como un comienzo de baile de San Vito, que pasa pronto por fortuna, porque si no, ¿quién salía á la calle?

DON FERMIN.—¡Dios poderoso! ¡Estoy en capilla!

DON GERMAN.—¿Cómo?

DON FERMIN.—Anoche senti al acostarme unos repelucos en el arca del cuerpo...

DON GERMAN.—Pueden ser los prodromos de la investidura. Llame usted á Lucrecia antes de que esos repelucos se fijen en determinado punto. ¿No me dijo usted ayer que estaba bien dispuesta?

DON FERMIN.—Tengo barruntos de que sí.

DON GERMAN.—Pues manos á la obra.

DON FERMIN.—¿Y si los referidos repelucos fuesen señal de que ya...?

DON GERMAN.—Si llega usted á tiempo, mejor, y si no llega, cierre los ojos y... no haga caso.

dos que tengan la absoluta certeza de la infidelidad de sus respectivas mujeres, único modo de que expresen con perfección el abatimiento de estos personajes, tomados de la más pura realidad. En el caso de que en la compañía no los haya, más vale que abandone la peregrina idea de llevar á las tablas este par de documentos humanos.

DON FERMIN.—¿Y mi dignidad?

DON GERMAN.—La dignidad, en esta cuestión, es un concepto puramente convencional, que en el transcurso de los siglos ha dado muchas vueltas.

DON FERMIN.—Lo cual quiere decir que si Silvina volviere antes del aviso la recibiría usted en palmas.

DON GERMAN.—(*Al cabo de una breve pausa.*) Y después del aviso.

DON FERMIN.—¿Sabe usted, querido Germán, que si alguien nos oyese diría que somos un par de sinvergüenzas?

DON GERMAN.—En primer lugar, nadie nos oye, y en segundo, sólo la suma virtud y la suma pureza pueden poner tilde á la disculpa. Recuerde usted aquello de la primera piedra. El que perdona se acerca á Dios...

DON FERMIN.—Metafísico estáis...

DON GERMAN.—Es que ambos somos culpables, y en esta clase de pecados está escrito que el que á hierro mata...

DON FERMIN.—Digámoslo con claridad y por su nombre. El que á cuerno mata...

DON GERMAN.—...Á cuerno muere.

III

En Barcelona, en una tienda de modas, y luego en el Hotel Continental

SILVINA.—¡Lucrecia!

LUCRECIA.—¡Silvina!

SILVINA.—¿Usted aquí?

LUCRECIA.—Vivo con mis padres. ¿Y usted?

SILVINA.—Llegué ayer y me marchó mañana.

LUCRECIA.—¿Sola?

SILVINA.—Con una *dame de compagnie*. Estoy haciendo una excursión en auto. Estaba en Perpignan, y se me ha ocurrido dar un vistazo á esta ciudad, que no conocía.

LUCRECIA.—¿Y Germán?

SILVINA.—Me separé de él.

LUCRECIA.—Como yo de Fermín.

SILVINA.—Es curiosa la coincidencia. ¿Y se puede saber?

LUCRECIA.—Todo lo que usted desee.

SILVINA.—¿Quiere usted que almorcemos juntas en el Hotel Continental y de sobremesa nos contaremos nuestras mutuas cuitas?

LUCRECIA.—Andando.

(*Salen Silvina y Lucrecia de la tienda de modas, se van á pie al Hotel Continental, se encierran en un gabinete reservado, y después de satisfacer su apetito se cuentan detalladamente sus cuitas*).

LUCRECIA.—¿De modo y manera que hasta de ahora, como dicen aquí, no habido de qué?

SILVINA.—Nada. Pero como mi temperamento es muy apacible, no me cuesta ningún esfuerzo.

LUCRECIA.—¡Ay, hija! Pues á mí sí que me cuesta.

SILVINA.—Decidase usted.

LUCRECIA.—¡Si se pudiera empezar por la segunda ó la tercera vez! Flirteos, coqueterías á flor de la intención... perfectamente; mas el salto mortal...

SILVINA.—Pues entonces más vale reconciliarse, y á casa.

LUCRECIA.—Diga usted que Fermín apriete un poco, y en tal estado de ánimo me encuentro que... vamos, que me reconcilio. ¿Y usted, Silvina?

SILVINA.—Quizás acabaré por ahí, no sin dar á Germán un susto para hacerle creer que estamos iguales.

LUCRECIA.—Y luego, ¿cómo presenta usted las pruebas de que el susto fué cosa de fingimiento para corregirle?

SILVINA.—Eso me detiene, el aprecio de mí misma.

LUCRECIA.—Es usted mejor que yo. Yo soy pecadora de fantasía.

SILVINA.—¿Qué mujer no habrá pecado así, de fantasía, siquiera una pizquita?

LUCRECIA.—El caso es que todos los hombres son unos indinos.

SILVINA.—Y las mujeres.

LUCRECIA.—Ya ve usted que Fermín la da de virtuoso; pues tengo la evidencia de que si le ha faltado la ocasión no le habrá faltado la voluntad. (*Silvina se queda un momento pensativa, y al fin se sonríe, como si se le estuviese ocurriendo alguna diablura.*)

SILVINA.—¡Tendría gracia!

LUCRECIA.—¿En qué está usted pensando?

SILVINA.—Estaba pensando en lo difícil que es que un hombre sea fiel y se contente con la mujer propia; y, á propósito de esto, recordaba la historia de Astolfo y Jocondo contada por Ariosto, y la estampa del libro que representaba á la joven Fiameta dormida entre los dos famosos

caballeros. Si pusiéramos por obra, al revés, el plan de aquel rey y de su hermoso compañero, nos precaveríamos contra la infidelidad, atando muy corto, por supuesto, al elegido de nuestro gusto.

LUCRECIA.—Imposible. A la primera batalla nos arañaríamos.

SILVINA.—Tiene usted razón.

LUCRECIA.—Yo también recuerdo el libro y la estampa, y no he olvidado que debajo de ésta hay un letrero que dice: *Astolfo y Jocondo resuelven ir á vivir con sus esposas.*

SILVINA.—Corolario. Que Lucrecia y Silvina resuelven ir á vivir con Fermín y Germán. Es lo menos malo. ¿Así, pues?...

LUCRECIA.—Así, pues, Lucrecia buscará un pretexto digno para que Fermín venga á buscarla, y Silvina...

SILVINA.—Silvina esperará la primera carta suplicante de Germán para hacer las paces.

LUCRECIA.—¿Sin el susto previo?

SILVINA.—Ya procuraré que se quede con la duda.

LUCRECIA.—¡Cruel!

SILVINA.—La duda es una garantía... y á veces un aperitivo.

LUCRECIA.—¿Queda el arreglo acordado?

SILVINA.—Queda.

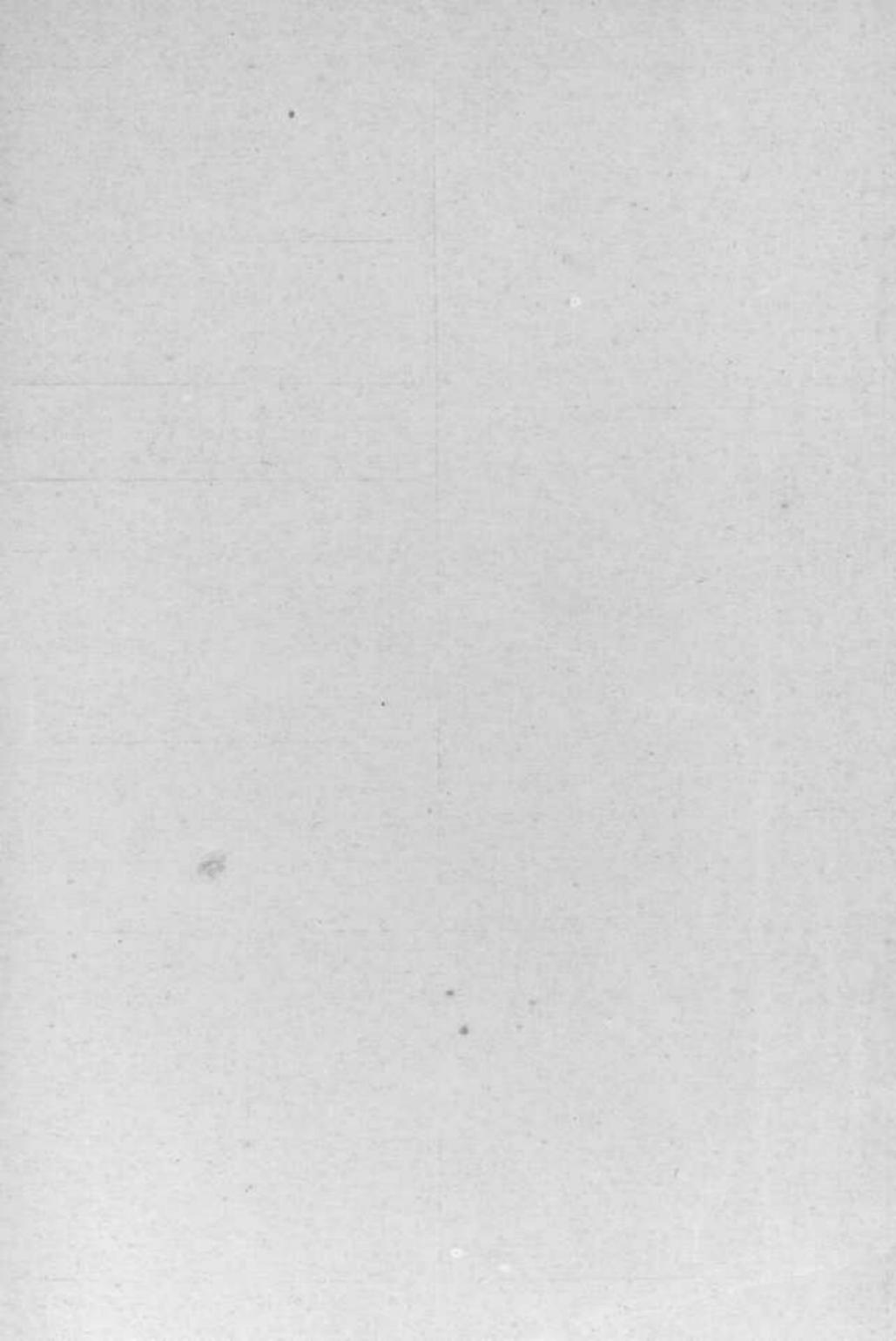
LUCRECIA.—Pues venga un beso, y hasta Madrid.

SILVINA.—Hasta Madrid. (*Se levantan, se besan y salen del hotel.*)

FIN

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
La derrota de Mañara.	5
Un caso raro..	67
La penúltima.	91
In memoriam.	103
Intimidades.	111
La tizona de Álvar Fáñez.	119
Las mantas de Palencia..	127
El sostenido.	135
El mojarrillo..	149
La herencia.	161
El que á hierro mata... (<i>novela dialogada</i>).	199



Editorial PROMETEO.—Germanías, F S, Valencia

OBRAS DE V. BLASCO IBAÑEZ

Novelas: Arroz y tartana.—Flor de Mayo.—La Barraca.—Entre naranjos.—Sónica la cortesana.—Cafías y barro.—La Catedral.—El Intruso.—La Bodega.—La Horda.—La maja desnuda.—Sangre y arena.—Los muertos mandan.—Luna Benamor.—Los Argonautas.—Los cuatro jinetes del Apocalipsis. 3'50 ptas. volumen.—**Cuentos:** La Condenada.—Cuentos valencianos. *Una peseta volumen.*—**Viajes:** En el país del arte. 1'50 ptas.—Oriente. 3'50 ptas.—Argentina y sus grandezas (2.^a edición). 25 ptas.

NOVÍSIMA HISTORIA UNIVERSAL

escrita por individuos del Instituto de Francia, dirigida a partir del siglo IV por E. Lavisse y A. Rambaud.—Traducción de V. Blasco Ibañez.—20.000 grabados. Historia por la imagen más completa y detallada que ninguna.—5 ptas. tomo.

HISTORIA DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA

por Michelet.—Traducida por Blasco Ibañez.—Profusa ilustración.—3 vol.: 30 ptas.

NOVÍSIMA GEOGRAFÍA UNIVERSAL

por Onésimo y Eliseo Reclus.—Traducción de V. Blasco Ibañez.—6 volúmenes.—Millares de grabados y mapas.—4 ptas. tomo.

HISTORIA SOCIAL

Desde la Revolución Francesa al siglo XX.—Crítica y documentada.—Dirigida por J. Jaurés.—Ilustradísima.—4 tomos: 40 ptas.

HISTORIA DE LA GUERRA EUROPEA DE 1914

Las grandes batallas.—El heroísmo.—Los horrores de la lucha.—La guerra en el mar y en los aires.—Tipos y costumbres de los beligerantes.—Personajes de la tragedia, retratos, caricaturas y documentos.—Planos y mapas.—La vida en el campamento, en los campos de batalla y hospitales.—Panoramas trágicos.—Un cuaderno semanal: 50 céntos.

HOMERO.—*Ilíada.* 2 tomos: 2 ptas.—*Odisea.* 2 tomos: 2 ptas.

ESQUILO.—*Tragedias.* 1 peseta.

Los mejores poetas contemporáneos. 3 ptas.

J. FRANCÉS.—*La danza del corazón* (novela) 3'50 ptas.—*Teatro de amor.* 3 ptas.

CARMEN DE BURGOS.—*Giacomo Leopardi.*

2 tomos: 6 ptas.—*Novelas, viajes, etc.*

BIBLIOTECA DE CULTURA CONTEMPORÁNEA

El arte de leer, por E. Faguet. 2 ptas.—**La risa,** por E. Bergson. 2 ptas.—**La nueva libertad,** por W. Wilson, presidente de los Estados Unidos. 2 ptas.—**Socialismo y movimiento social,** por W. Sombart. 3 ptas.

LAS MEJORES OBRAS

de filosofía, sociología, política y literatura.—**Darwin, Spencer, Renán, Schopenhauer, Nietzsche, Ruskin, Taine, Kropotkin, Zola, Ibsen, Gorki, etc.**—Una pta. vol.

BIBLIOTECA CIENTÍFICA

Obras de Haeckel, Proudhon, Büchner, Altamira, Ingenieros, etc.—3 ptas. volumen

BIBLIOTECA DE LA MUJER

Conocimientos útiles del hogar.—1 pta. vol.

LAS NOVELAS DEL MISTERIO

Aventuras del famoso detective Sherlock Holmes, por Conan Doyle.—8 vols. & 1 pta.

LOS CLÁSICOS DEL AMOR

Obras de Apuleyo, Longo, Marcial, Voltaire, Casanova, etc.—Una pta. volumen.

LOS GRANDES NOVELISTAS

Victor Hugo, Dickens, Tolstói, Dumas, Mayne Reid, Fernández y González, etc.—A 35 céntos.—Edición *La Novela Ilustrada.*

LA CIENCIA PARA TODOS

Volúmenes a 1 pta. ilustrados y en cartón.

ESCRITA POR V. BLASCO IBAÑEZ

Ilustrada con millares de grabados

Ilustrada con millares de grabados

MORAYTA.—*La libertad de la cátedra.* 2 ptas.

LA BRUYERE.—*Caracteres.* 2 ptas.

BERTHEROY.—*Ximénez de Cisneros.* 1 pta.

ANIBAL LATINO.—*El concepto de la nacionalidad y de la patria.* 2 ptas.

F. LLORCA.—*Lo que cantan los niños.*—*Can-*

ciones y juegos infantiles.—1'50 ptas.

El libro de las mil noches y una noche.

Traducción literal y directa del árabe por el doctor Mardrus.—Versión castellana de V. Blasco Ibañez.—Prólogo de E. Gómez Carrillo.—Una peseta el volumen.

E. Gujíerrez
Gameró

LA DERROTA
DE MAÑABA

4 reales

PROMETEO
VALENCIA
